

A man with a mustache, wearing a black tuxedo with a white shirt and a purple floral vest, is embracing a woman. The woman is wearing a dark, ruffled dress and has her hair styled in a bun. They are in a room with bookshelves and a chandelier.

LAS DAMAS  
ATREVIDAS

# El reto de la debutante

RACHEL ANN  
*Smith*

# EL RETO DE LA DEBUTANTE

---

LAS DAMAS ATREVIDAS

LIBRO UNO

RACHEL ANN SMITH

TRADUCIDO POR

MARÍA JOSÉ LOSADA REY



**PENFORD**  
PUBLISHING

***El reto de la debutante*** es una obra de ficción. Aunque se haga referencia a hechos históricos reales o a lugares ya existentes, los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o locales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de breves citas en una reseña literaria.

Primera edición en español, abril 2024

Diseño de cubierta:

Traducido por María José Losada Rey

Copyright © 2024, Rachel Ann Smith

## LAS DAMAS ATREVIDAS

*El reto de la debutante*

*El duque de Ases*

*Jaque mate a la reina*

# ÍNDICE

[Las damas atrevidas](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

## PRÓLOGO

---

### CHESTWICK HALL

El parpadeo de la luz de la vela y unas motas de pintura de color verde bosque llamaron la atención de *lady* Diana Malbury.

—O el pintor al que se encargó este retrato mojó el pincel en el pigmento equivocado o su heredero tiene los iris de un color bastante inusual.

El conde de Chestwick, un anciano de pelo plateado, soltó una risita.

—No hay nada extraño en ellos. Son de color avellana.

—¿Avellana? —Diana se puso de puntillas y miró más de cerca los ojos del hombre retratado en el cuadro—. Mmm..., una gama de marrón claro y múltiples variaciones de verde y..., ¿no son esas unas motitas doradas? —Parpadeó dos veces para aclararse la visión. Qué intrigante... Definitivamente, ninguno de sus conocidos poseía unos anillos con una coloración tan singular alrededor de la pupila. Todos sus amigos y familiares los tenían azules o castaños en diversas tonalidades; sin embargo, se los clasificaba fácilmente en una de las dos categorías.

—Sí, bueno, tal vez el señor Graystone enfatizó demasiado la escala de amarillos en los iris del chico.

Diana frunció el ceño ante el comentario del conde. A los artistas se les encargaba pintar los retratos con exactitud para ofrecer a las generaciones futuras una visión realista del pasado, no elaborar o embellecer los rasgos de una persona. Diana volvió a desviar la atención hacia la imagen del joven del cuadro y observó las grandes similitudes familiares entre los dos fornidos muchachos de la pintura. Ambos tenían la mandíbula cuadrada y las cejas definidas de su padre.

—Su hijo menor parece tener ojos de color marrón oscuro. —Se volvió hacia su anfitrión y entrecerró los párpados—. Como usted.

—La difunta condesa de Chestwick era una belleza. Era rubia y con los ojos celestes.

Diana dio un golpecito con la punta del pie en el suelo mientras estudiaba una vez más la imagen de Randal.

—¿Cómo es posible que el futuro conde de Chestwick no haya heredado el tono marrón o el azul? —murmuró Diana, pensando en voz alta—. En su lugar, sus ojos contienen una llamativa mezcla de la cálida coloración del bosque que incluso incluye los rayos de sol. —Menos mal que ninguno de sus hermanos estaba presente mientras pronunciaba tan poética descripción. Seguramente se habrían reído de los adjetivos que había elegido y, sin duda, habrían dado alguna explicación científica y farragosa sobre los matices de los iris de su vecino.

Sin un recuerdo claro del chico al que solo había vislumbrado ocasionalmente en la distancia, Diana examinó al hombre del cuadro. Estaba demostrado científicamente que los rasgos faciales simétricos atraían a la mayoría de la gente, y esa cualidad combinada con la singular gama de los ojos del hombre, hacía que Diana se sintiera cautivada por la imagen de Randal. No le importaría contemplar su rostro baile tras baile, o al otro lado de la mesa de la cena. Sacudió ligeramente la cabeza; no era momento para fantasías. No era probable que Randal Wilson, el heredero del condado, el hombre destinado a poseer la residencia de sus sueños, le prestara atención durante la próxima temporada, en la que ella debutaría en sociedad.

Las motas doradas de la pintura se reflejaban en la luz, captando la atención de Diana.

—Mmm... Creo que tendré que investigar más el asunto.

—Muy bien. Sin embargo, Randal ha elegido ir a luchar en la guerra. Podrían pasar años antes de que...

—Oh, no me refiero a su hijo —dijo interrumpiendo al conde—, sino a la explicación científica que hay detrás de los rasgos que heredamos. —Dispuesta a ver el siguiente retrato de las paredes, Diana rodeó al conde de Chestwick, que se quedó mirando las imágenes de sus dos vástagos.

Diana estudió los diversos cuadros mientras recorría el vestíbulo. Tomó notas mentales y observó que la mandíbula cuadrada de los Chestwick aparecía con mucha frecuencia a lo largo de las generaciones. Se detuvo ante el cuadro de una mujer que no podía ser otra que la difunta condesa de Chestwick. El conde había descrito a su esposa con tanto amor y devoción en su tono que Diana había imaginado que Randal era fruto de una unión amorosa. Algo poco frecuente entre los de su clase.

Miró con intensidad a la dama del cuadro y le vinieron a la mente adjetivos como gentil y desenvuelta. Diana no había conseguido dominar ninguna de esas virtudes, a pesar de los esfuerzos de su madre. En su lugar, solía tumbarse en una alfombra frente a la chimenea con un volumen de poesía o un tomo de teoremas filosóficos. Había sido su sed de conocimientos y el acceso a tales obras lo que la había llevado a presentarse con audacia ante el conde. El conde, por cierto, ¿dónde se había metido?

—¿Milord?

La voz profunda del anciano resonó en el pasillo.

—Estoy en el estudio, querida.

¿Cuánto tiempo había estado perdiendo el tiempo frente a las concienzudas reproducciones del linaje de los Chestwick? Se subió un poco la falda y se dirigió al estudio privado de lord Chestwick. Aminó sus pasos al acercarse a la puerta antes de sonreír al lacayo que montaba guardia en la entrada.

—Buenas tardes, Paul —saludó.

El lacayo le hizo una reverencia.

—*Milady*.

—¿Le importaría avisar a Annie? Va siendo hora de que volvamos a casa. —Annie no era su doncella personal, era una de las criadas de Malbury, pero se sabía entre el servicio que Paul bebía los vientos por ella. Aunque Diana no se consideraba una casamentera, siempre estaba dispuesta a involucrarse en los planes que podían llevar armonía a la relación entre las dos propiedades.

—Deja de perder el tiempo en la puerta. Pasa. Adelante. —La pluma del conde volaba sobre el pergamino que tenía delante—. He ideado una nueva búsqueda del tesoro para ti —dijo el hombre que Diana consideraba más su padre que el suyo, sin molestarse en levantar la vista.

Se apresuró hacia el escritorio y se sentó ante el conde.

—¿Debo descifrar una sección de prosa, o esta vez será un poema?

Explorar la extensa biblioteca en busca de pistas para resolver los enigmas del conde era su pasatiempo favorito durante los meses de verano. Era un hombre extremadamente inteligente, y la mayoría de sus ardidés requerían que Diana visitara varias veces la mansión para poder resolver cada una de las ingeniosas pistas. Diana contó los días que faltaban para que ella, sus hermanas y su madre regresaran a Londres con el ceño fruncido. Tres escasas jornadas era todo lo que tendría para resolver el último acertijo de su querido amigo.

—Ni lo uno ni lo otro. —El anciano dobló el pergamino por la mitad y volvió a doblarlo otra vez antes de coger la cera y el sello—. Si después de tu primera temporada no te has casado y regresas a la propiedad de tu familia sin estar comprometida, puedes intentar encontrar mis versos más preciados. —Agitó el papel sellado entre ellos.

—¿Y si, por algún extraño milagro, encuentro el caballero adecuado para casarme?

—Quémalo. —Puso el pergamino sobre su escritorio y lo empujó hacia delante para mirarla con intensidad—. Estarás demasiado ocupada instalándote en la propiedad de tu marido.

Ella se inclinó y cogió el pergamino.

—¿Por qué me lo da ahora? —Diana estudió el diseño estampado en la cera roja. La C mayúscula estaba al revés. Giró la nota.

—El escudo de mi familia, creado por mis antepasados, utiliza el antiguo alfabeto itálico. —El conde respondió a la pregunta no formulada antes de abordar la que ella había vocalizado—. Quizá como prueba de fuego.

Diana levantó la mirada para clavarla en los astutos, pero turbios, iris del anciano.

—¿Está suponiendo que solo renunciaré a esto... —agitó la nota en el aire—, si mi amor por un hombre es mayor que mi amor por la investigación?

—En efecto, así es. —Se levantó, rodeó lentamente el escritorio y extendió el brazo hacia ella. La frágil figura del conde se apoyó con delicadeza en ella mientras la acompañaba al vestíbulo, donde Annie esperaba pacientemente junto a la puerta principal.

A Diana se le encogió el corazón cuando se volvió para despedirse.

—Nos veremos el próximo verano. Prepárese para renunciar a sus poemas favoritos. —Rompió todas las reglas sociales y abrazó al anciano. Su intuición le decía que sería la última vez que lo vería.

El conde le devolvió el gesto.

—Espero que así sea, mi querida Diana —carraspeó—. Así lo deseo. —El matiz de melancolía en la voz del conde hizo que Diana tuviera que luchar contra las lágrimas.

Sintió la pesada capa sobre los hombros y dio un paso atrás. Se abrochó los botones parpadeando y enderezó los hombros.

—Le echaré de menos, milord —confesó con una sonrisa.

El anciano se rio entre dientes.

—Bah. No es a mí a quien echarás de menos. Añorarás el reto que supone escabullirte sin que nadie se entere para resolver mis acertijos. —Miró por la puerta abierta hacia las nubes grises que tapaban el sol—. Estaré encantado de proporcionarte transporte de vuelta a tu casa.

—Y como bien sabe, Annie y yo preferimos caminar. —Diana elevó una rápida plegaria a los cielos para que no lloviera y poder regresar a la mansión Malbury secas y sin que nadie hubiera detectado su ausencia.

—Como desees. —El conde de Chestwick hizo una reverencia y Diana se despidió.

Emprendió la vuelta por el desgastado sendero a través del campo que las llevaría de vuelta

al caos de Malbury Manor. Un kilómetro más cerca de su destino, con las botas cubiertas de barro, Diana consideró las ramificaciones de desafiar el deseo de su madre a que se casara. Nada era tan traumático para Diana como la idea de no volver a ver al anciano conde de Chestwick.

Rozó la carta que llevaba en el bolsillo, ligera como una pluma, pero que, a cada paso que daba alejándose de Chestwick Hall, empezaba a pesarle como una roca. Se obligó a mover los pies hacia delante. ¿Haría honor el heredero del conde, Randal Wilson, un capitán del ejército poseedor de varias condecoraciones, a la invitación de su erudito padre para que ella regresara a la biblioteca de Chestwick?

## CAPÍTULO 1

---

Diana apoyó una mano en la fría ventanilla del carruaje y oteó el horizonte con la mandíbula apretada. El frío del interior de la cabina no tenía nada que ver con el anochecer. No, su piel helada se debía a las frías miradas de su madre, que ella intentaba evitar a toda costa. Cuando tuvo Malbury Manor a la vista, enderezó los hombros y se recostó contra el respaldo del asiento recientemente renovado.

Su madre, la estimada condesa de Wallace, clavó una mirada acerada en su hermana mayor, Minerva.

—Otra temporada más y no has recibido ni una sola oferta de matrimonio. Ni una. Ni tú ni tus hermanas. —Su madre no era despiadada del todo, según su hermana solo era directa, a pesar de las pruebas que demostraban lo contrario. En realidad, había sido Minerva quien había ejercido el papel de madre para todos los hermanos Malbury, y no la mujer que había dado a luz a la numerosa prole del conde de Wallace.

Mientras Minerva y su otra hermana, Isadora, se estremecían ante la declaración de su madre, Diana permanecía inmóvil. No entendía por qué su madre insistía tanto en el matrimonio. La unión de sus padres estaba plagada de hipocresías, así que no veía ninguna razón lógica para que ella o sus hermanas tuvieran prisa por atarse a un caballero que, en el mejor de los casos, las ignoraría. Casarse era un destino mucho peor que ser desterradas durante el verano a la casa de campo de la familia en Manchester. Se puso rígida cuando vio que Minerva hundía los hombros en señal de derrota. Hasta la fecha, su hermana había soportado tres temporadas horribles. Minerva debería recibir una medalla por haber evitado un matrimonio que se basaría únicamente en su belleza o en su cuantiosa dote.

Diana cruzó los brazos bajo la capa y adelantó la barbilla.

—Como si Minerva tuviera la culpa de que los caballeros de la sociedad sean unos simplones.

—¿Crees que eso es un hecho? Entonces, por favor, dime, ¿cuál es tu excusa para no aceptar la oferta de lord Drake? —Diana recibió la mirada de su madre.

«¡Conseguido!». Minerva solía ser la que desviaba la ira de su madre lejos de los demás, pero, finalmente, Diana había podido devolverle el favor a su hermana. Qué bendición, en especial después de todos los vanos intentos de Diana y su hermana Isadora para ayudar a Minerva a encontrar un caballero digno de su mano. Diana respondió con confianza.

—Puesto que soy la hija menor, lo lógico es que sea la última en atraer a un pobre hombre al matrimonio.

—Tonterías. —Su madre sacó una mano enguantada del manguito de piel y palmeó a Diana

en la rodilla—. Es mi deseo veros a todas felizmente casadas y sin ningún orden en particular. Creo que lord Drake sería un marido maravilloso.

En lugar de poner los ojos en blanco, Diana bajó la mirada hacia el lugar donde su madre había establecido contacto físico con ella. Notó una peculiar sensación de entumecimiento en los huesos.

—Lord Drake está ciego —afirmó Isadora, que no consiguió desviar la atención de la condesa de Wallace de Diana.

—Tonterías. El chico tiene una visión perfecta.

Vecino y mejor amigo del hermano mayor de Diana, Anthony MacMillian, lord Drake, era encantador, inteligente y agradable a la vista, pero no era hombre para Diana.

—Deseo casarme con un hombre que comparta mi afinidad por la literatura y los acertijos.

La condesa entrecerró los ojos.

—Entonces me consideraré afortunada de que no hayas declarado ante todo el mundo que te casarás con el primer hombre que resuelva un acertijo que hayas urdido con tus hermanas.

Minerva se encogió aún más dentro de su capa. Isadora se movió hacia delante, intentando llamar la atención de su madre.

—Mamá, qué idea tan brillante. Qué suerte tenemos de haber heredado tu intelecto e ingenio.

—La voz de Isadora estaba impregnada de un sarcasmo que hizo que la mirada de su madre se desviara en su dirección—. Diana, debes seguir el consejo de nuestra madre y lanzar el desafío a nuestro regreso a Londres. Tenemos todo el verano para elaborar un acertijo. Oh, ¡qué divertido! —continuó Isadora antes de que Minerva pudiera intervenir.

Los labios de la condesa formaron una línea recta.

—Insolentes. —Con un resoplido, se volvió a meter las manos en el manguito y cerró los ojos.

Agradecida por el fin de la conversación, Diana volvió a asomarse por la ventana. Vio una estructura de piedra que le resultó familiar. A Diana se le aceleró el pulso. Chestwick Hall.

A lo largo de los años, Diana había desaparecido durante horas para esconderse en la biblioteca de Chestwick. Era su pasatiempo favorito. No era ninguna idiota y reconocía lo rara que era la oportunidad de que una dama tuviera tal acceso a tan exquisita colección de obras literarias. Los estantes de la biblioteca estaban ocupados por los libros acumulados por la familia Chestwick a lo largo de varias generaciones. Sus favoritos se remontaban a la época de las Cruzadas.

A Diana le parecía bastante peculiar que el actual conde, siendo descendiente de eruditos, se hubiera alistado en el ejército. Sin embargo, si había que dar crédito a los rumores, Randal Wilson era el diablo en persona en el campo de batalla. Tenía fama de legendario: se decía que había ideado varios ataques ingeniosos, derrotado al enemigo y salvado la vida de quienes le seguían en la batalla.

Diana estiró el cuello cuando la mansión se convirtió en un punto distante. Después de una larga temporada de tediosos actos sociales, ansiaba acurrucarse en el gran sillón con respaldo ante la chimenea de Chestwick Hall y hundir la nariz en uno de sus tomos.

Cuando notó un fuerte codazo en las costillas, Diana se giró para mirar a Minerva.

—¿Qué pasa?

Su hermana se inclinó hacia ella.

—Por favor, dime que no estás considerando aventurarte en Chestwick Hall sin invitación.

Diana apretó los labios. Minerva tenía la extraña habilidad de saber exactamente lo que pensaban los miembros de la familia antes de que les pasara por la cabeza. Su hermana siempre

iba dos pasos por delante de los demás, y eso resultaba muy molesto.

Minerva intentó adoptar la mirada severa de su madre, sin conseguirlo.

—Allanar hogares ajenos es ilegal. Tras la desaparición del viejo conde, ya no serás bienvenida.

Caramba, ¿tendría razón su hermana? ¿Pondría fin a sus visitas el nuevo conde de Chestwick? Las estanterías de la biblioteca de Malbury Manor eran pésimas. Ninguno de los caballeros de su linaje se había molestado siquiera en invertir en la finca, y mucho menos en financiar la compra de volúmenes literarios.

—Pero mientras el conde de Chestwick siga en la guerra...

Minerva negó con la cabeza.

—Se rumorea que el conde resultó herido y que se ha retirado a la finca a recuperarse. —Su hermana miró rápidamente a su madre dormida—. Y se dice, además, que Chestwick ha colocado carteles de advertencia anunciando sus intenciones de perseguir a quienes se atrevan a pisar sus tierras.

Diana era plenamente consciente de los murmullos que se compartían en la sociedad. Su agudo oído le aseguraba estar al tanto de las últimas noticias, incluido el nuevo apodo del conde: la Bestia de Chestwick.

—Seguro que el conde no llamaría al juez si me encontrara en la biblioteca.

—Hermanita, el conde de Chestwick no es un erudito inofensivo como su padre. Es un hombre que ha visto y provocado la muerte de muchos hombres.

—Sí, sí, sí. Las estrategias de guerra de este hombre han sido declaradas de pura brillantez por la Oficina de Guerra. Tal vez... nunca se aventure a entrar en la biblioteca —añadió Diana con los ojos muy abiertos—. Tal vez... sus heridas lo tienen confinado en sus aposentos. Actuaré con sigilo y tomaré todas las precauciones posibles para pasar desapercibida.

—¡Desapercibida! —Minerva se giró para mirarla con intensidad—. Diana Malbury, prométeme que no visitarás Chestwick Hall sin ser invitada.

Imposible. No podía hacer tal promesa.

Mmm... Debía expresarse cuidadosamente ante su hermana.

—Minerva, prometo no pisar los terrenos de Chestwick Hall.

Minerva entrecerró los ojos. Al cabo de unos instantes, asintió.

Excelente. Era raro que Diana fuera más sagaz que su hermana. Cumpliría su palabra: ir montada en su yegua hasta Chestwick Hall significaría que los cascos de su montura tocarían el suelo, pero no sus pies. Diana apretó la barbilla contra el pecho, dejando que la capucha de la capa se deslizara hacia abajo. No podía permitir que sus astutas hermanas vieran esa sonrisa irreprimible que se dibujara en su cara. Cerró los ojos y respiró con calma para fingir que dormía. Ningún hombre fuera una bestia o no, le impediría buscar un pedacito de cielo durante el verano. Solo tenía que idear el plan perfecto para asegurarse de que sus visitas a Chestwick Hall fueran un secreto, tanto para su familia como para la bestia que custodiaba su oasis.

## CAPÍTULO 2

---

Con los ojos apretados, Randall esperó a que cesara el zumbido en sus oídos y a que se reanudaran los gritos masculinos de la batalla.

Silencio.

Las gotas de sudor rodaron por su sien y se filtraron en el corte que le atravesaba la mejilla. La sensación de quemazón le recordaba que aún vivía. Debería haber muerto con sus hombres. Pero en vez de eso, lo habían dejado inconsciente, lo habían dado por muerto y lo habían enviado a casa con una nota de la Oficina de Guerra en la que se indicaba que sus servicios ya no eran necesarios. Heredar el título y dirigir la finca no era el futuro que Randal había imaginado.

Al inhalar profundamente, el olor rancio y familiar de Chestwick Hall calmó sus nervios. Se llevó la mano a la cara y sus movimientos se detuvieron cuando rozó con los dedos la áspera gasa que le envolvía la cabeza y le cubría el ojo. Agg... Volvió a bajar la mano. Maldición, quería que sus heridas estuvieran completamente curadas.

Con un solo ojo, vio un borrón negro correteando por la habitación.

—¿Quién está ahí?

—Soy solo yo, señoría. —La voz áspera de Cartwright, su ordenanza convertido en ayuda de cámara, estaba llena de tensión cuando se filtró a través del zumbido de su dolorida cabeza.

Randal se obligó a utilizar cada gramo de energía que poseía para impulsarse hasta quedar sentado. Notó la presión del frío cabecero de madera en la espalda.

—¿Cómo va todo?

—Creo que navegar por Chestwick Hall es un poco más peligroso que luchar a su lado en el Continente, mi señor. —Se oyeron las salpicaduras del agua en una palangana.

Randal se encogió al oír el rítmico chirrido de la cuchilla al pasarla por el afilador.

—Será mejor que guardes la navaja. —Un escalofrío le recorrió la espalda. Cartwright había perdido la razón si pensaba que le permitiría pasar un objeto afilado por su mejilla aún inflamada.

—Pero parece un oso, milord. ¿Qué pensará la señora Humbleworth?

Randal nunca había sido el favorito del ama de llaves, la señora Humbleworth. Ella lo consideraba frío y despiadado. La había oído llamarle así el verano anterior a partir para luchar en el Continente. La mayoría del personal prefería a Russel, por el comportamiento fácil y amistoso del menor de los Chestwick. Randal no se consideraba un hombre desalmado; de hecho, amaba profundamente, aunque no lo manifestara de forma tangible. No era frío; solo prefería no mostrar sus desbocadas emociones y se negaba a lloriquear y hablar de más como su padre.

Randal se frotó la barbilla. Le había cogido cariño a la barba.

—¿Cuánto tiempo exactamente he estado incapacitado esta vez?

—Solo un día y medio, milord, y no se va a creer las quejas que he oído esta mañana. —Cartwright acercó un pequeño tazón con agua enjabonada, un cepillo y una navaja—. Ha llegado el momento de que se afeite.

Desde que había llegado a casa, hacía más de dos meses, había recuperado la mayor parte de sus fuerzas, pero seguía sufriendo episodios de sueño prolongado, que inevitablemente inquietaban a su ordenanza. Tras años en el campo de batalla con él, Randal había aprendido a guardar silencio y a permitir que Cartwright siguiera divagando.

La luz del sol se reflejaba en el afilado filo de la navaja que Cartwright agitaba en el aire.

—Todo el personal de la casa está en pie de guerra —continuó hablando el hombre—, y se lamentan de las órdenes que usted dio al guardabosques sobre disparar a los intrusos en cuanto pongan un pie en la propiedad. La señora Humbleworth era un manojo de nervios. Está aterrorizada de que le pase algo a..., ¿cómo el apellido de la chica? —Cartwright removió distraídamente el jabón en el cuenco—. ¿Melburn...? No. ¿Masterberry...? No...

—¿Malbury?

—Exactamente, milord. A *lady* Diana Malbury.

—Malbury Manor se encuentra más allá del otro extremo de la finca. Está bastante lejos de aquí. —Randal pasó las piernas rígidas por el borde de la cama y se agarró a las mantas cuando la habitación empezó a dar vueltas. Sacudió la cabeza—. ¿Diana? —preguntó.

—Sí. Es la hija menor del conde de Wallace. La señora Humbleworth ha dicho que la joven disfrutó mucho de sus visitas a Chestwick Hall los dos últimos veranos. El personal parece bastante encariñado con ella. Sería una pena que la mataran.

¿Cuántos años podía tener? Randal rebuscó en su nublada mente para recordar los detalles del clan Malbury. El hijo mayor y heredero del conde era un par de años menor que él mismo. ¿Por qué no lograba recordar su nombre? Randal inclinó la cabeza a un lado, deseando recuperar su habilidad para acordarse de todo. Había recibido una paliza en la última carga contra los franceses, pero de eso hacía meses.

—¿Cuál era el propósito de las visitas de *lady* Diana?

—No he averiguado la razón, pero la señora Humbleworth dijo algo sobre que traía flores para alegrar el lugar y que el personal extrañaba sus cantos.

—¿Sus cantos?

—Eran como los de su madre, dicen.

Su madre había dejado el mundo hacía casi una década y media, pero Randal se estremecía al mencionarla. Seguía echándola de menos cada día. Había sido la única persona que había visto más allá de su exterior distante. Si la tal Diana se parecía en algo a su madre, sería mejor que se mantuviera alejado de ella. Después de tantos años, el corazón de Randal aún no se había recuperado del todo de la pérdida de su madre.

Apartó la mano de Cartwright de su cara e intentó ponerse en pie, pero el dolor punzante que sentía en la cabeza le hizo caer de espaldas en la cama. Puede que su cuerpo se hubiera recuperado, pero la cabeza seguía doliéndole. Ignoró los chispazos de luz detrás de los párpados, respiró hondo y se incorporó.

—Asegúrate de que coloquen todos los carteles y de que se corra la voz, mi edicto se mantiene. Prohibido el paso.

—Como usted diga, milord. —Cartwright resopló y dejó el cuenco con el jabón de afeitar encima de la cama.

Tras dejar caer la cabeza hacia atrás, Randal miró al techo y contó hasta diez.

—Cartwright, vuelve y termina lo que has venido a hacer.

—Creo que no, milord. Me temo que me siento demasiado tentado a rebanar su terca garganta. —Cartwright abandonó el aposento de Randal con un decidido chasquido de la puerta.

Acostumbrado a que su ordenanza le amenazara y desafiara al mismo tiempo, Randal cogió el plato de porcelana, el cepillo y la cuchilla de afeitar de la cama y se acercó muy despacio al rincón para dejarlos junto al lavabo. Cuando se retiró la venda de la cabeza, se sobresaltó al ver su imagen en el espejo. Su aspecto desaliñado era similar al de un oso, como había dicho el ordenanza. Se inclinó hacia delante y observó su reflejo. ¿Por qué su padre había alternado con una joven dos veranos seguidos? El hombre había estado perdidamente enamorado de su esposa.

En los años transcurridos desde su muerte, su padre ni siquiera había mirado dos veces a otra mujer. Randal era plenamente consciente de que, como único superviviente de la familia, había llegado el momento de casarse y tener un heredero. Estaba considerando un matrimonio de conveniencia. Disponía de todo el verano para llevar a cabo la búsqueda de la candidata idónea, y la temporada siguiente se casaría.

Randal se mojó la cara con agua fresca mientras ignoraba la punzada en su corazón, que se rebelaba contra su plan. El aire fresco y el ejercicio harían desaparecer el dolor de su pecho y aliviarían el dolor de cabeza. Necesitaba recuperar el control sobre sus emociones desbocadas y acallar las voces de su familia que rondaban sus pensamientos. Puede que sus padres y Russell fueran firmes partidarios del amor, pero Randal sabía que el amor era la perdición de todos los hombres de bien, y no quería tener nada que ver con esa emoción.

Renqueó por la habitación y cogió la camisa que yacía perfectamente doblada en el extremo de la cama. Metió los brazos en las mangas y se la pasó por encima de la cabeza. Soltó un profundo gemido cuando la suave tela le rozó la cara herida. Con aquellas facciones desfiguradas, el plan más inteligente sería redactar y firmar los acuerdos matrimoniales antes de conocer a la dama, pues ninguna mujer en su sano juicio querría casarse con él. Se metió la camisa en los pantalones y buscó el chaleco y la chaqueta. Ninguno de los dos estaba a la vista. Maldito fuera su ayuda de cámara.

Estudió la cálida luz del sol que se colaba por las ventanas y, haciendo caso omiso del decoro, salió de sus aposentos. Al estar a solas con el personal en la mansión, no había necesidad de ponerse esas prendas adicionales que creía superfluas. Un paseo por la propiedad le despejaría la mente y aliviaría el terrible dolor que notaba en el pecho y en la cabeza, aunque físicamente sería todo un reto. Si se limitaba a repetir esa afirmación, tal vez se convirtiera en verdad.

### CAPÍTULO 3

---

Inclinada sobre el cuello de su yegua, Diana se echó la capa marrón oscura sobre el hombro desnudo. Su corazón bombeaba la sangre al ritmo de los cascos de su montura. Había tardado una semana en urdir un plan que le permitiera escapar de Malbury Manor sin ser descubierta. Siete largos y miserables días. El viento le rozaba las mejillas y hacía fluir la energía por su cuerpo de una forma muy estimulante.

Con los ojos entrecerrados, vio la luz del sol brillando en un objeto metálico delante de ella. Ajustó las riendas y redujo la velocidad, poniendo la montura al trote. Cuando se acercó con cautela, encontró una forma tendida en el prado. Bajó de la yegua y corrió hacia el hombre corpulento que yacía de espaldas.

—Señor. —Diana se arrodilló, rozando apenas su cadera. Se inclinó y le puso el índice bajo la nariz—. Está vivo. —Le pasó las manos metódicamente por los hombros y los brazos. No había rastro de sangre ni encontró ningún hueso sobresaliendo. Le apoyó las manos en el pecho y luego las bajó hasta rozarle el vientre plano.

No parecía pasarle nada, y su corazón empezó a latir con más fuerza. Cambiando de posición, se inclinó para comprobar las piernas. Tampoco había nada roto. Se dio la vuelta, se sentó sobre los talones y se quedó mirando al apuesto desconocido barbudo. Aquel vello facial hizo aumentar su interés. Al deducir que la razón por la que no reaccionaba debía de ser una herida en la cabeza, las más difíciles de tratar, Diana soltó un suspiro y avanzó hasta que sus rodillas quedaron paralelas a los hombros del hombre.

—Señor, voy a examinarle la cabeza.

Había leído en alguna revista médica la importancia de inmovilizar el cuello cuando una persona se caía, así que se puso de rodillas y le colocó los pulgares en las sienes con suavidad antes de deslizarlos por el pelo corto para examinarle el cuero cabelludo. Aliviada por no haber entrado en contacto con sangre caliente, supurante o seca, se retiró y apartó el pelo de la frente del hombre. Se quedó boquiabierta al ver un gran corte.

Miró a su alrededor. No había más huellas que las que acababan de dejar ella y su yegua. ¿Qué podía hacer? Correría un gran riesgo si dejaba al hombre solo para ir en busca ayuda y había un bandido cerca. Recorrió con la mirada sus facciones; parecía tranquilo. Sus rasgos le resultaban familiares, aunque estaba segura de no conocerlo. ¿Sería amable su mirada si abriera los ojos? Se decía que eran las ventanas del alma. «¡Maldición!». De encontrarse en su lugar, Minerva o Isadora ya habrían calculado las probabilidades de que sobreviviera e ideado algún plan inteligente para ayudar a ese hombre. En vez de eso, ella se ponía a pensar de forma poética en los ojos del herido.

—¿Qué voy a hacer contigo? —Diana le acarició la mejilla, y notó un leve movimiento en los párpados del desconocido—. ¿Señor?

La fresca brisa agitó los oscuros mechones caoba del hombre, atrayendo de nuevo su atención hacia la horrible herida. No era médico, pero tenía conocimientos suficientes como para saber que dormir no era lo mejor para las heridas en la cabeza. Tenía que despertarlo.

Le pasó el pulgar por el labio inferior de forma involuntaria, era suave y firme a la vez. ¿Cómo sería ser besada por esos labios? «¡Besada!». El hombre se estaba muriendo y ella dejaba vagar su mente una vez más. La curiosidad era su debilidad. Un rápido vistazo a su alrededor le confirmó que seguían solos, y antes de que la razón se apoderara de ella, Diana se inclinó sobre el hombre caído y apretó la boca contra la de él. Cuando sus labios se separaron, se apartó para mirarlo y se lo encontró sonriendo.

—Me sorprende el método que ha elegido para despertarme, pero no me quejaré. Confieso que ha sido todo un reto permanecer quieto mientras me examinaba.

—¡Bestia! —Diana le plantó la mano en el pecho para impulsarse y ponerse en pie.

Él consiguió incorporarse y, con reflejos felinos, subirla a su regazo, todo en cuestión de instantes. Atónita, Diana permaneció muda mientras miraba con intensidad los peculiares ojos que habían ocupado sus pensamientos durante el último año. Lo que ella había considerado un don artístico era pura realidad: ese hombre tenía oro en los iris.

El desconocido, casi seguramente el conde de Chestwick, la abrazó con fuerza.

—Me han llamado cosas peores. El dilema es ¿cómo debo referirme a usted? ¿Duendecillo? ¿Hechicera? ¿Princesa?

*Ja.* Como era evidente, el hombre no había oído el apodo que la sociedad ya había dado a Diana: La Bella Mediasazules. No era tan terrible como el Reina de Hielo que le habían otorgado a Minerva, o El Alelí Voluntarioso, por el que llamaban a Isadora.

—No soy una criatura mítica ni una bruja, y desde luego no pertenezco a la realeza. Puede llamarme Diana.

Se levantó con ella en brazos y luego la dejó sobre sus pies.

—¿*Lady* Diana Malbury?

Dio un paso atrás y se llevó las manos a la espalda.

—Sí. Ese es mi nombre.

Él examinó los campos.

—¿Qué demonios está haciendo en mis tierras?

—Iba a buscar pistas en la biblioteca de Chestwick Hall. Verá, su padre me entregó un rompecabezas que debo resolver. —Acarició el bolsillo de su abrigo, donde guardaba el pergamino sellado que había conservado toda la temporada—. Me dijo que podía volver a completarlo, pero solo si permanecía soltera. —Levantó la vista y se encontró con las oscuras cejas del conde inclinadas hacia abajo. Se le erizó el vello de la nuca. Su instinto natural fue retroceder otro paso, así que dio medio hacia delante y le clavó un dedo en el duro pecho—. Debería darme las gracias por haberlo encontrado.

La mirada del conde se desvió hacia el sendero que se adentraba en el bosque a su derecha, por donde ella había llegado.

—¿Ha visto a alguien mientras se acercaba?

—No, me llamó la atención el reflejo de sus botones. —Bajó la mirada hacia los brillantes objetos plateados. Cuando volvió a levantar la vista, la atención masculina estaba de nuevo centrada en ella. Notó en su pecho aquel aleteo sobre el que había leído cien veces—. He buscado señales de su atacante, pero no he visto huellas ni impresiones de pezuñas. ¿Recuerda lo

que pasó?

—Estaba patrullando el perímetro. Me giré al oír que alguien se acercaba sigilosamente por detrás, y después todo lo que vi fueron estrellas y luego negrura... hasta el momento en que sentí sus manos sobre mi cuerpo.

El calor subió a sus mejillas. Diana se giró para escrutar el suelo, ocultando así su reacción ante aquella afirmación.

—Quizá se volvió demasiado rápido, se mareó, perdió el equilibrio y se cayó. —Lo señaló con el dedo y se giró sobre los talones—. Es bastante plausible. Podría haberse caído y haberse golpeado la cabeza contra una piedra. —Pero no había ningún objeto a la vista que ella pudiera deducir razonablemente que hubiera causado el feo corte en su frente.

—Mis lesiones me han provocado mareos en el pasado; sin embargo, no estoy convencido de que eso sea lo que ha ocurrido hoy aquí.

—¿Por qué querría alguien atacarle? —preguntó dándose la vuelta—. Está en casa, en suelo británico, no en un campo de batalla en el Continente.

—Un punto de vista muy válido, *lady* Diana. —Cuando él sonrió, volvió la sensación de aleteo.

Era extraño que hubiera soportado toda una temporada rodeada de caballeros sin experimentar ni una sola vez aquella ligera sensación y, allí estaba, con un auténtico desconocido, y la había experimentado dos veces. Cogió la mano del conde y lo llevó hacia su yegua.

—Deberíamos volver a Chestwick a limpiarle la herida.

Sin dudarle, él la subió a la silla y procedió a montar detrás de ella.

—¿Puedo? —preguntó él levantando las riendas.

—¿Siempre hace las preguntas cuando ya ha supuesto la respuesta?

—Normalmente no pregunto. —Le rodeó la cintura con un brazo y azuzó a la yegua hacia delante.

MENOS MAL QUE era un jinete experto. Necesitaba poner a salvo a esa dama, pero tener a la joven sentada delante de él, entre sus piernas, con aquella exuberante figura apretada contra su pecho, hacía que la sangre se le acelerara en las venas y que la cabeza le palpitara con fuerza. Alguien se había atrevido a atacarle en su propia tierra.

Diana lo miró por encima del hombro.

—Soy una amazona consumada.

—¿Perdón? —Maldita fuera la falta de sangre en su cerebro.

—¿Tiene que aferrarse a mí con tanta fuerza?

No. Obviamente era hábil en la montura.

Pero la respuesta era sí. Le gustaba tenerla entre sus brazos.

Sin embargo, no estaba dispuesto a compartir ninguna de las dos respuestas con ella.

—No sabía que ahora a las damas se les enseñaba a montar a horcajadas —dijo, acercándola.

—¿Está tratando de enfadarme a propósito?

Al doblar la curva se dirigió directamente a los establos.

—No parece usted una dama fácil de influenciar —le susurró al oído, dejando que sus labios le rozaran el borde exterior de la oreja. La acción debería inquietar a Diana, pero descubrió que era él quien se movía en la silla—. Por la precisión con la que me inspeccionó antes, hubiera apostado a que es más una mujer lógica, aunque con propensión a correr riesgos.

Ella se puso rígida entre sus brazos. Se le formó un gran nudo en la garganta, y el impulso de

retractarse fue abrumador. No se había arrepentido de las palabras pronunciadas antes, de hecho, se enorgullecía de decir solo la verdad, por dura que fuera.

Un mozo de cuadra vino corriendo a ayudarles.

—¡*Lady* Diana!

—Paddy, me alegro mucho de verte. —Diana le dedicó una cálida sonrisa—. Vaya, has crecido desde la última vez que te vi —añadió.

Randal le entregó las riendas al chico. ¿Acaso ella conocía los nombres de todo su personal? Él había tardado semanas en aprenderse los nombres del servicio y, con el cerebro embrollado, de vez en cuando seguía cometiendo errores al referirse a ellos. Le resultaba desconcertante esa necesidad que tenía de crear un vínculo con sus sirvientes, pero se había convertido en algo importante para su cordura.

Randal se soltó para deslizarse hasta el suelo y luego levantó los brazos para ayudarla. Se le cortó la respiración al ver su radiante sonrisa. Diana se inclinó y le puso las manos sobre los hombros. Ella tenía una cintura diminuta que se amoldaba a sus manos, así que se tomó su tiempo hasta dejarla sobre los pies. No era de los que perdían el tiempo, pero aquella mujer le hacía disfrutar del momento.

Ella le deslizó la mano por el hombro y el cuello hasta acariciarle la mejilla.

—¿Me permite atender el golpe?

Él se estremeció cuando le tocó la lesión oculta bajo la barba con la palma de la mano.

Diana apartó el brazo y le miró la mejilla con atención.

—¿Qué le duele?

—Es una herida antigua. No tiene por qué preocuparse. —Le dio un beso en la frente. El pequeño jadeo a su espalda fue el recordatorio que necesitaba: no estaban solos—. Paddy, dale a la yegua de *lady* Diana un buen cepillado.

—Sí, milord. —El muchacho se apresuró a llevar el caballo a los establos.

Esperó el desaire de Diana o, como mínimo, un sermón sobre su comportamiento poco caballeroso. En lugar de eso, ella ladeó la cabeza.

—¿Es esta la herida la que le ha obligado a volver a casa? —preguntó. Sin esperar respuesta, Diana enlazó el codo con el suyo y lo condujo hacia las puertas de la terraza.

La vieja y familiar sensación de ser un extraño en su propia casa regresó de inmediato. Retiró el brazo y se alejó de la mujer que había desordenado su mente y su cuerpo.

—Le concederé acceso hoy y solo hoy a mi propiedad. Sin embargo, debe limitar su visita a la biblioteca. Haré que uno de los lacayos la acompañe a su casa cuando esté lista. —Giró sobre sus talones en la dirección opuesta. Había dado dos pasos antes de notar un pinchazo en la espalda. ¿Acaso esa mujer no tenía sentido común? Todo el mundo era consciente de lo arriesgado que era provocar a un animal herido, y más a una bestia como él.

—Qué generoso de su parte creer que podría resolver uno de los rompecabezas de su padre en cuestión de horas. —Soltó un profundo suspiro—. Ha sobrestimado mis habilidades.

Se giró para mirar a aquella joven tan impertinente y sintió una punzada de culpabilidad al ver los rasgos tristes y desolados de Diana. No se estaba burlando de él, sino que le hablaba con franqueza, y era evidente que estaba realizando complejas evaluaciones mentales.

Diana puso los brazos en jarras.

—Hasta la fecha, mi récord es resolver uno de sus rompecabezas en una semana —confesó—. Todos los demás me han llevado al menos quince días, y eso visitándolo a diario y con su ayuda. Si involucro a Minerva o Isadora, tal vez...

Él levantó la mano para detener su monólogo.

—*Lady* Diana, he colocado esas señales de prohibido el paso por una razón. No deseo visitas en este momento.

—Pero lord Chestwick, su padre...

Se pasó una mano por el pelo. Su gesto retrasó el resto de su réplica, pero la mujer no se iba a dejar disuadir fácilmente. Diana se acercó un paso más.

—Oh, de verdad cree que puede haber peligro acechando —continuó—. Aquí, en la campiña de Manchester.

No estaba seguro. No había ninguna razón clara para que alguien le atacara con sigilo, pero no podía creer que simplemente se hubiera dado un batacazo.

—Mi necesidad de privacidad no tiene nada que ver con los acontecimientos de hoy. Tal vez sea mejor que me encargue de que Paul la escolte ahora a su casa.

Ella sacó el pergamino del bolsillo.

—No. Necesito descubrir la respuesta al enigma de tu padre. Es importante para mí. No puede negarme el acceso a la biblioteca, en especial después de que haya conseguido seguir soltera durante toda la temporada según sus requerimientos, solo para tener esta oportunidad.

—¿Ha rechazado alguna oferta de matrimonio para participar en el tonto rompecabezas que ha ideado mi padre?

Ella frunció el ceño un instante. Miró hacia el cielo.

—Su padre era un hombre brillante. Amable. Cariñoso. Y..., bueno, creo que comprendía mi pasión por buscar el conocimiento. No el obtenido del estudio de las palabras en una página, sino la verdad subyacente más allá del significado literal de la escritura en un pedazo de pergamino.

Dios mío, aquella dama se comunicaba con versos poéticos al igual que su padre.

—Un día de acceso completo a la biblioteca familiar. No le concederé más.

—Muy bien, hágase a un lado. —Cruzó las puertas de la terraza sin mirar atrás.

Sus pies querían seguirla, pero se quedó clavado en el sitio. Su padre sabía muy bien que no viviría para ver otro verano... ¿qué le había legado el viejo a esa joven?

## CAPÍTULO 4

---

Colgada precariamente de la escalera, Diana se estiró para alcanzar el antiguo volumen. *Achís...* El polvo le hizo cosquillas en la nariz una vez más, pero contuvo el segundo estornudo.

Vio a la señora Humbleworth abajo. El ama de llaves se retorció las esquinas del delantal.

—*Milady*, será mejor que tenga cuidado, o podría caerse.

Paul, cuyos hombros rellenaban ahora el uniforme de lacayo, tenía los brazos extendidos por si tenía que atraparla en el aire. Ella le dedicó una sonrisa confiada y volvió a centrar la atención en el libro que apenas rozaba la yema de los dedos. De puntillas en el borde del peldaño, Diana deslizó la mano por el lomo del libro que creía que podía contener la siguiente pista. Tiró del pesado tomo hacia ella, pero le costó mantener el equilibrio.

—¡Maldición! ¿Qué hace ahí arriba? —La atronadora voz de lord Chestwick retumbó en la biblioteca.

En lugar de aferrarse con más fuerza a la escalera, Diana tiró del precioso volumen hacia su pecho y se dejó llevar. Con los ojos cerrados, se dejó flotar hacia los brazos de la bestia. No se fiaba de mucha gente, pero sentía un deseo innato de confiar en aquel hombre..., y de ponerlo a prueba.

Unos brazos musculosos la cogieron. Cuando abrió los ojos, inmediatamente buscó las motitas verdes y doradas que había visto antes.

—Podría haberse roto el cuello si no hubiera llegado yo.

—Tonterías. Me habría atrapado Paul. —Miró al lacayo y luego, de nuevo, a la bestia musculosa que la sujetaba. Lord Chestwick no se parecía en nada a los indolentes caballeros que le habían presentado la última temporada. Era un guerrero. Bah... Tenía que refrenar sus fantasías. El ceño fruncido de lord Chestwick le recordó que no era un caballero de brillante armadura. No, ese hombre era un mercenario, y uno muy disgustado, por cierto.

—Gracias, lord Chestwick, por intervenir. Puede liberarme ya.

Se contoneó y el hombre la sujetó con más fuerza.

—¿Por qué confía en un completo extraño?

—Puede que no haya sido confianza. —Los brazos masculinos se tensaron bajo sus rodillas. No debería divertirse retando a ese hombre, así que frunció el ceño para disimular la sonrisa que amenazaba con aparecer—. ¿Y si ha frustrado mi astuto plan? —añadió.

—Dígame, ¿qué plan he frustrado salvándole el cuello?

Miró hacia la escalera. Los techos de Chestwick Hall eran muy altos, sin duda debido a que los varones de la familia solían tener una estatura muy superior a la media. Calculó que no había

estado a más de tres metros del suelo.

—Lo más probable es que me hubiera torcido un tobillo. No me habría roto el cuello desde esa altura.

Lord Chestwick le miró el cuello.

—¿Con qué propósito se arriesgaría a lesionarse?

Levantó el libro de su pecho.

—Por la oportunidad de resolver el misterio de su padre

La cargó a través de la habitación, hacia la puerta. Como temió que quisiera echarla, le rodeó el cuello con el brazo izquierdo y le tiró del lóbulo de la oreja.

—Me ha concedido el día para intentar resolver el enigma de su padre.

Eso lo detuvo. Se quedó quieto en el umbral y la dejó sobre sus pies.

—Ya es tarde. Se le ha acabado el tiempo.

—Pero es verano. Quedan al menos tres horas más de sol. Solo he conseguido descifrar una de las pistas. —No la iban a echar de Chestwick Hall hasta que hubiera puesto todo su empeño en resolver el maldito acertijo.

—¿Cuántas pistas son?

Soltó el volumen que aún tenía pegado al pecho y sacó del escote el pergamino doblado. Diana se aclaró la garganta y, de memoria, recitó la misiva que el viejo lord Chestwick había escrito para ella.

—*Querida lady Diana: Enhorabuena por haber sobrevivido a su primera temporada. Confío en que, si está leyendo esto, haya mantenido la cabeza fría y rechazado, estoy seguro, no menos de dos propuestas. Pero le prometo que el tesoro que encontrará merecerá el sacrificio.*

Levantó la vista y encontró las facciones de lord Chestwick duras como la piedra.

—*Para descubrir la ubicación de su premio, primero debe descifrar las siguientes ocho pistas* —continuó.

—¡Ocho! —Lord Chestwick extendió la mano—. Deme esa maldita nota.

De mala gana, le entregó la misiva.

—¿Por qué habrá ideado mi padre un plan tan intrincado? —Los ojos de su anfitrión siguieron escudriñando el extenso guion—. ¿Qué es el tesoro que debe encontrar?

—Su padre era consciente de mi afición por los códigos y por buscar y encontrar pistas. Cuanto más desafiante me resulta, más satisfacción obtengo al resolverlo. Dadas las condiciones, no me habría insultado con un rompecabezas fácil de resolver. —Volvió a coger la nota y la guardó con firmeza en el valle entre sus pechos—. En cuanto al tesoro, solo puedo esperar que sea esa pieza literaria que tanto apreciaba y de la que tanto se lamentaba.

Lord Chestwick se frotó las sienes.

—*Lady Diana, ¿le molestaría dejar de hablar con acertijos y rimas?*

¿Cómo podía ser ese hombre que tenía delante hijo del anciano amable, paciente y erudito que se deleitaba discutiendo verbalmente con ella y compartía su pasión por las posibilidades ilimitadas de la palabra escrita?

Empujó el sólido volumen contra el pecho de lord Chestwick.

—Discúlpeme. Pero parece que todos los años que eligió pasar lejos, en el Continente, han embotado la mente rápida que su padre decía que poseía. Déjeme explicarle que, durante los últimos dos veranos, en que la salud de tu padre se deterioró con rapidez y en los que usted no apareció por aquí, yo sí estuve. Y su padre afirmaba que había un poema singular que, estaba seguro, resolvería mi dudas sobre el amor y el matrimonio.

—Y mi padre creía que... —Lord Chestwick echó un vistazo al libro que tenía en su poder

—, ¿encontraría la solución en *La Historia de la Lingüística*?

—No, tonto. —Diana negó con la cabeza—. Eso no es más que una parte del rompecabezas que debo resolver. Creo que el poema que debo descubrir está escondido entre las páginas de la última pista.

—¿Por qué no se limitó a comunicarle quién escribió esa obra literaria tan escurridiza?

—Ahh..., pero entonces, ¿dónde estaría la diversión? —Alargó la mano para coger el libro—. Además, su padre afirma que fue escrito por un erudito que permanece en la clandestinidad y ha declarado que permanecerá en ella hasta que se descubra el verdadero significado del poema.

Los ojos de lord Chestwick se abrieron de par en par.

—No puede creerse todas esas tonterías.

Diana tiró del libro. En lugar de soltarlo, lord Chestwick se lo llevó hábilmente a la espalda. El impulso empujó a Diana un paso más cerca, y él le rodeó la cintura con un brazo para que quedaran cara a cara.

Diana miró fijamente sus ojos color avellana.

—¿Qué interés tendría su padre en mentir?

—Tal vez él creó esa elaborada historia como un engaño. Tal vez sufría de una enfermedad propia de la vejez.

—¡De la vejez! —rugió Diana—. ¿Cómo se atreve a acusar a su padre de engañarme? Usted no sabe nada. Durante años ha estado luchando en la guerra. Ni una sola vez volvió a visitarlo, ni siquiera cuando le avisaron de la enfermedad cardíaca de su padre.

Lord Chestwick se estremeció, pero permaneció a unos centímetros de distancia.

—No podía abandonar a mis hombres.

—¿No podía o no quería? —Esa desafiante afirmación rodó por su lengua sin pensarlo. El viejo lord Chestwick había amado a su hijo de forma incondicional, incluso había excusado su ausencia. Diana no podía comprender por qué Randal había permanecido en el extranjero en lugar de regresar a casa.

Él la soltó y dio un paso atrás.

—Era responsable de la vida de muchos hombres. —Con el libro sujeto con ambas manos a la espalda, lord Chestwick comenzó a caminar hacia la puerta—. Mi padre me escribió. Me negó la gravedad de las afirmaciones del cirujano. —La confusión y el dolor asomaron a los ojos de lord Chestwick.

Diana se adelantó y le puso una mano en el brazo.

—Claro que sí. Su padre no quería aumentar su carga. —Guió al distraído lord Chestwick hasta el sofá.

La culpa y la pena pesaban en el pecho de Diana. Se sentó con las rodillas débiles y se acomodó las faldas.

—Realmente, usted no sabía lo grave que era su estado de salud. Le pido disculpas. —Dio una palmadita en el lugar vacío a su lado. Con aire ausente, lord Chestwick le ofreció el libro y se acomodó en el lugar que ella le había invitado a ocupar.

Luego se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Debería haberlo sospechado...

Sin saber cómo reconfortar al hombre que conocía desde hacía solo unas horas, Diana dio unos toquecitos con los dedos en el volumen que impedía que su pierna se moviera arriba y abajo por los nervios.

Lord Chestwick levantó la cabeza para mirar por la ventana.

—Pronto se pondrá el sol, ¿no la estará buscando su familia?

—Tal vez. —Diana no estaba preparada para marcharse. Quería consolar al hombre que había acusado en falso de no tener corazón. Si le pedía ayuda para resolver el último enigma de su padre, ¿le ayudaría a sanar? Abrió el libro.

—Minerva sabe que aquí es donde debe venir en primer lugar si me necesitan. —Diana volvió a sacar la misiva del corpiño y la estudió con detenimiento.

Lord Chestwick negó con la cabeza inclinada.

—No tiene intención de irse, ¿verdad?

—No hasta que resuelva el enigma.

Él se reclinó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Si tiene el volumen correcto, le sugiero que vaya a la página sesenta y nueve.

Miró a su anfitrión, que puso los ojos en blanco y murmuró algo en voz baja.

—¿Está seguro? La pista dice: «Dos números combinados crean tres objetos».

—Confíe en mí.

Confiaba en él. Pero lo que resultaba desconcertante era por qué lo seguía haciendo.

—Muy bien.

Diana hojeó las páginas hasta que encontró la número sesenta y nueve y abrió el libro sobre su regazo. Cuando Lord Chestwick lo cogió, le rozó el pecho con el antebrazo, haciendo que le saltaran chispas por todo el cuerpo. Ella se quedó inmóvil para analizar la reacción de su cuerpo ante aquella caricia involuntaria.

Con una mitad del volumen en el regazo de ella y la otra en el de él, lord Chestwick echó un vistazo al contenido de la página. No parecía afectado por aquel contacto íntimo. ¡Qué exasperante!

La mirada masculina se desvió hacia el trozo de pergamino que ella tenía en la mano.

—¿Me permite?

—Por supuesto. —Diana rozó el costado de su pecho con la mano extendida que él le ofrecía para que le entregara las pistas.

A lord Chestwick se le cortó la respiración y clavó la mirada en el escote de su vestido. Diana sintió un escalofrío al saber que también ella podía provocar una reacción en aquel hombre. No era tan frío como parecía.

—¿Qué tres objetos supone que estamos buscando? —preguntó Diana sonriendo.

Él parpadeó.

—Ha sido una idea terrible —dijo a continuación, levantando la vista para mirar hacia las ventanas, tras las cuales desaparecían rápidamente los últimos rayos de sol.

—Llamaré al carruaje —gruñó, y se levantó mientras desviaba la mirada hacia la parte superior de sus pechos una vez más—. No vuelva sin que se lo pida. ¿Está claro?

—Sí. En el futuro, me limitaré a esperar su invitación... —Le dedicó una sonrisa muy grande—. Eso sí, para reanudar mi búsqueda del poema. —Volvió a centrar la atención en el libro que tenía delante y no hizo ningún esfuerzo por marcharse.

Lord Chestwick frunció el ceño. Sin duda, estaba acostumbrado a que los soldados obedecieran todas sus órdenes sin rechistar. Sin embargo, Diana no era uno de sus hombres, y al negarle el acceso a la biblioteca, ese hombre le había declarado otro tipo de guerra..., una guerra que Diana estaba dispuesta a ganar.

## CAPÍTULO 5

---

«¡Qué mujer más exasperante!».

Randal se pasó la mano por el pelo y salió de la biblioteca a grandes zancadas. Necesitaba poner distancia entre él y la encantadora Diana. Notó que le adelantaba una carrera de pasos y que la puerta principal se abría de golpe. Al salir al exterior, Randal se detuvo al traspasar el umbral y se dobló por la cintura. Inspiró profundamente, tratando de calmar sus agitadas emociones mientras apoyaba las manos en las rodillas.

En el pasado, nunca había tenido problemas para mantener el control. Una fortaleza que le había sido muy útil en la guerra. Sin embargo, treinta minutos en presencia de *lady* Diana le habían hecho perder todo atisbo de lógica y corrección. Se enderezó hasta alcanzar toda su estatura. No debería haberle costado librarse de aquella mujer, pensó, curvando levemente los labios, pero había necesitado toda su autodisciplina para refrenar una reacción instintiva de besar a esa descarada que se había atrevido a tocarle la oreja.

El cosquilleo en la nuca era una sensación familiar que había experimentado muchas veces a lo largo de los años. Cargado de energía, escudriñó el terreno; había peligro al acecho. Randal levantó la mano para tocarse el creciente bulto de la frente. ¿Lo habían atacado o habían vuelto los mareos?

Randal se volvió para entrar y luchar una vez más contra la mujer que ponía en peligro su cordura. *Lady* Diana era la primera persona que lo desafiaba de esa manera. Por regla general, la gente estaba más que dispuesta a cederle el control y las responsabilidades. Así que ese desaire había herido su ego más de lo que se atrevía a admitir. Con una mano en el pomo de la puerta de la biblioteca, cerró los ojos y visualizó la misiva que su padre había escrito con esmero.

Una imagen de la parte superior de los suaves y voluptuosos pechos de Diana le hizo pensar en el ridículo acertijo que había ideado su padre. Cada pista contenía referencias a las que su padre había recurrido cuando el anciano, tiempo atrás, había intentado explicarle cómo se concebía un hijo y cómo un caballero evitaba semejante hecho. Lo más desconcertante era saber qué *lady* Diana estaba dispuesta a renunciar al matrimonio para resolver semejante disparate.

Empujó la puerta para abrirla, dispuesto a comenzar el interrogatorio y obtener las respuestas que buscaba. Todas las preguntas se esfumaron de su mente cuando entró en la biblioteca y encontró a *lady* Diana encaramada una vez más a la escalera. Se fijó en los peldaños de madera y vio que las puntas de sus pies comenzaban a resbalar. Incluso si diera las zancadas más largas posible, estaba demasiado lejos para recogerla a tiempo antes de que cayera al suelo. Había visto a hombres caer hacia la muerte, pero ver a *lady* Diana dando manotazos en el aire le hizo contener la respiración hasta que ella aterrizó torpemente sobre un pie y cayó hacia atrás,

golpeándose la cabeza contra el brazo acolchado del sofá.

Corrió a su lado.

—¿*Lady* Diana?

—Le dije que no me rompería el cuello —le recordó Diana con los ojos entreabiertos antes de levantar la cabeza e intentar apoyarse en los codos.

—Sí, tenía razón. —La presión que se alojaba en su pecho no desapareció mientras deslizaba con suavidad el brazo por debajo de su espalda para ayudarla a sentarse.

Ella agarró la falda con las manos y levantó el dobladillo. Su pie descansaba en un ángulo extraño.

—Me parece que a mi tobillo no le ha ido tan bien como esperaba.

Le pasó un brazo por debajo de las rodillas y la levantó.

—Mandaré llamar a un médico.

—Oh, no hay necesidad de que se tome la molestia. —Se alisó las faldas mientras él la acomodaba en el sofá—. Si pudiera avisar a Malbury Manor, estoy segura de que Minerva hará los arreglos necesarios para llevarme de vuelta a casa.

Él cogió un cojín del sillón y se lo colocó debajo del tobillo herido. ¿Qué demonios hacía él preocupándose por ella como un loco enamorado? Debería cumplir lo que ella le pedía y dejar que fuera su familia la que se ocupara de sus heridas.

—¿Su hermana está capacitada para evaluar el alcance de la lesión? —le preguntó, cerniéndose sobre ella.

—No sea tonto, a las mujeres no se les permite asistir a la universidad, y mucho menos pertenecer al Real Colegio de Médicos. —*Lady* Diana se echó hacia atrás y enlazó con total tranquilidad las manos sobre el regazo—. Sin embargo, mi hermano Gregory está terminando el último curso en Oxford. Está previsto que llegue mañana o pasado a más tardar. Él podrá atenderme.

El tranquilo comportamiento de *lady* Diana solo le irritó.

—En ese caso, permanecerá aquí hasta que llegue su hermano. —Randal se obligó a calmarse, pero mantuvo las manos firmemente entrelazadas detrás de la espalda. El impulso de levantarla, acomodarla en su regazo y estrecharla contra su torso tenía en desacuerdo a su mente y a su cuerpo.

*Lady* Diana no se parecía en nada a las jóvenes debutantes ni a las damas experimentadas a las que recordaba haber estado sometido la última vez que había asistido a la temporada londinense. A esa mujer no le perturbaba el silencio; hablaba con un propósito y estaba dotada de un ingenio y un humor que él comprendía. La sacudida de su corazón le aceleró el pulso. Quería que *lady* Diana se quedara.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Ha perdido el juicio? No puedo quedarme aquí sin acompañante.

Un argumento válido, pero él no iba a cambiar de opinión. Se dio la vuelta para alejar la mirada de su bonito rostro y fingió observar la habitación con interés.

—No tiene acompañante, ¿verdad? —preguntó finalmente arqueando una ceja.

—No, pero eso es porque había planeado volver a escondidas a Malbury Manor durante la cena. —Sus mejillas adquirieron un ligero color rosado—. ¿Hay alguna posibilidad de que acepte enviar un mensaje discreto a mi hermana en lugar de alertar a mi madre?

Tentado de decir que sí solo para hacerla feliz, Randal negó con la cabeza decidido. La muy descarada era lista, pero debía aprender que los planes arriesgados tenían consecuencias.

—De ninguna manera.

—¿Ha considerado que mi padre le exigirá que se case conmigo si se descubre que he pasado aquí más del cuarto de hora aceptado por la sociedad?

Las consecuencias de que le permitiera permanecer bajo su techo habían revoloteado por sus pensamientos hacía horas. Un matrimonio con *lady* Diana parecía más intrigante que inquietante. Era de esperar que buscara novia la próxima temporada, así que tal vez podría evitar otra temporada desastrosa y casarse en verano.

—Estamos en la campiña de Manchester, no en Governors Square. No hay miradas indiscretas a la caza de escándalos. —Se acercó al escritorio en el rincón y sacó un trozo de pergamino del cajón. Buscó un instrumento de escritura y abrió el compartimento lateral.

—¿Está buscando esto? —preguntó *lady* Diana desde detrás.

Se volvió a tiempo de verla sacando un lápiz de madera de su pelo. La larga melena de color castaño le cayó sobre los hombros. Crispó los dedos. ¿Cómo sería deslizar los dedos entre aquellos mechones? Que aquel cabello cayera sobre su cuerpo desnudo. A Randal no le gustaban las fantasías; se enorgullecía de tener los pies en la tierra. Sin embargo, su imaginación estaba resultando difícil de manejar. Carraspeó y se frotó las sienes.

—Lord Chestwick, ¿le duele la cabeza?

No era la cabeza lo que le palpitaba.

—No. —Se movió para asegurarse de que ella no viera el bulto en sus pantalones. Abrió el segundo compartimento y soltó un suspiro. Randal vio que la pluma y la tinta de su padre seguían allí a buen recaudo cuando abrió el cajón para sacar el material de escritura. ¿Habría desafiado su padre a *lady* Diana a propósito, sabiendo que quedaría cautivado por su temperamento? Bah..., su padre no era una entrometida celestina.

El crujido de la tela a sus espaldas le impulsó a actuar. Concentrado en la tarea que tenía entre manos, sumergió la pluma en el líquido oscuro. ¿Insistirían los padres de *lady* Diana en una unión entre ellos?

Procedió a escribir un largo y detallado mensaje informando a la condesa de Wallace de las desventuras de su hija. Tras leer por encima la misiva, Randal cogió el pergamino y lo arrugó para convertirlo en una bola. Lo que necesitaba era un matrimonio de conveniencia que acordara fríamente desde el principio, no una unión obligada por alguna regla de etiqueta arbitraria.

Randal sumergió la pluma una vez más. Mientras intentaba redactar otra nota, miró con intensidad la página en blanco y esperó a que las palabras adecuadas se formaran en su mente. En lugar de prosa, las imágenes de la larga melena de Diana esparcida sobre los cojines invadieron sus pensamientos. Tal vez casarse con Diana sería la mejor solución.

## CAPÍTULO 6

---

Sentada en el sofá, Diana hizo rodar el lápiz entre el pulgar y el índice muy despacio. ¿Qué pretendía comunicar la bestia en su misiva? Su madre aprovecharía cualquier excusa plausible para casarla. Inspiró y, al exhalar, relajó cada uno de los dedos que sujetaban con fuerza el lápiz que solía utilizar como pasador para el pelo. Ojalá conociera alguna forma de asegurarse de que Minerva interceptara la nota. Su hermana sabría exactamente cómo volver a colarla en casa de sus padres. Se golpeó la barbilla con la punta del lápiz sin pensar. No podía hacer nada con respecto al contenido que el hombre estaba redactando.

Notó que el tejido de la chaqueta de lord Chestwick se tensaba sobre su espalda. La impresionante estatura del hombre le traía a la mente imágenes de las estatuas de mármol de Elgin que había contemplado en Londres. Pero no tenía tiempo para soñar despierta; se colocó entre los dientes el instrumento de escritura desechado y se frotó el punto que le palpitaba en la nuca. Menos mal que solo se había lesionado el tobillo, desde donde le irradiaba el dolor. Levantó las manos para recogerse el pelo en un moño improvisado y volvió a clavarse el lápiz en él. ¿Qué estaba redactando aquel hombre, una novela? Con los brazos cruzados, esperó a que el anfitrión terminara.

Mientras, se concentró en calcular las probabilidades de que Minerva interceptara la misiva. Si no lo hacía, estaba segura de que lord Chestwick se encontraría con los grilletes en sus muñecas antes de que ninguno de los dos pudiera pestañear. Se vería obligada a casarse con el hombre cuya mirada llenaban sus días y sus noches. Durante toda la temporada, había llevado consigo la misiva sellada y la imagen de unos ojos con notitas verdes y doradas. No creía en la suerte ni en el destino. Los Malbury creían en la ciencia. De hecho, su padre y su hermano mayor, Benedict, eran botánicos, lo que les ayudaba en la gestión de la finca.

Su madre y Minerva, estrategas con mucho talento. Gregory iba a ser médico. Isadora poseía un gran don para las matemáticas, y Paul, el único varón menor que ella, era un entregado astrónomo. Su familia era muy metódica y a menudo abordaba la vida con una precisión que la desconcertaba.

Sus labios formaron una línea recta. Sus hermanas evadían las reglas de etiqueta con complejos ardidés. Sin embargo, ¿sería capaz ella de concebir una elaborada treta que impidiera que su presencia a solas con lord Chestwick se convirtiera en el último cotilleo social? La etiqueta dictaría que Diana ya estaba envuelta en un escándalo: una dama nunca debía hallarse a solas con un caballero en una habitación, y mucho menos en una mansión entera. La idea de acabar atada al hombre que empujaba la silla en la que estaba sentado le produjo una cálida sensación de satisfacción, en lugar del miedo helado que le había recorrido la columna vertebral.

al ser presentada a cada uno de los caballeros elegibles durante su primera temporada.

Pasó las piernas por el borde del sofá y, con cautela, puso los pies en el suelo.

—Después de pensarlo mejor, creo que estoy lo bastante bien para... —El dolor punzante que le subió por la pierna interrumpió el resto de sus palabras. Inspiró con fuerza y empezó a contar hasta cincuenta con la esperanza de que el dolor disminuyera.

Al verse levantada en el aire, abrió los ojos y se encontró de nuevo apretada contra el sólido pecho de lord Chestwick. El dolor ni siquiera había disminuido antes de que ella estuviera de nuevo en sus brazos.

—Bájeme. —El hombre se movió rápido—. Soy demasiado pesada y mayor para que me lleven como a un bebé —añadió cuando él ignoró su petición.

—He llevado a hombres tres veces más grandes que usted fuera del campo de batalla. Por favor, deje de moverse.

—¿Adónde me lleva? —preguntó Diana al notar que cruzaban el umbral de la biblioteca.

La mirada airada del conde confirmó sus sospechas: ese hombre no estaba acostumbrado a que lo interrogaran.

—Si pretende cumplir su amenaza y escribirle a mi madre, debo hallarme en el salón, como mínimo, y con una criada o un lacayo presente en la habitación, o estará ante un reverendo antes de que termine el mes.

Sus pasos se hicieron más lentos.

—Muy bien. Usaremos el salón verde. Pero debe prometerme que no intentará levantarse. Solo se hará más daño en el tobillo.

Acurrucada en sus brazos, se había olvidado del dolor punzante.

—Sí. Lo prometo.

Pasaron junto a Paul, que estaba en posición de firmes en el vestíbulo. Lord Chestwick se detuvo y retrocedió tres pasos.

—Por favor, avisa a la señora Humbleworth para que se reúna conmigo en el salón. Luego ve a la cocina y trae un tazón con hielo y varias toallas.

—Sí, milord. —Paul salió disparado.

—¿Para qué es el hielo?

—He leído algunos tratados según los cuales aplicar hielo a un esguince reduce la hinchazón y el dolor. —Reanudó la marcha por el pasillo.

¿Cuándo y dónde había leído semejantes ideas? Había estado en el Continente luchando en una guerra, no estudiando revistas médicas. La apretó ligeramente contra él cuando se giró para traspasar la puerta, mucho más pequeña, que conducía al salón.

Lord Chestwick aminoró el paso y la miró.

—Si cree que no es prudente alertar a su familia de la herida, ¿qué propone?

Por fin, él había comprendido el riesgo que corría el futuro de ambos. Pero la mente de Diana se había quedado en blanco; ya no tenía ningún plan. Lo único que sabía era que ahora que había conseguido acceder a la biblioteca, no quería renunciar a resolver el acertijo. Diana no había planeado sufrir una lesión, sin embargo, no había calculado el riesgo que suponía caerse cuando había resbalado del peldaño para coger el pesado volumen. En ese momento, el dolor punzante en el tobillo era soportable, pero no podía estar segura de si se lo había roto o no. Diana buscó la mirada escrutadora de lord Chestwick.

—¿Una fiesta improvisada? —Si algo había aprendido de Randal en el poco tiempo que llevaba en su casa era que le desagradaba mucho la compañía. Estaba dispuesta a apostar todo a esa certeza.

Él tensó los músculos y la colocó de forma que pudo mirarla directamente a los ojos.

—Cuando se golpeó la cabeza, perdió toda la cordura que poseía.

—Podría invitar a mis hermanas y creo que a otros vecinos, lord Drake y lord Cunningham ya se hayan en sus fincas campestres, en las cercanías —defendió su idea, ignorando la réplica anterior.

—Por supuesto que no. —La terquedad de su mandíbula era todo un desafío.

—Por si no lo recuerda, le sugerí contactar con mi hermana Minerva. Es una hábil estratega y sabrá exactamente qué hacer —dijo Diana, para comprobar su teoría de que Randal se mostraría más amigable a una solución sensata.

La bajó a la *chaise lounge*.

—Señora Humbleworth, gracias por venir. —Ese hombre debía poseer un oído excelente para haber notado que se acercaba el ama de llaves. El conde se enderezó y se volvió hacia la sirvienta.

Diana miró a su alrededor y sonrió.

La señora Humbleworth hizo una rápida reverencia. Atendió a su patrón con el ceño fruncido antes de clavar los ojos en ella, que le guiñó un ojo. La tensión en la frente de la mujer se relajó.

Lord Chestwick se aclaró la garganta, atrayendo de nuevo la atención de la señora Humbleworth hacia él.

—Necesito que alerte con discreción a *lady* Minerva y que le comunique que su hermana ha solicitado su ayuda.

—¿Se encuentra bien, *lady* Diana?

—Estoy bien. Solo me he torcido el tobillo. Sin embargo, lord Chestwick desea que permanezca aquí durante un tiempo. Apreciaría que avisara a Minerva por la puerta trasera.

La mirada del ama de llaves se dirigió a su patrón y luego a Diana.

—Por supuesto, *milady*. Enviaré a Willie de inmediato.

La señora Humbleworth hizo una reverencia y se cruzó con Paul al salir. El lacayo traía una bandeja con los objetos que lord Chestwick había pedido.

—Quítese las zapatillas y las medias —ladró lord Chestwick de espaldas a ella mientras se despojaba de la chaqueta, que lanzó por los aires hacia el respaldo de una silla. Luego empezó a remangarse la camisa.

—¿Cómo dice?

—Necesito aplicar una compresa fría a su herida.

Aunque se inclinó hacia delante para hacer lo que él le pedía, su atención estaba puesta en el anfitrión. Lo vio sumergir los dedos en el cuenco, sacar varios trozos de hielo y envolverlos en un toalla. Con cuidado de no dejar escapar el hielo, lo sostuvo en una mano, con la palma hacia arriba. Luego, dio dos pasos hasta la *chaise*, se arrodilló y depositó con suavidad la compresa sobre la piel de Diana, justo en la zona que estaba adquiriendo un chillón color azulado.

Randal negó con la cabeza.

—No podrá caminar por lo menos durante una semana.

—¿Cree que está roto?

—No soy médico ni cirujano. Solo he asistido a heridos en el campo de batalla. El único dato positivo es que ningún hueso sobresale en una posición rara.

—Bueno, supongo que es una suerte. —No quería imaginar las horribles imágenes que él debió ver mientras luchaba contra los franceses. La pregunta de por qué lord Chestwick había decidido alistarse y poner su vida en peligro aún la atosigaba. Tal vez, si reunía el valor suficiente, se lo preguntaría.

CARTWRIGHT TENÍA RAZÓN. Navegar por el campo de batalla era una tarea mucho más fácil que lidiar con el hecho de albergar varias mujeres bajo su techo. En la lucha, el objetivo era sencillo: que no le mataran. Sin embargo, había llegado con rapidez a la conclusión de que su nuevo objetivo sería evitar a las damas de la sociedad y, en especial, a aquellas que se apellidaban Malbury. A sus ojos, *lady* Diana era un dilema. Una parte de su mente le pedía a gritos que se deshiciera de ella, pero la otra mitad de su cerebro se rebelaba contra la lógica y deseaba averiguar más cosas sobre aquella joven tan inteligente e intrigante.

—¿Cuántas ofertas de matrimonio ha rechazado para intentar resolver el ridículo acertijo de mi padre? —preguntó Randall, secando el hilo de hielo derretido que corría por su delicada piel con un lino limpio y seco

—¿Qué importa eso?

No debería importar. Al menos no a él. ¿Qué más daba si ella había rechazado la petición de uno o diez hombres por un poema? Se encogió de hombros.

—Solo tenía curiosidad por saber cuántos caballeros no lograron convencerla de que una vida con ellos sería más interesante que resolver un acertijo entre los estantes polvorientos de una biblioteca.

—Será mejor que la señora Humbleworth no le oiga decir que hay algún punto polvoriento bajo este techo. —Su sonrisa ladeada casi evocó un estruendo en su pecho.

Su rápido ingenio y sentido del humor lo desarmaban. Hacía años que tenía pocos motivos para sonreír, le pasaba incluso antes de pisar un campo de batalla.

—¿Por qué tengo la impresión de que su miedo a la desaprobación de la señora Humbleworth supera su temor hacia mí?

—¿Debería tenerle miedo a usted?

Era una pregunta sencilla. Y la respuesta era, por desgracia, sí. Era un monstruo sin corazón, responsable de cientos de muertes. Una bestia carente de emociones, capaz de arrasar campamentos franceses enteros sin un leve atisbo de duda. Ojalá su despiadada reputación no hubiera llegado a sus inocentes oídos. ¿Sería posible que ella no supiera que sus enemigos se referían a él, y temblaba de miedo al mentarlo, como la Bestia de Chestwick?

Se inclinó hacia ella.

—Quizá —susurró.

Se puso en pie de un salto ante la cada vez más audible sinfonía de voces, pisotones y golpes de puertas. Les estaban atacando. Cogió la espada que normalmente llevaba en la cadera y se dirigió hacia la puerta con ella en la mano justo cuando una joven atravesaba la entrada de la habitación flanqueada por dos hombres que compartían los mismos rasgos familiares: todos los Malbury tenían el mismo aspecto llamativo, igual que Diana. Se quedó inmóvil, delante de los tres.

La joven, que debía de ser *lady* Minerva, se volvió hacia el más joven de los dos caballeros.

—Gregory, deja de lanzar miradas aviesas y ocúpate de nuestra hermana —ordenó. El muchacho obedeció la orden como si fuera un soldado bien entrenado, y se acercó a Diana. *Lady* Minerva arqueó entonces una ceja en dirección a su otro hermano. Si los recuerdos de Randal eran correctos, ese hombre era heredero de un condado y actualmente ostentaba el título honorífico de vizconde de Kent, lord Benedict Kent.

Los labios de *lady* Minerva no se movieron, pero el significado de su mirada era tan claro como si hubiera pronunciado las palabras, «¿Debo hacerlo yo, o prefieres encargarte tú?».

Tras obtener una mínima inclinación de cabeza por parte de su hermano, *lady* Minerva se volvió y miró a Randal. Aunque era por lo menos un palmo más baja que él, fue como si lo

mirara por encima del hombro, y no al revés.

—Lord Chestwick, le ruego me disculpe por nuestra grosera intrusión en su casa. Soy plenamente consciente de su petición de privacidad, por supuesto, solo un lerdo no prestaría atención a la letanía de señales colocadas alrededor de su finca. —*Lady* Minerva había alzado la voz, y aunque Diana estaba sentada detrás de él, estaba seguro de que había hecho una mueca—. Puedo asegurarle que nos pondremos en camino enseguida, tan pronto como... —continuó *lady* Minerva sin tomar aliento.

El monólogo de la mujer se vio interrumpido por su hermano Gregory.

—Cambio de planes, Minerva. —Se sentó sobre sus talones y se movió ligeramente hacia su derecha.

La mujer voló al lado de su hermana y se arrodilló para examinar la herida ella misma.

Diana golpeó las manos de su hermana.

—¡Ay! Minerva, por favor.

Ignorando a Diana, Minerva se volvió hacia su hermano.

—Esguince, no rotura —aventuró.

El joven señor Gregory Malbury asintió.

—Sin embargo, en base a la hinchazón y sensibilidad, los ligamentos están rotos. Pasarán al menos tres días antes de que pueda determinar el alcance exacto de sus lesiones.

—¡Tres días! —Randal no fue el único en pronunciar esas dos palabras; el resto del clan Malbury, Diana, Minerva y su hermano mayor, lord Kent, se hicieron eco de sus sentimientos.

El señor Malbury inclinó la cabeza hacia *lady* Minerva.

—Benedict puede llevarla al carruaje —propuso—, pero al ser cuatro, iremos apretados y será bastante doloroso para Diana.

Los ojos de Minerva se clavaron en Diana durante un segundo. El mensaje silencioso decía que cualquier dolor que sufriera Diana le serviría de castigo por haberse escapado y era tan claro como si hubiera pronunciado las palabras en voz alta.

Resultaba impresionante que *lady* Minerva fuera capaz de comunicarse con tanta eficacia sin emitir sonido alguno. Sus expresivos rasgos reflejaban con claridad lo que quería decir. Era una habilidad que él también había dominado a lo largo de los años. Podía dar órdenes a sus hombres con una sola mirada. No estaba en un campo de batalla, aunque, en ese momento, reconocía que se libraba una guerra a su alrededor. Una guerra cuyas reglas desconocía, y eso le inquietaba enormemente.

—Diana puede quedarse aquí unos días —ofreció para romper el incómodo silencio.

Su oferta provocó una reacción en el hermano mayor de Diana, que dio un paso al frente.

—O nos quedamos o nos vamos todos. —Lord Kent lanzó una rápida mirada a *lady* Minerva por encima del hombro.

—No es posible —respondieron tanto Randal como *lady* Minerva. Resultaba bastante inquietante que los pensamientos de la hermana de Diana fueran afines a los suyos. Aunque lo más sorprendente era que nadie le hubiera corregido por haber cometido el error de no incluir el honorífico *lady* antes del nombre de Diana.

Randal volvió a mirar a la joven, que se había colado en su casa y en todos sus pensamientos. Estaba cabizbaja, tenía los ojos cerrados y los dedos apretados contra las sienes. La veía mover los labios, pero no oía ni una sílaba. O estaba murmurando para sí misma o rezaba por una intervención divina, no sabía cuál de las dos cosas. Sin embargo, estaba claro que no era feliz. Su corazón, endurecido tras años de observar sufrir a sus hombres al borde de la muerte, empezó a dolerle al ver la tensión en las facciones de Diana. Tenía que rectificar esa situación.

—*Lady Minerva*, estoy seguro de que si nos tomamos un momento, podremos llegar a algún tipo de acuerdo que convenga a todos.

*Lady Minerva* estudió a su hermana durante un momento antes de volver a centrar su atención en él.

—Si llegáramos a un acuerdo, tendría que asegurarme que la reputación de mi hermana permanecerá intacta, así como que ella tendrá acceso total y sin restricciones a su biblioteca.

A Diana se le iluminó la cara como a un niño al que le regalaran una caja de caramelos. Le había advertido de que su hermana mayor era una excelente estratega. Él no era ningún zopenco y era famoso por sus tácticas en la guerra. ¿De qué le servirían ahora? Antes de poder idear un plan, primero tendría que hacer una evaluación completa de la situación y reunir todos los detalles pertinentes, entre ellos, acceder a las habilidades de su oponente. Y *lady Minerva* se había convertido de repente en el enemigo: sin duda suponía una amenaza, aunque no era *lady Minerva* quien amenazaba su paz mental y su soledad. No, era la mujer que le miraba con atención desde el sofá la que le ponía nervioso. Estaba entrenado para mantener todo a la vista, e incluso asomándose solo a su visión periférica, *lady Diana* estaba causando estragos en su pulso, normalmente acompasado.

Randal se llevó las manos a la espalda.

—Ha mencionado la reputación de Diana...

—Querrá decir..., *lady Diana*. A menos que en el lapso de una tarde haya decidido casarse con mi hermana.

—*Minerva*, ¿qué demonios estás haciendo? —susurró lord Kent acercándose un paso.

Era obvio que la familia estaba unida y que conocían bien los puntos fuertes y las limitaciones de cada uno. *Lady Minerva* ignoró a su hermano y su mirada no vaciló en ningún momento. La mujer le estaba lanzando algún tipo de desafío.

Sonaron campanas de alarma en sus oídos. ¿Qué estaría tramando?

—Dado que *lady Diana* debe seguir inmovilizada durante un período de tiempo, no veo la necesidad de concederle acceso a la biblioteca de Chestwick.

—No recuerdo haber especificado el periodo de acceso a conceder.

—Deja de jugar con ese hombre —murmuró lord Kent, haciendo desvanecer la sonrisa de *lady Minerva*—. Renuncia ya a tu plan.

—Diana y yo aceptamos humildemente su hospitalidad hasta que lleguen los demás invitados.

—¿Qué otros invitados? —Randal clavó en *Minerva* la mirada que hacía que sus enemigos en el campo de batalla confesaran todos sus secretos.

La insolente mujer ni siquiera pestañeó.

—Sus amigos y nuestros vecinos, por supuesto —replicó—. Para la fiesta en su casa.

*Diana* había mencionado antes una fiesta.

—No va a haber ninguna fiesta. —Volvió a centrar su atención en *Minerva* antes de continuar—. Todos pueden quedarse por tres días, y le concederé a *lady Diana* acceso a la biblioteca durante una semana una vez que esté completamente recuperada.

—Tres semanas —regateó *Minerva*.

—Siete días. —Se enfrentó a *Minerva*, que estaba demostrando ser una digna oponente.

—Milord, me ofende.

—Dos semanas, y esa es mi oferta final.

—De acuerdo —intervino lord Kent—. Me despido y regreso a Malbury Manor para asegurarme de que nuestros padres no interfieran. —Cogió a *Minerva* por los hombros y le dio

un rápido abrazo antes de retirarse—. Os espero a todos en casa dentro de tres días —dijo con severidad.

—Estás dando órdenes a la hermana equivocada —puntualizó el señor Malbury.

—Diana, será mejor que esperes a que Gregory afine más la estimación del tiempo que tardarás en recuperarte —añadió lord Kent mirando a *lady* Minerva por encima del hombro.

—Prometo ser una buena paciente, hermano.

Aquellas interacciones familiares incrementaron la ira de Randal contra sí mismo por permitir que los Malbury perturbaran su paz. Había querido a su hermano, pero no habían estado tan unidos como los hermanos Malbury, que abarrotaban su salón. Por una fracción de segundo, se preguntó cómo sería poseer un vínculo tan estrecho. La sensación familiar de volver a ser un extraño en su propia casa le hizo girar sobre sus talones y salir de la sala sin decir palabra.

Había conseguido llegar al umbral cuando lord Kent le dio una palmada en el hombro.

—Gracias por dejar que mi familia resida con usted mientras Diana se recupera —dijo el futuro conde—. Avísame si necesita ayuda. —El hombre siguió adelante y Randall vio cómo lord Kent atravesaba el vestíbulo y se subía al carruaje de los Malbury.

El impulso de huir, como había hecho años atrás, cuando se alistó en el ejército, le invadió una vez más. Solo que en esa ocasión, como único miembro vivo de su familia, estaba obligado a quedarse. Estaba atrapado en una finca monstruosa que nunca había considerado un hogar con unos invitados con los que no tenía ni idea de qué hacer.

## CAPÍTULO 7

---

Con las manos en el regazo, Diana esperó a que sus hermanos la sermonearan sobre los peligros de colarse en casa de un extraño.

—Explícame *exactamente* cómo te has lastimado el tobillo —exigió Minerva.

Su hermana debía de sentir algo de compasión por ella, pues estaba preguntando por su salud física y no por su salud mental. Diana pasó la vista de Minerva a Gregory.

—Me caí de una escalera.

—¿Desde qué altura? —Gregory la miró con el ceño fruncido—. Basándome en la hinchazón del tobillo, no fueron unos centímetros.

Todos sus hermanos dominaban el arte de manipular la verdad con facilidad, mientras que ella luchaba por desviarse de los hechos que no estaban a su favor.

—Bueno..., puede que haya sido algo más de altura.

Minerva gimió.

—Será mejor que la examines a fondo, es obvio que la caída no fue una broma.

—Además, me golpeé la cabeza —confesó Diana, antes de que Gregory pudiera efectuar un examen completo.

Su hermano empezó a pasarle los dedos metódicamente por la cabeza, centímetro a centímetro. Ella se estremeció cuando la punta de los dedos de Gregory rozó el reciente chichón.

—Ay..., sé más suave. Tienes que aprender a tratar a tus pacientes con más cuidado.

—Tiene una contusión de buen tamaño en la cabeza. —Continuó con el examen—. Espero que mis pacientes no sean todos tan imprudentes como tú.

—Entonces ha sido una sabia decisión que no quieras ser cirujano... —Miró fijamente los confusos rasgos de su hermano—. Los cirujanos están presentes en los duelos, ¿no? —le recordó.

Minerva suspiró.

—El duelo es ilegal. Y también el allanamiento.

Diana miró a su hermana y sonrió.

—Lo siento. No tenías que presentarte voluntaria para quedarte.

Minerva negó con la cabeza y empezó a pasear de un lado a otro de la estancia.

—Podrías haber enviado a mi doncella personal y a Gregory —añadió Diana cuando su hermana se acercó.

Los pasos de Minerva no vacilaron ante la afirmación de Diana, se limitó a mirarla un instante antes de proceder a seguir paseando por la habitación. Gregory dejó caer su atlética figura en la silla junto al sofá y se inclinó hacia delante. Apoyó el antebrazo en la rodilla.

—Estoy seguro de que Benedict está avisando al personal y enviándolo aquí —susurró.

—Pero eso no explica por qué Minerva consideró imperativo que ella también se quedara.

Los ojos tristes de Gregory siguieron a Minerva.

—Mamá lleva todo el día insistiendo en el fracaso de esta temporada —explicó—. Creo que Minerva se culpa de que ninguna de vosotras haya conseguido marido.

—Pufff... Esas son las noticias antiguas. —Una punzada de culpabilidad por no estar en casa para ayudar a desviar los comentarios mordaces de su madre golpeó a Diana en el pecho—. Minerva odia dormir en cualquier lugar que no sea su propia cama. No entiendo por qué quiere quedarse aquí, en Chestwick Hall.

—Tengo una teoría. —Gregory se inclinó más cerca de ella—. Lord Chestwick es el primer caballero con el que Minerva mantiene una conversación inteligente y, aun mejor, se atreve a desafiarla desde su primera temporada. Quizá, está considerando...

—Deja de intentar susurrar. —Minerva se detuvo frente a Diana una vez más—. Lamento que esa estúpida declaración que hice de que me casaría con el primer hombre que me derrotara en una partida de ajedrez haya arruinado tu primera temporada.

—No seas tonta. No quería comprometerme con ninguno...

Minerva se llevó el dedo a los labios, haciéndola callar. Su hermana tenía el oído de un murciélago; alguien debía de estar acercándose. Gregory alargó la mano y le arrancó el lápiz del pelo, consiguiendo que los largos mechones cayeran sobre su espalda. Diana no estaba de humor para las estupideces de su hermano. Volvió a coger el afilado instrumento y estaba a punto de volver a recogerse el pelo en un moño improvisado cuando lord Chestwick volvió a entrar en la habitación.

Los ojos de su anfitrión se clavaron en ella, como si no hubiera nadie más en la habitación. Randal se adelantó hasta situarse directamente ante ella, y se agachó, adoptando una posición parecida a la de una rana.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó con suavidad con sus ojos a la altura de los de ella.

El dolor palpitante del tobillo desapareció de su mente mientras miraba con intensidad aquellos iris hipnotizadores. De los tres Malbury de la habitación, era ella a la que peor se le daba fingir que no pasaba nada. Isadora lo hacía todavía peor, por eso normalmente la dejaban en casa. Diana respiró con lentitud, tratando de calmar su pulso acelerado, pero lo único en lo que podía concentrarse eran los ojos de aquel hombre, de ese color único.

Estaban llenos de sinceridad. Randal se preocupaba de verdad por su bienestar, lo cual resultaba inquietante. No había duda de que su familia la quería; sin embargo, al ser la quinta hija de seis, a menudo se volvía invisible, lo que jugaba a su favor la mayor parte del tiempo. Poco acostumbrada a que se fijaran en ella y la adularan, Diana era plenamente consciente de que estaba en el punto de mira de su anfitrión.

Diana curvó los labios en una sonrisa.

—Mi agradecimiento, lord Chestwick, por extendernos una invitación tan magnánima a mis hermanos y a mí. Será un honor permanecer aquí en Chestwick Hall.

—Supuse por la postura y el tono de su hermana, que no tenía muchas opciones, ¿o sí?

—Sí, Minerva puede ser bastante persuasiva cuando lo desea —concedió Diana—. Sin embargo, había una alternativa: podría haber hecho honor a su reputación y limitarse a ordenar que nos escoltaran fuera de su propiedad.

—Cierto. Solo que no lo he hecho. —Por primera vez desde que lo había conocido, notó que movía las comisuras de los labios, casi formando una sonrisa, aunque no del todo.

Diana se imaginaba que sería bastante guapo si sonriera. ¿Cómo sonaría su risa? «Qué

tonta...». ¿Qué razones habría tenido ese hombre para sonreír o reír en el campo de batalla? Sin embargo, ya no se encontraba en el Continente. Diana se impuso el reto de hacer reír a lord Chestwick. Necesitaba un poco de alegría y ligereza en su vida si no podía seguir resolviendo el acertijo del viejo conde.

Se obligó a apartar la mirada del hombre que tenía delante, solo para darse cuenta de que sus hermanos estaban cuchicheando en un rincón. Minerva les daba la espalda. La postura perfecta de su hermana significaba que estaban intrigando. El rostro expresivo de Gregory revelaba que no le importaban demasiado los planes de su hermana.

Lord Chestwick se movió y, antes de que ella se diera cuenta, la levantó del sofá y la acunó contra su pecho.

—La señora Humbleworth debe haber terminado ya de preparar sus aposentos.

Debería sentirse alarmada por ese comportamiento presuntuoso, tal vez incluso horrorizada, mas tenía la sensación de que entre sus brazos musculosos era exactamente el lugar donde debía estar. A salvo y segura.

—¿Tiene intención de llevarme así durante toda mi estancia?

—De ninguna manera. Debe permanecer en cama durante tres días.

El escozor que provocó su respuesta hizo que Diana añadiera mentalmente por él: «Y fuera de mi camino». Agotada, apoyó la cabeza en el sólido hombro masculino mientras recorrían la enorme mansión.

—¿Y Minerva y Gregory?

—No se preocupe. Los oigo avanzar detrás de nosotros. —La comisura de los labios de Chestwick se curvó en media sonrisa—. Mientras que los pasos de su hermana son casi silenciosos, los de su hermano son como los de un elefante.

Los hombros de Minerva se estremecieron cuando soltó una risita.

—Ha comparado a Gregory con un elefante. Eso debo compartirlo con Benedict.

—¿Por qué con lord Kent y no con el señor Malbury?

—¿Tiene que usar sus nombres formales? Preferiría que se refiriera a mis hermanos por sus nombres, cuando no haya nadie presente. —Esperaba que él aceptara y abandonara sus defensas contra los extraños. Había empezado a dirigirse a ella por su nombre, a dejarla entrar un poco en su mundo.

—¿Por qué no se limita a responder a mis preguntas? Tiene la irritante costumbre de evitar las cuestiones y al mismo tiempo redirigir la conversación.

—En casa, a Benedict le llaman elefante. Es grande, fuerte y jamás olvida nada. Mientras que Gregory es considerado más bien como un conejo, más pequeño, pero ágil y extremadamente afortunado.

—¿Qué animal le ha asignado su familia?

—Oh, bueno, antes de nada debe saber que Minerva es un búho, Isadora un ciervo, mi hermano menor un zorro, y para responder a tu pregunta, yo soy un gato salvaje escocés.

—Ah, así que no solo es un gato salvaje, sino particularmente uno escocés. —El conde bajó el ritmo de sus pasos—. Feroz. Impredicible y muy independiente. Por el poco tiempo que he pasado en su compañía, estoy de acuerdo en que se parece mucho a un gato salvaje escocés. — Su tono burlón la hizo inclinar la cabeza a un lado para verle con claridad.

—Basándome en lo poco que lo conozco, estoy casi segura de que Minerva estaría de acuerdo conmigo en que usted, lord Chestwick, se parece mucho a un oso. Autónomo y de carácter fuerte.

Él se detuvo y, en lugar de acercarse a la puerta, dio un paso atrás.

—Estoy de acuerdo en que deberíamos prescindir de formalidades, por favor, llámame Randal.

Gregory apareció entonces con los brazos extendidos, dispuesto a asumir la tarea de llevarla a su dormitorio. Ella se inclinó obedientemente hacia su hermano y miró a Randal por encima del hombro mientras Minerva daba las buenas noches a su anfitrión y cerraba la puerta.

—Sé que lord Chestwick no frecuenta la sociedad desde hace algunos años, pero, Diana, tú sabes de sobra lo inapropiado que es todo esto.

—Deja de preocuparte. Aquí no hay nadie más que nosotros y lord Chestwick. Nadie se enterará.

—Por favor, no seas tan ingenua. El personal de esa casa tiene fama de cotilla.

—Confío en la señora Humbleworth.

—Tú confías en todo el mundo. —Su hermana recorrió la habitación, probablemente para asegurarse de que solo estaban los tres. Luego miró a Gregory—. Acuéstala en la cama y ve a averiguar por qué se retrasan tanto nuestras criadas —ordenó.

Como de costumbre, Gregory cumplió sus deseos sin rechistar. Diana esperó a que el pestillo volviera a su sitio antes de hablar.

—¿Por qué estás enfadada conmigo? —preguntó.

—No estoy enfadada.

—Sí, lo estás. Por favor, dime por qué.

—Durante toda la temporada, creía que era tu deseo evitar el matrimonio. Tratabas a todos los caballeros elegibles como si tuvieran la peste. Por favor, confírmame que tu interés en lord Chestwick no es solo para tener acceso a su biblioteca. —Minerva había vuelto a ponerse las manos en las caderas y la miraba con intensidad—. No parpadees como si fueras inocente. Puede que te funcione con lord Chestwick, pero no evitarás mi pregunta.

—Muy bien. Deja que te lo explique. —Diana ordenó con rapidez sus pensamientos para establecer la secuencia más lógica y sucinta, así, su hermana la escucharía sin interrumpirla—. Para empezar, encontré a lord Chestwick tendido en la hierba cuando me acercaba a Chestwick Hall. Cree que fue atacado, pero no había señales de ninguna otra persona. Admitió que seguía sufriendo mareos como efecto residual de sus heridas de guerra. Los golpes en la cabeza son delicados y deben vigilarse de cerca. —Minerva asintió y permaneció en silencio mientras Diana continuaba—. En segundo lugar, le expliqué el propósito de mi visita y accedió a permitirme estar el resto de la tarde, pero el acertijo que me legó el conde es mucho más complejo que cualquiera de los otros que he resuelto. —Tal vez si le hacía un cumplido a Minerva, podría borrar aquel ceño fruncido que estropeaba las bonitas facciones de su hermana—. A lo mejor, ahora que estás aquí, podrías ayudarme.

—La adulación solo funciona con mamá. Las dos sabemos que en realidad no deseas mi ayuda. Dime la verdad: ¿cómo te caíste de la escalera? Tienes la gracia y el equilibrio de un gato.

—Admito que no fue un accidente.

—¡Diana Malbury!

Diana dejó escapar un suspiro de alivio ante la llegada de la doncella de Minerva, Barnett, y de su propia doncella, Fisher. Las acompañaban dos lacayos que portaban grandes baúles de viaje. Había conseguido una prórroga, pero Minerva era implacable. Su hermana la acosaría hasta obtener una respuesta que explicara sus precipitadas acciones. Diana anhelaba quedarse para resolver el enigma del viejo lord Chestwick, pero no era solo el acceso a la biblioteca lo que la había impulsado a arriesgarse a resultar herida. No tenía palabras para describir con elocuencia las revueltas y confusas emociones que los ojos avellana de Randal provocaban en ella; y por

supuesto, ninguna que pudiera compartir con su hermana.

## CAPÍTULO 8

---

Randal se sentó en el borde de un sillón reclinable frente a la chimenea de su estudio privado. Con la mirada clavada en las llamas, los codos apoyados en las rodillas y un vaso de *brandy* entre las palmas de las manos, esperaba a que su mente se calmara. En las largas y frías noches en el campo de batalla, había aprendido a concentrarse en el crepitar del fuego y el hipnotizante parpadeo de las llamas, lo que le permitía desterrar de sus pensamientos incluso las imágenes más horribles. Esa noche, no era la visión de hombres avanzando hacia la muerte lo que deseaba olvidar, sino la aterradora imagen de Diana cayendo al suelo de la biblioteca.

El malestar que se había instalado en lo más profundo de su pecho aún no se había aliviado. No entendía por qué ver herida a esa joven que había entrado en su casa sin ser invitada le resultaba más conmovedor que cualquier otra experiencia que hubiera vivido hasta entonces.

Levantó la copa y consumió el cálido líquido ambarino mientras un golpe en la puerta resonaba en la habitación.

—Adelante.

Gregory entró y dejó la puerta ligeramente entreabierta.

—¿Quiere compañía? —El hermano de Diana se hundió en el sillón contigua al suyo y estiró las piernas antes de cruzarlas a la altura de los tobillos. Parecía demasiado relajado allí.

Randal se incorporó y miró a su invitado.

—Cualquiera diría que las señales que emito transmiten mis sentimientos. —Se acercó al aparador y cogió la jarra para rellenar el vaso. Miró a Gregory por encima del hombro—. ¿*Brandy*? —preguntó.

—Hoy no, gracias.

Randal negó con la cabeza, se acercó a la boca el vaso que había rellenado generosamente y apuró la bebida. Por la mañana le dolería la cabeza, pero necesitaba con desesperación adormecer el dolor que sentía en el pecho. En lugar de volver a su sillón, optó por situarse junto a la chimenea, lo que le permitía tener una visión clara de Gregory.

—Por mi experiencia en el tema, la inflamación de un tobillo puede evaluarse adecuadamente hasta pasadas veinticuatro horas. ¿Por qué ha declarado que son necesarias setenta y dos horas?

Gregory se reclinó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No sabía que ha recibido formación médica en el extranjero. Supuse que siendo uno de los capitanes de mayor confianza de Wellington, tenía otros asuntos más urgentes de los que ocuparse que atender las heridas de sus hombres.

—Un líder debe conocer bien los puntos fuertes y débiles de sus tropas antes de entrar en

combate. —Se concentró en el líquido que agitaba sin parar en el vaso. Notó tensión en los músculos de la nuca cuando levantó la vista para encontrarse con la mirada cómplices de Gregory.

—Si sospecha algo raro, ¿por qué ha aceptado que nos quedemos? —preguntó.

Una cuestión excelente. Él también deseaba saber la respuesta. Los Malbury eran un grupo desconcertante, en especial Diana. Su decisión de permitir que todos residieran bajo su techo no tenía absolutamente nada que ver con las asombrosas reacciones que surgían en él ante su presencia. Tal vez fuera solo para saciar la curiosidad por saber qué le había legado su padre a aquella mujer.

Se apartó de la repisa.

—Con los años he aprendido que es mejor mantener cerca a los enemigos —replicó.

Gregory se puso en pie de un salto.

—¡Enemigos! Somos vecinos. No tenemos nada contra usted.

—Quizá no; sin embargo, sospecho que si preguntara a sus hermanas, sus respuestas podrían diferir.

—Lord Chestwick, una vez más, creo que tiene razón. —La frente del joven se arrugó mientras se hundía de nuevo en el sillón—. Es cierto, mis hermanas tienden a considerar a cualquier posible pretendiente como un adversario más que como un marido en potencia. Sin embargo, después de lo calamitosa que ha resultado la última temporada, mi madre sin duda ideará algún plan para verlas a todas casadas antes de que se den cuenta de lo que está ocurriendo.

—¿Por qué fue un desastre? —se interesó Randal antes de poder contenerse.

—Le ruego que me perdone. Mientras usted ha estado luchando en el Continente, mis hermanas creen que han estado luchando por un futuro que la mayoría de las mujeres no cree poder alcanzar.

Diana hablaba en términos poéticos, mas su hermano lo hacía en forma de acertijos. Randal pensó que más le valía dejar de consumir el *brandy* lleno de sabor que quedaba en su copa.

—Señor Malbury...

—Por favor, llámeme Greg o Malbury, todo el mundo lo hace menos mi familia.

Debería dejar pasar el asunto, pero por extraño que resultara necesitaba saber la respuesta.

—Muy bien, Malbury, ¿qué horribles acontecimientos han ocurrido la última temporada para que su madre la considere un desastre?

—Mmm...

—Me parece útil empezar desde el principio.

—En efecto. Todo comenzó cuando Mansville le exigió a Minerva que se casara con él. Él fue el primero en retarla, y afirmaba que ningún otro caballero se había acercado tanto a derrotar a la Reina de Hielo.

—¿Es cierto?

—Para ser sincero, Minerva tardó oficialmente veintidós movimientos en ganar a Mansville al ajedrez, mientras que le bastaron entre dieciséis y dieciocho para rendir al resto.

—¿Exactamente a cuántos caballeros ha derrotado?

Malbury usó los dedos y contó.

—Cuatro que se conozcan públicamente y dos desconocidos para la sociedad.

—Dado que su hermana sigue soltera, deduzco que no estaba a favor de la demanda de Mansville.

Malbury hundió los hombros.

—Minerva nunca nos ha dicho a ninguno de nosotros por qué o cómo se le ocurrió ese ridículo desafío por su mano. Además es extremadamente testaruda, y una vez que se decide por algo, no hay forma de hacerla cambiar de idea.

—No me puedo creer que no haya nadie digno o capaz de semejante tarea.

—Oh, pero lo hay. —Malbury se reclinó en su silla y clavó en Randal una mirada firme—. Diana y yo estamos seguros de ello, pero el caballero en cuestión afirma que no es apto para el matrimonio y no intentará vencer a Minerva, ni siquiera aunque dispusiéramos que la partida se jugara con la mayor discreción posible y lejos de las miradas entrometidas de la sociedad. —Su invitado se puso de pie y se paseó trazando un pequeño y apretado círculo. Era evidente que los miembros de esa familia no eran de los que permanecen quietos mucho tiempo—. Sospecho que mis hermanas Isadora y Diana no aceptarán casarse hasta que Minerva lo haga. No importa si es por desafiar los deseos de nuestra madre o para mostrar su apoyo a Minerva. Así que las tres han desviado con suma habilidad las atenciones de varios caballeros esta última temporada. Y desde que abandonó Londres, nuestra madre aún no ha dejado de lamentarse por lo que ha considerado la peor temporada de la década.

—Siempre hay una próxima temporada —recordó Randal.

—Sí, eso es cierto. Sin embargo, si su padre no hubiera interferido, creo que Diana habría sido sensata y se habría comprometido este año.

La paciencia de Randal se había agotado.

—No puedo creer que *lady* Diana no se haya prometido solo por el acertijo de mi padre.

Los labios del hermano de Diana se curvaron en una sonrisa maliciosa.

—Supongo que nunca lo sabremos con certeza. —Malbury posó una mano encima de su hombro—. Se hace tarde, milord. Nos veremos por la mañana.

Randal esperó a que la puerta volviera a encajar en su sitio y los pasos de Gregory se desvanecieran antes de exhalar el aliento que contenía y soltar una risita. Ese hombre no conocía a su hermana tan bien como él creía.

Si Randal ayudaba a Diana a resolver el enigma de su padre, tal vez se libraría de los Malbury para siempre.

## CAPÍTULO 9

---

Randal se tapó la cabeza con una almohada en un intento de acallar el alboroto de risas que recorría la casa e impregnaba las paredes de su dormitorio. Los recuerdos de su infancia, cuando Chestwick Hall estaba llena de diversión y frivolidad, acudieron a su mente aunque los bloqueó bruscamente, tal como había sucedido hacía tantos años, el día en que murió su madre.

—Malditos Malbury —murmuró contra la almohada con un gemido.

El tintineo de una risa femenina que empezaba a resultarle familiar y que pertenecía a la mujer que había invadido sus sueños, se filtró a través de la almohada de plumas. Curvó los labios en una sonrisa sin darse cuenta: Diana.

En una sola tarde, ella se había colado en su mente. Sí, necesitaba casarse, pero la promesa que había hecho a su madre pesaba sobre su conciencia. Tras regresar del Continente y después de la sesión parlamentaria, había planeado pasar el verano en casa recuperándose. La búsqueda de una esposa podía esperar. No le urgía reencontrarse con sus pares, hombres y mujeres con los que tenía muy poco en común. Y era ridículo creer que la primera joven que conociera cumpliría el último deseo de su madre. Sí, Diana había logrado cautivar su mente y su corazón, pero el matrimonio era para toda la vida.

Las pesadas pisadas de Cartwright repicaron en el suelo de madera de la alcoba y le hicieron apartar la cabeza de la almohada.

—Será mejor que se prepare y baje al comedor. —Su ayuda de cámara levantó el brazo derecho, donde cargaba un conjunto azul oscuro, y luego el izquierdo, donde llevaba el chaleco en un tono granate oscuro y una corbata blanca almidonada.

Randal señaló la combinación apagada a la derecha de Cartwright.

—Parece que mis invitados se las arreglan bastante bien sin mí. —Se levantó de la cama y se acercó a la jofaina de porcelana que había junto a la ventana.

—Le conozco desde hace cuatro años, y ni una sola vez ha eludido sus responsabilidades. —Cartwright le tendió una camisa limpia antes de continuar—. Se supone que debería estar ejerciendo de anfitrión, no dejando que la pobre *lady* Diana asuma los que son sus deberes.

—La pobre *lady* Diana, ¿verdad? —Randal dobló con pulcritud el paño húmedo y volvió a colocarlo junto a la escudilla decorativa, muy distinta del pequeño plato de metal que había utilizado durante la guerra, antes de responder a la mirada glacial de Cartwright con una propia —. Esa mujer se ha lesionado a propósito.

Randal tomó una a una las prendas del brazo de Cartwright y se puso las capas de un caballero, que no las de un soldado. Aunque ese día no se aventurara en el campo de batalla, intuía que la jornada que le esperaba sería de todo menos tranquila.

Cartwright giró y se dirigió al lavabo.

—Ella no habría tomado medidas tan drásticas si hubiera accedido a dejarle usar la biblioteca. —Navaja en mano, su ayuda de cámara se volvió hacia él—. La señora Humbleworth piensa que *lady* Diana es una bendición, y yo estoy de acuerdo.

—Una bendición, ¿verdad? Más bien es como una piedra en el zapato —refunfuñó Randal.

Con el jabón en una mano y la navaja en la otra, Cartwright le indicó con la cabeza que se sentara en la cama.

—Será mejor que le ponga presentable.

Randal se pasó la mano por la mejilla y luego por la mandíbula. La piel seguía sensible por debajo de la barba.

—Creo que no.

—Pero, milord, tiene invitados.

—Estoy seguro de que los Malbury no pondrán objeciones.

Cartwright se acercó un paso más, haciendo retroceder a Randal.

—No me refiero a los Malbury. Hablo de los otros miembros de la aristocracia que pululan por ahí.

Randal se mantuvo firme.

—¿Quién ha llegado exactamente esta mañana? —ladró.

—Lord Kent ha llegado acompañado de otros dos caballeros, un tal lord Drake y otro llamado lord Cunningham. Ah, y también se ha acercado la otra hermana de *lady* Diana, *lady* Isadora.

Su casa estaba llena de extraños. Un nudo del tamaño de su puño se instaló en el centro de su pecho.

—¿Por qué no me ha avisado antes? —Randal se hundió y se acomodó en el borde de la cama.

Cartwright no perdió un instante; hizo espuma con pericia y se la aplicó en la cara.

—*Lady* Diana ha dicho que necesitaba descansar después del golpe de ayer.

¡Maldición! ¿Por qué no había enviado a Diana de vuelta a la Malbury Manor en cuanto la había visto? Lo primero que había pensado mientras estaba tumbado en la hierba, contemplando sus hermosas facciones rodeadas de un halo de luz solar, había sido que era un ángel enviado a buscarlo. Salvo que sus labios habían entrado en contacto con otros cálidos y exuberantes. Su breve beso había encendido una sensación cercana a su corazón, familiar pero olvidada.

Otra carcajada, esta vez masculina, sacudió las paredes. Debería haber echado a los Malbury el día anterior. En su breve ausencia, Diana había asediado con éxito la mansión. Él había perdido la batalla antes incluso de poder montar una defensa.

—Yo soy el dueño de esta mansión, ¿no?

Cartwright asintió.

—Por supuesto que sí, milord.

Randal permaneció inmóvil mientras su ayuda de cámara le pasaba la cuchilla metódicamente por la cara, como había hecho mil veces con anterioridad. Randal esperó a que Cartwright la retirara y la limpiara en la toalla de lino limpia que le cubría el brazo antes de seguir hablando.

—Y sigo estando soltero, ¿verdad?

—Sí. —Su ayuda de cámara se rio y asintió con la cabeza—. Todavía tiene que ganar la mano de *lady* Diana en matrimonio.

Randal lo fulminó con la mirada.

—¿Ganar qué?

—Milord, *lady* Diana tiene razón —respondió Cartwright con el ceño fruncido—. Necesita descansar más. No está actuando como es su costumbre. ¿De verdad cree que alguien se acercó sigilosamente y le dejó sin sentido? ¿No estaría echando una de sus largas siestas?

Randal había reflexionado sobre esa misma cuestión durante los breves momentos en que Diana no había ocupado sus pensamientos. No tenía una afirmación definitiva para su ayuda de cámara, lo cual resultaba muy inquietante para alguien de quien se esperaba que tuviera todas las respuestas. Randal hizo acopio de toda su paciencia para permanecer sentado y en silencio. Unos cuantos pases más de la cuchilla y Cartwright habría acabado.

El hombrecillo le pasó la toalla por la mejilla, eliminando todo rastro de jabón.

—Ya nada oculta su cicatriz. Le advierto, milord, que su competencia es muy dura. —Cartwright inclinó la cabeza de Randal hacia la izquierda y luego hacia la derecha—. Es usted bastante apuesto, pero lord Drake y lord Cunningham no se quedan atrás. Sobre todo lord Drake. He oído que los corazones de las damas revolotean por los caballeros de ojos azules.

Terminada la cháchara de Cartwright, Randal se levantó para despedirse.

—No compito por la mano de *lady* Diana.

—¿Por qué? Creo que *lady* Diana sería una buena condesa para Chestwick. —El hombre que nunca se había atrevido a interrogar a Randal en el campo de batalla le miraba con el ceño fruncido, como si estuviera trastornado—. No estará pensando en su hermana, *lady* Minerva, ¿verdad?

Al menos sabía la respuesta a esta pregunta: era un no rotundo.

—*Lady* Minerva es la mayor. ¿Por qué no habría de pensar en ella? —respondió Randal.

—Porque no es *lady* Diana —resopló Cartwright, que estaba volviendo al lavabo para limpiar los instrumentos de afeitar.

Su ayuda de cámara tenía razón; las dos hermanas no se parecían en nada. *Lady* Minerva sería una excelente elección como esposa, pero era en Diana en quien no podía dejar de pensar.

—¿Dónde se libra la guerra? —preguntó Randal mientras deslizaba los brazos en la chaqueta que Cartwright le ofrecía.

—En la biblioteca.

Por supuesto. Debería haberlo sabido. Con una inclinación de cabeza, salió de sus aposentos y se dirigió al ala oeste. La idea de que lord Drake y lord Cunningham estuvieran bajo su techo intentando cortejar a Diana le hizo alargar la zancada y doblar la velocidad habitual de sus pasos.

DIANA VOLVIÓ A ECHAR una mirada anhelante a la puerta antes de volver a centrar su atención en lord Drake, que se había sentado en la silla justo enfrente de ella.

—¿Qué demonios le has dicho a Minerva a tu llegada para que te esté mirando? —preguntó, bajando la voz hasta que fue un áspero susurro.

—Ahh..., eso explica por qué siento como si me hubieran clavado un atizador al rojo vivo entre los omóplatos. —Drake movió los hombros hacia adelante y hacia atrás como para sacudirse la sensación.

—Hubo un tiempo en que los dos erais inseparables —comentó Diana, mirando con el ceño fruncido al hombre que era como otro hermano para ella—. Desde el debut de Minerva, puedo contar con los dedos de una mano las veces que os he visto estar tan cerca como para dirigiros la palabra. Y esta última temporada, cada vez que uno de vosotros entraba en una habitación, el otro huía. ¿Por qué?

—Eso no es cierto.

—¿Cuál de mis observaciones afirmas que es mentira?

Drake sonrió.

—Nunca huyo.

Ese hombre mentía fatal. Se tiró de la corbata y luego procedió a frotarse la nuca tres veces, como hacía cada vez que intentaba sortear la verdad. Drake no la engañaba. En los meses previos al debut de Minerva en la temporada, Diana había visto frecuentes destellos de interés en los ojos de Drake. Sobre todo cuando Minerva se transformaba delante de todos y pasaba de ser una campesina a una elegante dama de alcurnia. Diana esperaba que Drake finalmente entrara en razón y aceptara el reto de Minerva. No es que creyera que Drake fuera capaz de derrotar a su hermana; sin embargo, Diana sospechaba que Minerva perdería con elegancia ante ese caballero, que se mostraría cariñoso y leal.

Para Diana era evidente que sentían afecto el uno por el otro, pero cada temporada que pasaba, Minerva estaba más decidida a no casarse y Drake se distanciaba de ella a propósito. Los esfuerzos de Diana por idear un plan que los hiciera entrar a ambos en razón habían fracasado estrepitosamente. Minerva era experta en anticipar cada uno de sus movimientos. Una imagen de la Bestia de Chestwick pasó por su mente: tal vez podría reclutar la ayuda de aquel brillante estratega.

La puerta del salón se abrió de golpe y apareció la Bestia en persona. Todos los pensamientos sobre su hermana y Drake se desvanecieron cuando su mirada cayó sobre un lord Chestwick bien afeitado. Una fina cicatriz blanca le recorría la mejilla y la mandíbula. Diana tragó el nudo que se le había formado en la garganta. La deformación de sus rasgos no restaba valor al impresionante aspecto de aquel hombre. Lo único que Diana veía eran sus ojos únicos de dos colores, que brillaban en contraste con la chaqueta oscura.

La mirada de Diana permaneció clavada en la suya mientras él cruzaba la sala hasta situarse frente a ella. Cuando lo vio agradecer los saludos del resto de los presentes con una leve inclinación de cabeza, su corazón se aceleró. ¿Por qué, de todos los caballeros que conocía, solo Randal despertaba en ella reacciones tan viscerales?

Drake se levantó.

—Lord Chestwick, permítame presentarle a nuestro vecino, lord Drake —dijo Diana.

Lord Chestwick reconoció de nuevo a su invitado con una mínima inclinación de cabeza.

—Como no recuerdo haberle visto antes, debo suponer que asistió a Eton y no a Harrow.

Drake, sin duda el más simpático del grupo, se puso rígido.

—Tiene razón. Asistí a Eton junto con Kent y Cunningham.

Diana buscó a Minerva en la habitación, con la esperanza de que interviniera y aliviara la tensión. Pero en lugar de encontrar a Minerva, la mirada de Diana se posó en Isadora, que negó con la cabeza y señaló la puerta con la barbilla. A Diana se le encogió el corazón. Minerva había huido de nuevo. Sin la ayuda de su hermana mayor, Diana buscó la de Isadora. Su hermana agradeció la súplica con una sonrisa, cuadró los hombros y enlazó el brazo con el de lord Cunningham para llevarlo hacia el pequeño grupo.

Diana apretó las manos con fuerza sobre el regazo. Era consciente de que lord Chestwick la estaba mirando de nuevo. El día anterior había dejado muy claro que no le gustaba tener invitados y, sin embargo, estaba a punto de presentarle a dos personas más.

Isadora y Cunningham ocuparon el espacio vacío junto a Drake. Diana se aclaró la garganta.

—Lord Chestwick, permítame presentarle también a mi querida hermana *lady* Isadora y al estimado lord Cunningham, que también reside en los alrededores.

Las facciones de lord Chestwick eran tranquilas y relajadas, pero el tic que notó en su

mandíbula era una señal de que no le agradaba en absoluto la presencia no deseada de su familia y amigos a Chestwick Hall.

—Lord Cunningham. *Lady* Isadora, un placer. *Lady* Diana, me gustaría hablar con usted...

—Lord Chestwick miró a los presentes—, en privado —añadió.

Antes de que pudiera hacer una señal a los demás para que se marcharan, lord Chestwick la cogió en brazos como había hecho el día anterior y la sacó de la habitación.

—¡No puede cargarme en brazos cuando quiera! ¿Adónde me lleva?

—De vuelta a sus aposentos donde se supone que debería estar descansando y recuperándose.

—¡A mis aposentos! No puede decirlo en serio.

—Claro que sí.

—Pero ¿y los demás?

—Una vez que la vea instalada, los despacharé y les ordenaré que no regresen. Podrán confirmar que está viva y a salvo en Malbury Manor dentro de tres días.

Diana levantó la mano a la mejilla de Randal, dejando que su dedo meñique descansara a lo largo de la piel ligeramente levantada.

—¿Por qué es tan importante la soledad para usted? —Como él no se inmutó ni rechazó su contacto, le giró suavemente el rostro hacia ella.

Randal detuvo sus pasos y la miró con intensidad. Cuando abrió la boca para responder, Diana bajó la mirada hacia sus labios.

—Prometo no reírme si me lo cuenta —dijo ella sonriente al ver que él cerraba los labios formando una línea apretada.

—Si respondo a su pregunta —repuso Randal con la comisura un tanto curvada—, deberá prometerme que se quedará en la cama el resto de su estancia.

Diana le frotó la fuerte mandíbula con el pulgar. Sería un desafío quedarse en sus aposentos cuando deseaba desesperadamente acudir a la biblioteca. Diana miró a lord Chestwick.

—Se lo prometo.

—No busco soledad. Trato únicamente de mantenerme a salvo.

¿De qué podría tener miedo la Bestia de Chestwick? Diana bajó la mano de su cara y la puso contra su pecho.

—¿De qué?

—He aceptado darle una respuesta a su pregunta, no explicarle la lógica de mi decisión para mantener a raya a los demás.

¡Acertijos! Ese hombre se parecía a su padre, que siempre hablaba dando doble sentido a todo. ¿No había esperado encontrar a un hombre que compartiera su amor por las adivinanzas? Con los ojos clavados en los iris color avellana de lord Chestwick, Diana permaneció callada.

Lord Chestwick arqueó una ceja.

—Sin negociaciones. ¿Sin discusiones?

—Soy consciente de lo injusto que es por mi parte esperar que confíe en mí. Tendré que esperar a ganarme su confianza. Algo que siento que rara vez concede.

Randal la miró, pero como antes, permaneció en silencio, sin permitirle adivinar cuáles podrían ser sus pensamientos. Después de un momento, él negó con la cabeza y reanudó la marcha hacia su habitación.

Acurrucada contra su pecho, dejó que su mente volviera al problema de Minerva y Drake. Cuando tenía la puerta de sus aposentos a la vista, Diana se armó de valor para intentar conseguir la ayuda de su anfitrión.

—Lord Chestwick...

—Randal. Debería llamarme Randal.

—Muy bien, Randal. —Su nombre se deslizó por su lengua como si lo hubiera pronunciado mil veces antes que esa—. Si he de retirarme a mis aposentos durante el resto de mi estancia, espero que el edicto no se extienda también a mi hermana Minerva.

—No veo ninguna razón para ello.

—Estupendo. Creo que ahora está escondida en mis habitaciones. Si Minerva regresa con usted a la biblioteca, mi reputación seguirá permaneciendo intacta y ella es muy hábil despachando invitados no deseados.

—Esperaba que tuviera más fe en mis habilidades para librarme de la gente.

No era la bestia temible por la que las malas lenguas lo hacían pasar, y sus hermanos no eran fáciles de manejar.

—Lleva muchos años en el extranjero. Sabe poco de mi familia y de nuestros vecinos. Créame, necesitará la ayuda de Minerva.

Él se detuvo delante de la puerta de su habitación.

—¿No fue usted quien hace unos momentos planteó la hipótesis de que rara vez confío en los demás?

—Sí, pero le aseguro que puede fiarse en mí. —Diana examinó sus facciones. Su aspecto austero parecía más suave, y un destello de emoción que no pudo definir con precisión brilló por un instante en sus ojos. Randal era un enigma. Se juró a sí misma que antes de marcharse de Chestwick Hall, se lo habría ganado y habría desenmascarado a la Bestia de Chestwick.

Randal soltó una risita.

—Estaría muerto si creyera a todas las personas que se definen como dignas de confianza. —Se agachó y esperó a que ella abriera la puerta.

—Su vida ya no corre peligro —respondió Diana con la mano en el pestillo—. Aquí está a salvo. —El sonoro retumbar en el pecho de Randal la pilló desprevenida—. ¿Qué es tan divertido?

—Nada. —Él negó con la cabeza—. Por favor, abra la puerta.

Diana buscó alguna explicación en el rostro del hombre una vez más. No encontró ninguna. Sus rasgos no revelaban sus pensamientos. Frustrada, descorrió el pestillo de la puerta y la abrió con un empujón. Minerva se paseaba frente a la ventana con las manos entrelazadas a la espalda y murmurando para sí misma.

Minerva se giró y frunció el ceño.

—Diana, ¿el tobillo está peor?

Randal se acercó a la enorme cama y la depositó sobre el mullido colchón. Diana retrocedió hasta apoyar la espalda contra el cabecero.

—No, el tobillo va bien.

Su hermana apartó a Randal a un lado y empezó a colocar almohadas para elevarle el miembro lesionado. Minerva le impedía ver a Randal, lo que también significaba que él no podía ver cómo se estremecía cada vez que su hermana movía el pie. Mientras estaba en los brazos del conde, apenas había notado el dolor, pero las terribles punzadas habían vuelto.

Minerva se giró y miró a su anfitrión.

Randal se alejó un paso de la cama para ir hacia la puerta.

—Creo que ahora debo marcharme.

Diana miró a su hermana.

—Tal vez podrías acompañar a Minerva a la biblioteca.

—Por supuesto que no. —Minerva centró su atención en ella—. Me quedaré aquí contigo.

—Estoy de acuerdo. *Lady* Minerva puede atenderte mientras yo me ocupo de los huéspedes no invitados que hay bajo mi techo. —Randal abandonó sus aposentos sin decir una palabra más.

Diana cogió la mano de su hermana y se la apretó.

—Necesitará tu ayuda.

—Sí, lo hará. —Los labios de Minerva se curvaron lentamente en una sonrisa—. Lo rescataré después de que compartas conmigo el maldito acertijo que nos ha metido en este lío.

La calidez del amor y la comprensión de su hermana envolvieron a Diana. ¿Cómo podría corresponder a su bondad?

## CAPÍTULO 10

---

Sin Diana entre sus brazos, Randal notó que se le instalaba un vacío en el pecho. La alegría que se había filtrado antes por los pasillos estaba ausente, lo que hizo que pensara en su madre. Echaba de menos su risa contagiosa y su inquebrantable positividad. Hasta la llegada de Diana, había olvidado lo afortunado que era por haber heredado Chestwick Hall. La finca estaba llena de potencial y, con un poco de esfuerzo por su parte, podría devolverle su antigua gloria y convertirla de nuevo en un refugio para él y su familia.

Con la mano en la manilla de la puerta de la biblioteca, Randal inspiró hondo y se armó de valor para enfrentarse de nuevo a sus vecinos y a la familia de Diana, que esperaban al otro lado. No conocía a esa gente y ellos no sabían nada de él. No estaba preparado para infiltrarse en ese círculo íntimo. Necesitaba tiempo para adaptarse.

A Randal le pilló completamente por sorpresa abrir la puerta y encontrarse a Isadora y a su hermano Greg jugando tranquilamente al ajedrez junto al fuego, mientras Kent, Drake y Cunningham se habían enfrascado en una seria partida de cartas cerca de la ventana. Ninguno de ellos prestaba atención a los cientos de libros que los rodeaban. Volúmenes cuyo contenido Diana estaba ansiosa por descubrir.

Kent puso las cartas boca abajo sobre la mesa frente a él.

—Chestwick, ha vuelto. —El hermano de Diana señaló la silla vacía a su derecha—. ¿Quiere unirse a nosotros? Estamos jugando al Commerce.

Randal controló la chispa de ira al verse invitado a participar en una actividad que se celebraba en su propia casa. Si les ganara un par de rondas, tal vez sus invitados se aburrirían y se marcharían por voluntad propia. Asintió, y el siempre presente lacayo, cuyo nombre se le escapaba a Randal pero que seguramente sabía Diana, le acercó una silla. ¿Por qué no podía apartar a esa mujer de sus pensamientos? Una vez instalado frente a la mesa, Randal esperó a que terminara la ronda en curso.

En lugar de continuar el juego, Drake recogió las cartas de los demás y empezó a barajarlas con habilidad.

—Hace años que queremos ver el interior de Chestwick Hall. Es tan impresionante como decía Diana.

¿Cómo había podido su padre mantener a raya a los vecinos todos esos años y, sin embargo, en el lapso de un día, él había fracasado, se había visto invadido, y el enemigo campaba a sus anchas en su casa?

Drake repartió tres cartas a cada jugador antes de revelar otras tres.

Randal notó la ausencia de apuestas.

—¿Qué nos jugamos?

—Reparaciones de vallas —respondió Kent.

Randal frunció el ceño.

—Entre familiares y amigos no nos jugamos dinero —explicó Kent.

—El perdedor será responsable de reparar la valla que bordea los límites entre nuestras propiedades —explicó Cunningham—. Drake aún no ha ganado nunca y siempre ha supervisado la tarea. Ya van tres años seguidos.

Drake se rio entre dientes.

—Mejor reparar vallas que mantener zanjas.

Kent miró a Randal.

—Después deberíamos jugarnos eso.

Hacía años que no jugaba a las cartas. Todos los ojos estaban puestos en él.

—El jugador de más edad debe repartir primero —le susurró Kent inclinándose hacia él.

Mientras barajaba las cartas, recordó que el objetivo era formar una mano con la combinación más alta. El objetivo era tener tres iguales. Con dos dieces, una pareja de rango medio, no tenía probabilidades de ganar, pero en la mesa había una jota. Al calcular matemáticamente sus probabilidades, Randal cambió un dos de corazones por la jota de picas, lo que le daba la posibilidad de hacer una escalera.

El siguiente fue Drake. Miró sus cartas e indicó que ya estaba satisfecho con su mano.

—La próxima temporada —dijo Kent mirando a Drake—, no me impedirás acabar con Mansville y su suerte.

Isadora y Greg se unieron a ellos en la mesa de cartas flanqueando a su hermano Kent. Los lacayos prepararon sillas para ambos y Kent movió su asiento para que sus hermanos pudieran participar en la conversación.

Isadora se volvió para mirar a Drake, sentado a su derecha.

—La suerte de Mansville se acabará a su debido tiempo. No hay necesidad de poner a Minerva en peligro.

—¿Su hermana está en peligro? —Randal dirigió su pregunta a Kent.

Kent suspiró.

—En su primera temporada, Minerva declaró que se casaría con el primer caballero que pudiera derrotarla en una partida de ajedrez. Al oír el desafío, Mansville, ese maldito lechuguino, hizo una apuesta en Brooks's, afirmando que no solo ganaría la mano de Minerva, sino que lo haría en menos de veinte movimientos.

Greg miró a Drake.

—Minerva se enteró de la apuesta y se propuso vencer a Mansville con el menor número de movimientos posible. Cuando lo derrotó en veintidós movimientos, Mansville se indignó y afirmó que había hecho trampas. Sin embargo, la partida se había jugado bajo la atenta mirada de *lady* Humbolt. Desde entonces, Humbolt ha prohibido que Mansville asista a una serie de actos sociales, lo que no ha hecho sino aumentar su ira.

Nadie prestaba atención al juego.

—No ha sido el apoyo de *lady* Humbolt a Minerva durante las tres últimas temporadas lo que ha impulsado los intentos de Mansville de frustrar el futuro de Minerva, sino las acciones de cada uno de vosotros —dijo Isadora regañando a cada uno de los hombres con la mirada. Sus ojos se movieron de un caballero a otro y finalmente se posaron en su hermano mayor, Kent—. Por culpa de vosotros, idiotas, más que idiotas, ningún caballero se ha atrevido siquiera a insinuar la idea de jugar contra Minerva para conseguir su mano esta última temporada. —

Inmovilizando a su hermano Kent con una expresión que habría hecho huir a sus tropas a las colinas, Isadora continuó—: Acabarás siendo responsable de nosotras tres. Ni Diana ni yo nos casaremos antes que Minerva.

Todos saltaron en sus asientos cuando la voz de Minerva flotó en la sala.

—Tonterías. Diana y tú os casaréis en cuanto encontréis un hombre digno de vuestro amor. Yo me encargaré de ello.

Gregory se levantó de un salto de su silla y se la ofreció a Minerva.

Minerva tomó asiento y extendió la mano. Sin mediar palabra, Kent y los demás le entregaron sus cartas. Esperó a que él hiciera lo mismo.

Él estudió sus facciones con curiosidad, desando saber qué haría ella si se negaba. El leve arqueado de su ceño hizo que le tendiera los naipes.

—¿Y las reparaciones de la valla? —preguntó antes de que ella pudiera cogerlas.

Minerva le estudió sin cortarse.

—Estoy segura de que lord Drake se ofrecerá voluntario como todos los años —dijo.

—¿Voluntario?

—Drake pierde sistemáticamente una ronda cada año —respondió Cunningham.

Las mejillas de Drake se pusieron rojas mientras desviaba la mirada a Minerva, pero ella lo ignoró por completo.

Minerva le tendió las cartas a su hermana, e Isadora barajó en un alarde de arte, abanicando las cartas y entremezclándolas sin esfuerzo.

—¿Qué nos jugamos hoy, hermana? —preguntó Isadora.

Ninguno de los caballeros emitió sonido alguno. Randal observó la expresión de inquietud en sus rostros mientras esperaban la respuesta de Minerva.

La hermana mayor de Diana estaba al mando. Minerva se pasó un dedo por los labios. La mirada de Drake se concentró en la mujer, lo que hizo fruncir el ceño a Kent. Allí había fuertes corrientes subterráneas, pero Randal no los conocía lo suficiente como para comprender todas las complejidades e implicaciones de su lenguaje corporal.

La mirada de Minerva se posó en él.

—El honor de elegir el resto del entretenimiento de la tarde.

—Maravilloso —dijo Drake—. Con Chestwick, tenemos una ventaja de cuatro a uno.

Isadora volvió a pasar la baraja a Minerva, que repartió las cartas. Una vez más, todos los ojos se posaron en él.

—En caso de ganar, *lady* Minerva, ¿cuál sería su elección de entretenimiento?

—Ajedrez no —murmuró Drake.

—Si las circunstancias fueran diferentes —repuso con la voz clara—, no dudaría en participar en una partida de ajedrez. Sin embargo, si ganara al Commerce, creo que una tarde de charadas sería muy entretenida.

—A las charadas no —gimió Kent.

Drake se enderezó en la silla y paseó la mirada entre Minerva y Randal.

—Sigamos con el juego.

Cada uno utilizó su turno para descartar y reorganizar sus manos. Minerva fue la primera en hacerlo, indicando que estaba satisfecha con su mano. Randal miró la pareja de ochos; esperaba que nadie más tuviera el último ocho de tréboles que necesitaba para asegurarse la victoria. Cuando Isadora le dio la vuelta a esa carta que tanto necesitaba y la añadió a la mesa, se alegró muchísimo de ser el mayor de la sala.

Controló sus nervios y cambió la carta. Con la mano completa, la dejó encima de la mesa y

dio por terminada la ronda. Todos revelaron sus manos. Cunningham, Kent e Isadora solo tenían parejas, pero Drake poseía un color de diamantes, y Minerva tenía un proyecto con ases. Solo un trío habría dado la victoria a Minerva porque él tenía uno de ochos. La frustración de Drake por haber perdido era evidente, pero Randal no sabía si se debía a haber sido derrotado por él o a haber sido superado por Minerva.

Isadora se quedó con los ojos clavados en las cartas.

—¿Veis lo mismo que yo? —La joven lo miró y luego a su hermano—. Minerva ha perdido.

Mientras todos los demás observaban incrédulos las cartas dispuestas sobre la mesa, Minerva le guiñó un ojo. La única otra persona que captó esa mirada traviesa fue Drake, que se apartó de la mesa y se puso en pie.

—Chestwick, supongo que será su deseo que todos le dejemos en paz. Mi agradecimiento por su hospitalidad, y por favor transmita mis deseos a *lady* Diana para una pronta recuperación.

Isadora fue la siguiente en levantarse de la mesa de juego. Depositó un beso en la mejilla de Minerva.

—Volveré mañana.

—Todos lo haremos, para ver cómo está Diana. —Kent se levantó y se volvió para hablar con su hermano Greg, que seguía estudiando las cartas sobre la mesa.

Randal se puso en pie, con la intención de informar a Kent y a los demás de que no se les volvería a permitir la entrada, pero la tristeza que percibió en la mirada que Minerva clavaba en la espalda de Drake le llegó al corazón y, por primera vez en mucho tiempo, modificó su decisión.

Inclinó la cabeza aceptando las palabras de Cunningham cuando se disponían a marcharse y sonrió a Isadora, que realizó una rápida reverencia y se apresuró a seguir a su hermano.

Greg extendió el montón de descartes.

—Tuviste el turno antes que Chestwick, la probabilidad de que ganaras seguía a tu favor.

—Mi plan no tenía nada que ver con lord Chestwick. Diana me pidió que despachara a todos lo más rápida y sucintamente posible, y he cumplido mi palabra.

Randal apreció el eficaz método de Minerva. Pero le había molestado ver el dolor en los ojos de la joven cuando Drake le había hecho un *desaire* directo al no despedirse de ella. Era difícil presenciar las muestras de amor no correspondido.

Minerva se levantó y presentó sus excusas, alegando que sería agradable dar un paseo por los jardines al aire libre. Greg acompañó en silencio a su hermana a la puerta de la terraza. Un nudo se le retorció las entrañas al ver los ojos empañados de Minerva cuando salió salir de la habitación. Le recordó el día en que su madre lo llamó a sus aposentos y le informó de que su dolencia no tenía cura. No pudo evitar la muerte de su madre, pero tal vez pudiera ayudar a Minerva.

Para llevar a cabo tal hazaña, necesitaría comprender lo mejor posible la situación de la joven. Diana le podría proporcionar la información que necesitaba. Fue a la puerta, pero se detuvo. ¿Qué estaba haciendo, buscando excusas para pasar más tiempo con Diana?

Randal volvió sobre sus pasos hasta la mesa y miró los naipes. *Asombroso*. Los Malbury habían sido bendecidos con mentes agudas. No era poca cosa saber realizar el complejo cálculo con todas las cartas descubiertas, y mucho menos durante el juego. Diana tenía razón. Minerva era excelente trazando estrategias.

Como Randal sabía muy bien, había ocasiones en que los estrategas más hábiles se perdían en sus propios planes. Al salir de la biblioteca, Randal se dirigió directamente a los aposentos de Diana. A cada paso que daba, intentaba convencerse de que sus motivos eran solo en beneficio

de Minerva. Pero era mentira: buscaba la compañía de Diana para aliviar la sensación de vacío que lo embargaba desde que se había alejado de ella.

## CAPÍTULO 11

---

Los pasos metódicos y pesados que empezaban a resultarle familiares eran cada vez más fuertes. Diana recogió los papeles que tenía esparcidos por la cama. No fue lo bastante rápida antes de que la puerta de su habitación se abriera de golpe.

—¡Randal! Se supone que debe llamar a la puerta y esperar que le dé permiso para entrar. ¿Y si no hubiera estado decente?

—Es pleno día, ¿por qué no estaría decente?

Diana parpadeó mirando a su anfitrión. ¿Se estaba burlando de ella? Había una ligereza en su tono que no había oído antes. Debía de gustarle pasar tiempo con su familia y sus vecinos. Eran, la mayor parte del tiempo, bastante divertidos.

—¿Dónde está Minerva?

—Ha salido a pasear por los jardines con su hermano.

—Pues usted no puede estar aquí.

—Mi casa, mis reglas. —Señaló el montón de pergaminos que ella tenía en las manos—. ¿Qué tiene ahí?

—Notas que he recopilado.

Apoyó la cadera en la cama y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Intentando resolver el acertijo de mi padre sin mi ayuda y sin ir a la biblioteca?

—Aún no recuerdo haber pedido su ayuda. El acceso a la biblioteca, sin embargo, sí sería útil.

Él se impulsó con la cama y se acercó a la ventana.

—¿Cuánto tiempo lleva Minerva enamorada de Drake?

—¿Qué le hace creer que mi hermana está enamorada de lord Drake?

—¿Me equivoco acaso? ¿No está enamorada de ese hombre?

—En lugar de seguir respondiendo a las preguntas de los demás con una pregunta, un ardid que yo misma practico muy a menudo con mis hermanos, le propongo que por cada respuesta que le dé se me conceda una hora en la biblioteca.

—Y por cada respuesta mía, ¿qué me concederá?

—¿Qué es lo que quiere?

Randal dejó de moverse y se giró para mirarla. Se quedó sin aliento al ver su ceño fruncido y sus labios apretados. O bien había enfadado al conde, o él se había horrorizado ante la pregunta.

—¿Qué está dispuesta a dar?

Maldito hombre. A él también se le daba bien ese juego.

—No se trata de lo que estoy dispuesta a conceder, sino de qué poseo que sea de su interés.

Él sonrió y avanzó hasta situarse junto a la cama.

—¿De verdad quiere averiguarlo?

Dejó los papeles sobre la cama y juntó las manos sobre el regazo. Levantó la vista sonriendo.

—Sí, quiero.

—Usted desea acceder a la biblioteca, y yo quiero... —Se pasó una mano por el pelo.

Diana no sabía leer la mente, pero reconoció el destello de anhelo en los ojos de Randal. Lo había visto muchas veces cuando su padre miraba a otras mujeres y en las raras ocasiones en que lord Drake creía que Minerva no se daba cuenta de su presencia. Era la mirada que había evitado toda la temporada, pero que hacía solo unas horas había fantaseado con ver en los ojos color avellana del conde. Se mordió el labio inferior, un hábito que había desarrollado para evitar hablar.

Randal se hundió en la cama y le acarició la cara.

—La quiero a usted.

—Si es a mí a quien desea, ¿por qué preguntaba por Minerva?

Le apartó las manos de la cara.

—Esta tarde en la biblioteca, su hermana exhibió una habilidad que nunca antes había presenciado.

—La habilidad de manejar a la gente como piezas de ajedrez.

Randal frunció el ceño.

—Cada uno es responsable de sus actos. Nadie obligó a lord Drake ni a los demás a marcharse.

—Sí, es cierto, pero Minerva es excepcionalmente hábil para predecir las reacciones de los demás.

—Mencionó que actuó así por una promesa que le hizo.

—¿Ah, sí? —Diana cruzó los brazos sobre el pecho y resopló—. Bueno, esa promesa me ha costado tres meses de paga.

—¿Por qué ha aceptado un acuerdo así?

Puso los ojos en blanco.

—Era la única forma de conseguir que entrara en una habitación en la que sabía que estaba Drake. Y aunque no le importe, debe relacionarse con los caballeros que comparten límites con su hacienda.

—Estoy de acuerdo. —Movié rítmicamente los dedos sobre su muslo, un muslo bastante musculoso que ella había recorrido con la mano el otro día. Debería haberse detenido en él mientras lo examinaba, así no se sentiría acosada por la curiosidad que la estaba distrayendo. Cediendo a la tentación, descruzó los brazos y puso una mano sobre la de él para calmar sus movimientos.

La mirada de Randal se posó en sus manos y luego volvió a los ojos de ella.

—Minerva no es la única de su familia capaz de anticipar y coordinar la acción de los demás. —Frotó con el pulgar el ancho de su muñeca—. ¿Sabe qué ocurrió para que a su hermana le disguste tanto la compañía de Drake?

—Lo sé, pero no sé cómo reparar el daño que Drake causó con unos comentarios insensibles. Cesó la caricia tranquilizadora.

—¿Qué dijo? —Un rubor le cubría el puente de la nariz y la parte superior de las mejillas. A Diana se le encogió el corazón. Era un dolor desconocido. ¿Serían celos o desilusión por haber cedido y roto la promesa de no enamorarse antes de que Minerva se casara?

Respiró hondo y suspiró.

—Es una historia muy larga —dijo.

—No tengo prisa.

—Muy bien. Al final del verano pasado, Benedict, Drake y Cunningham estaban en el estudio de mi padre. Minerva y yo pasamos por delante porque íbamos a coger unos libros en la biblioteca. Nos detuvimos cuando escuchamos a los tres hablar de mi debut. Benedict dijo que no sabía cómo protegernos a los tres. Cunningham sugirió entre risas que Drake debería casarse con Minerva. Benedict se rio y afirmó que, como su mejor amigo, Drake nunca haría tal cosa. Drake se unió a las risas y declaró que no tenía ningún interés en casarse con Minerva y que la idea le producía urticaria. Minerva no dijo nada, pero desde aquella noche ha evitado a Drake, y él, el muy tonto, no ha hecho nada por reparar el vínculo especial que habían compartido desde niños. Yo creía que Drake quería y amaba sinceramente a Minerva, aunque tal vez me equivoqué.

—¿Cree que Drake actuaría si sintiera celos? Y si creyera que existe la posibilidad de perderla a manos de otro, ¿cree que podría actuar guiado por sus verdaderos sentimientos?

—Se nota que usted ha pasado muy poco tiempo con ellos. ¿Qué ha ocurrido esta tarde para que le dé la impresión de que Drake ama a Minerva?

—No ha ocurrido nada concreto..., al menos no cuantificable, pero confío en usted y en su instinto. Dudo que se equivoque con respecto a la situación. Y aunque percibí los sentimientos de Minerva por Drake, él hizo un trabajo notable ocultando los suyos por ella esta tarde. Supongo que fue porque sus hermanos estaban presentes.

—¿Cómo podemos poner celoso a Drake?

—Tal vez si Drake creyera que estoy considerando la idea de participar en una partida de ajedrez...

—Si ganara, ¿se casaría con Minerva?

—He sido testigo de la aguda mente matemática de su hermana esta tarde, a pesar de su derrota ante mí. Aunque soy un hábil estratega en el campo de batalla, no confío en ser capaz de burlar a su hermana en una partida de ajedrez.

Un golpe casi silencioso hizo que Diana escudriñara la habitación.

—No me cabe duda de que perdería —dijo Minerva, que tenía la espalda apoyada en la jamba de la puerta con los brazos cruzados y una sonrisa de medio lado.

Randal saltó de la cama y llevó las manos firmemente a su espalda. Tenía los labios torcidos en una mueca, pero Diana cuando se volvió después de mirar a su hermana, se habían convertido en una línea firme. Podía intentar engañar a los demás haciéndoles creer que era un alma hosca, pero Diana había sido testigo de breves destellos de su dulce naturaleza.

Randal atravesó la habitación a grandes zancadas para ir directamente a la puerta. Minerva se alejó rápidamente del umbral y entró en los aposentos de Diana. Con una cortante inclinación de cabeza, él pasó de largo y desapareció por el pasillo.

Minerva se dejó caer en la cama.

—Sabes lo escandaloso que es tener a un caballero a solas en tus aposentos. Voy a fingir que no he presenciado que os cogíais de la mano.

—¿Cuánto tiempo has estado escuchando a escondidas? —preguntó Diana.

—No me he acercado sigilosamente. No es culpa mía que estuvierais tan absortos el uno en el otro que no me oyeráis. —Minerva se acomodó en la cama junto a Diana—. La vida no es como una obra de Shakespeare, por desgracia. A Drake le importaría un bledo que me casara con Chestwick o incluso con uno de los nefastos compinches de Mansville.

—Eso no es cierto —afirmó Diana, cogiendo la mano de su hermana—. Y Benedict nunca

permitiría que ese desgraciado de Mansville ni ninguno de sus amigos se casara contigo.

—No os arruinaré a Isadora y a ti vuestras posibilidades de tener un matrimonio feliz. Tal vez pierda a propósito con el próximo hombre que se sienta frente a mí en un tablero de ajedrez.

—¿Todavía amas a Drake?

—Sí.

—Entonces, deberíamos considerar seriamente el plan de Randal.

—¿Randal?

—Me ha pedido que me refiera a él por su nombre.

—Que un caballero te dé permiso para hacer algo no significa que debas hacerlo. En cualquier caso, ¿sientes algo romántico por Chestwick?

—Solo lo conozco desde hace dos días, pero tengo la impresión de conocerlo desde hace más tiempo porque su padre me ha contado muchas historias sobre él. Sin embargo, no es exactamente como me había imaginado. Es más.

Las dos miraban al techo, sumidas en sus pensamientos. Una sensación de inquietud recorrió a Diana al imaginarse a Randal jugando una partida de ajedrez con Minerva. ¿Y si ocurría lo inconcebible y Minerva no ganaba? ¿Se vería obligada a cumplir su palabra y casarse con él?

## CAPÍTULO 12

---

En la sala del desayuno resonaban las charlas de Diana y sus dos hermanos. Al asomarse por encima del borde de su ejemplar del *Daily Gazette*, Randal captó la hermosa sonrisa de Diana. Le rondaban por la cabeza quintillas y versos de poesía, lo cual era un cambio maravilloso respecto a las órdenes y estratagemas del campo de batalla que habían ocupado sus pensamientos durante los últimos años.

El sonido de pasos anunciaron la llegada de Kent y Drake, que entraron sin esperar una invitación y le dedicaron a Randal una breve inclinación de cabeza mientras se acercaban al aparador.

Randal dobló y bajó el periódico con brusquedad antes de dejarlo encima del asiento vacío que había a su lado. Observó las miradas de complicidad entre Diana y Minerva.

—Hermano, es costumbre saludar al anfitrión —apuntó Minerva.

—Buenos días, Chestwick —rectificó Kent. Dejó el plato sobre la mesa y se acomodó en la silla junto a Minerva.

—¿No has desayunado ya? —preguntó ella.

—No, Drake ha llegado muy temprano y ha exigido que nos pusiéramos en camino en cuanto me vistiera —repuso Kent.

—¿Cómo va la lesión? —le preguntó Drake a Diana mientras se sentaba junto a ella.

—Diana se está recuperando notablemente bien —intervino Greg—. Lo más probable es que regresemos a casa mañana... Eso si sigue descansando y se abstiene de intentar caminar.

El nivel de familiaridad y camaradería entre ellos le recordó a Randal las noches pasadas alrededor de una hoguera discutiendo con sus hombres las maniobras del día siguiente. Echaba de menos esa compañía. Añoraba la sensación de estar al mando. Desde que Diana había entrado en su vida, ya no era el dueño de sus propios pensamientos. Ella atormentaba su mente, y su cuerpo ansiaba estar cerca de ella a todas horas. Miró a sus invitados, que llenaban todos los asientos de la ostentosa mesa del desayuno. Era obvio que su casa había sido ocupada, y necesitaba recuperar el control. Mas su decisión de deshacerse de sus invitados se desvaneció al instante cuando su mirada se posó en Diana.

Oyó que la mujer responsable de toda su confusión interna lanzaba un gemido.

—Detesto que me lleven de un lado para otro. —Diana dirigió una mirada suplicante a Minerva, pero fue en vano, porque su hermana tenía la cabeza inclinada mientras se concentraba en untar mermelada en su tostada. Evitaba con toda claridad cualquier contacto visual con el hombre sentado enfrente de ella.

Kent tragó saliva y agitó el tenedor en el aire hacia su hermano.

—Hasta que Greg diga que puedes cargar peso sobre el pie, permanecerás en tus aposentos o sentada en una *chaise* en la biblioteca.

Minerva fulminó a su hermano con la mirada.

—Tengo que recordarte que esta no es tu casa.

—Ni tú eres la dueña de esta monstruosidad —murmuró Drake.

La pulla hizo que tanto Diana como Minerva tomaran aire bruscamente y Randal se pusiera en pie. El ruido de su silla atrajo todas las miradas hacia él.

—Creo que es hora de que todos vayamos a la biblioteca. —Se acercó a Diana, se inclinó y la levantó.

Diana se limitó a rodearle la nuca con un brazo y a mirarle con los ojos muy abiertos, sin decir nada.

Él la sujetó más cerca.

—*Lady* Minerva, ¿me haría el honor de guiarme? —dijo por encima del hombro. Permitió que Minerva le precediera y lo adelantara, pero impidió que Drake la siguiera. Randal fulminó a su invitado con una mirada que había hecho huir a más de uno del campo de batalla. En lugar de dar un paso atrás, Drake se limitó a quedarse quieto y a devolverle la acerada mirada de Randal.

—¿Por qué hoy me permite que me una a usted y a los demás? —susurró Diana cuando traspasaron el umbral y estaban a unos metros de Drake.

—Necesitaré que mantenga a Drake ocupado mientras hablo con su hermana para saber si está dispuesta a participar en el plan para poner celoso a Drake.

—¿Va a enfrentarse a Minerva en una partida de ajedrez?

—¿No era eso lo que pensamos? —preguntó Randal

—No, esa terrible idea fue suya, aunque creo que funcionará.

Diana le creía capaz de derrotar a su hermana. Su fe incuestionable y su confianza en él resultaban inquietantes.

Diana suspiró.

—Deseo ver feliz de nuevo a Minerva. Distraré a Drake. Pero se lo advierto, Minerva no sabe fingir, así que para que Drake se crea de verdad esa farsa, usted tendrá que ser encantador.

¿Qué réplica convertiría ese ceño fruncido en una sonrisa?

—Siempre soy encantador.

—No es un príncipe sino una bestia.

—¿Una bestia? —repitió con fingida sorpresa.

—Sí. Dando órdenes a todo el mundo.

La levantó un poco más arriba en el aire.

—Y cargando con mis víctimas —susurró. La sonrisa en el rostro de Diana supuso otra nueva experiencia para él.

Minerva abrió la puerta de la biblioteca y Randal esperó a que entrara para interponer una barrera entre la hermana de Diana y Drake.

Dejó a Diana en la *chaise*. Se volvió y se encontró cara a cara con Drake, que le lanzaba puñales con los ojos. Lo esquivó, y Drake se hundió en un asiento junto a Diana. Randal miró a Diana, que le guiñó un ojo. Nunca había conspirado con nadie, y resultaba agradable no sentirse solo, era una sensación que no había tenido desde la muerte de su madre.

Saboreó era emoción mientras se acercaba a Minerva, que estaba sola junto a las ventanas.

—DIANA HA COMPARTIDO conmigo ese absurdo plan suyo de que los celos pueden impulsar a lord Drake a pedir mi mano —comentó ella cuando estuvo a su lado sin apartar los ojos del

jardín. Estaba claro que la joven no había perdido detalle.

—¿No desea casarse con lord Drake?

—Es él quien no desea casarse conmigo.

—Lo dudo mucho. —Randal se adelantó para mirar el reflejo en el cristal de la ventana y captó el tema que atraía de verdad el interés de Minerva. No era su bien cuidado jardín; era la imagen de Drake—. Aplaudo su plan, me parece tan diabólico como ingenioso. Haber declarado que solo se casará con el hombre que la derrote en una partida de ajedrez garantiza que será usted quien elegirá a su pareja. Es una hábil estrategia, y estoy seguro de que es plenamente consciente de sus habilidades y cree sin lugar a dudas que no tendrá ningún problema en derrotar a cualquier oponente, por lo que si llegara a perder, sería porque así lo desea, no porque un hombre sea más listo que usted. ¿Me equivoco?

—Sí, se equivoca. Cuando juego, lo hago para ganar, no importa quién sea mi oponente. —Se giró para mirarle—. ¿Es poco razonable querer pasar el resto de mis días con un caballero de intelecto similar? Alguien con quien pueda conversar, y no simplemente con el primer caballero que haya reunido el valor suficiente para pedir mi mano.

—No, no lo es. —El intelecto era uno de sus requisitos para su futura condesa—. ¿Qué diría si le propusiera jugar una partida de ajedrez?

—Me negaría.

—¿Por qué?

—Porque no desea casarse conmigo.

—La verdad sea dicha, aún no estoy preparado para casarme —aceptó.

Ella lo estudió con detenimiento.

—Puede que sea así; sin embargo, también conozco a Drake. Lo conozco bien, y celoso o no, nunca se ofrecería a casarse conmigo.

Randal tenía que cambiar de táctica. Tal vez si la ponía a la defensiva, podría salirse con la suya.

—¿Teme que yo pueda derrotarla?

—Ja. Dudo mucho que los soldados lleven consigo un tablero de ajedrez. ¿Cuándo fue la última vez que jugó?

—Creo que tenía doce años. —No había jugado con piezas de madera, pero sus piezas de ajedrez habían sido de la variedad humana—. Si cree que puede derrotarme con facilidad, ¿cuál es el problema? Le dará una excusa para ignorar a Drake.

No apartó la mirada de ella mientras la joven reflexionaba sobre su argumento. Oyó que alguien se acercaba por detrás.

—*Lady Minerva*, será mejor que tome una decisión —la apuró él.

—¿Qué están cuchicheando los dos? —preguntó Drake dándole a Randal una palmada en el hombro.

—A lord Chestwick le gustaría jugar una partida de ajedrez, y yo le estaba explicando los riesgos de hacerlo —repuso Minerva en un tono lo suficientemente alto para que todos la oyeran.

—Como acaba de volver del Continente, no sabía que tuviera prisa por casarse.

—Casarme es la razón principal por la que he vuelto a Inglaterra. Deber al título y todo eso. —Randal sonrió a Minerva—. Si ganara, Minerva me ahorraría tener que soportar una temporada tediosa.

—Minerva, no es posible que estés considerando jugar con Chestwick.

—¿Por qué no?

—¿Cuánto hace que lo conoces? ¿Dos días?

—¿Qué importa si conozco a mi oponente desde hace días o años?

Drake se volvió hacia el mayor de los Malbury.

—Kent, ¿vas a permitir que este disparate continúe?

Kent miró a Minerva.

—¿Deseas jugar con Chestwick?

Minerva miró a Diana, que asintió. ¿A qué venía esa mirada? Minerva se volvió hacia Randal.

—Dejemos claros los términos.

Randal asintió.

—Si gano, obtengo su mano. Si gana usted...

Minerva se inclinó para hablarle directamente al oído, de modo que Drake y ninguno de los demás pudieran oírlo.

—De acuerdo, si usted gana, nos casaremos; sin embargo, si yo gano, usted, lord Chestwick, se casará con Diana al final del verano.

Randal se echó hacia atrás y frunció el ceño. Miró a Kent, que tenía cara de preocupación.

—¿Por qué iba a aceptar esas condiciones?

La idea de casarse con Diana le atraía, pero admitirlo... Sin embargo, apenas la conocía.

—Mis condiciones no son negociables. ¿Acepta?

La firme mirada de Minerva hizo que un hilillo de inquietud le bajara por la espalda. Iba a jugar para ganar.

Se volvió para mirar a Diana. El ceño fruncido y la incertidumbre le dijeron que ella no estaba al tanto del plan de su hermana. No quería que su futuro fuera dictado por otros. Se inclinó hacia Minerva.

—¿Diana conoce sus condiciones?

—No.

Él levantó el brazo y la apartó de Drake y de los demás, y la acercó al tablero de ajedrez.

—¿Desea que otra persona dicte quién ha de ser su marido?

Los pasos de Minerva vacilaron.

—No.

—¿Qué le parece si modificamos un poco los términos? Si gana usted, le daré a Diana acceso completo y sin restricciones a la biblioteca de Chestwick Hall.

Minerva arqueó una ceja.

—Y...

—¿Y?

—Milord, no estoy ciega, ni soy tonta. Nunca pierde de vista a Diana. Incluso ahora, se ha posicionado para mantenerla en su línea de visión periférica. —Minerva dio medio paso adelante para bloquearle la vista y puntualizar su afirmación—. Quiera reconocerlo o no, se siente atraído por mi hermana. —Lo miró con intensidad.

Él cedió.

—Aceptaré sus condiciones. Si gano, nos casaremos. Si gana usted, yo me casaré con su hermana.

## CAPÍTULO 13

---

Diana hizo un ovillo con el suave algodón de sus faldas cuando Minerva se dio la vuelta. Las arrugas en la frente de Randal se habían hecho más profundas mientras miraba a su hermana. ¿De qué estarían hablando? La seriedad de la expresión de Randal hizo que lo mirara con más intensidad. Si él creía que así iba a intimidar a Minerva, se iba a llevar una sorpresa: el horrible apodo de Reina de Hielo estaba, por desgracia, basado en la realidad. Nada, salvo Drake, podía alterar a Minerva. Cambió de posición para ver mejor a Randal.

—Hermanita, si te inclinas más, te harás daño. —Greg acercó la silla—. No parece que Chestwick esté muy impresionado con las demandas de Minerva en caso de ganar.

—¿Qué crees que está negociando esta vez?

—Temo adivinarlo. —Greg estiró las piernas y las cruzó a la altura de los tobillos.

Randal le colocó la silla a Minerva y se volvió para tomar asiento. Se detuvo un momento al tropezarse con Drake. Ninguno de los dos hombres parecía complacido con el otro. Drake fue el primero en actuar, forzando lo que Diana sabía que era una curva artificial de sus labios; una sonrisa falsa que empezaba a molestarle.

—¿Por qué está mal visto que un amigo se case con tu hermana? —preguntó Diana enderezando la espalda.

—Nuestro querido y viejo hermano conoce todos los oscuros secretos del pasado Drake. Cada uno de ellos, y puedo dar fe de que ninguno es un santo —repuso Greg con el rostro solemne.

—Tú tampoco.

—Sí, pero... no estamos hablando de mí.

Era absurdo que los hombres creyeran que las mujeres no se enteraban de nada, pero no estaba de humor para discutir con Gregory. Clavó la mirada en su hermana, que estaba ocupada colocando las piezas. Randal, en cambio, se había sentado y estaba relajado en su silla con los brazos cruzados; parecía estar estudiando tanto a Minerva como el tablero que tenía ante sí. Diana se vio invadida por la ira. ¿En qué había estado pensando? Minerva tenía razón: los celos no provocarían una propuesta de Drake, pero esa emoción irracional podría acabar teniendo como resultado que Drake y Chestwick se enfrentaran en un campo vacío al amanecer.

Para ahuyentar de su mente esos pensamientos morbosos, Diana se concentró en una actividad más placentera: admirar el perfil de Randal. Durante años se había preguntado cómo sería el hombre de los retratos en la vida real. Por lo que estaba observando, ninguno de los pintores había captado con exactitud la capacidad única de Randal para adaptarse rápidamente a su entorno.

De pronto, Drake se colocó entre los contrincantes, impidiéndole ver a Randal, el tablero y sus piezas. Notó que la tela de la chaqueta se tensaba sobre la espalda de Drake cuando se aproximó a su hermano, pero siguió sin ver lo que quería.

—¿Estás de acuerdo con Kent en que Drake sería un partido horrible para Minerva?

—Mi opinión no importa.

—Por supuesto que cuenta. Si no fuera así, ¿crees que me habría molestado en preguntar?

Greg la miró y frunció el ceño.

—Aunque no estuviera de acuerdo con la creencia de Kent, no podríamos hacer nada.

—Ah, pero si...

Greg levantó la mano para impedir que continuara.

—Conozco esa mirada, y no quiero participar en tu plan.

Drake se posicionó entonces detrás de Randal, lo que captó la atención de Diana. Tal vez su plan funcionara. La incapacidad de Drake para permanecer quieto contrastaba con su actitud indiferente cuando Minerva estaba presente.

Diana bajó la mirada hacia Randal. Sus facciones se habían relajado al charlar con Minerva mientras preparaban las piezas en el tablero. Minerva le prestaba toda su atención, ignorando a Drake con facilidad. Parecía que ninguno de los dos tenían prisa por empezar la partida. Randal cogió un alfil y lo hizo girar entre el pulgar y el índice. Sus labios carnosos se torcieron en una sonrisa mientras hablaba.

Diana estaba demasiado lejos para oír el breve relato de Randal, pero se dio cuenta de que Drake ponía los ojos en blanco cada vez que Minerva sonreía o se reía. Al tener a Minerva a la vista, Drake parecía más relajado e incluso parecía estar disfrutando de las cavilaciones de Randal. Aquel necio testarudo ya no mostraba ningún signo de celos. Randal tenía que dejar de entretenerlos a ambos y empezar a cortejar a su hermana. Minerva necesitaba ser la destinataria de aquellas sonrisas diabólicas y perversas que hacían que su mente se quedara en blanco.

La cálida voz de Greg se inmiscuyó en sus pensamientos.

—Mientras juegan, ¿aprovechamos para trabajar en esos acertijos que te empeñas en resolver?

¿Cómo iba a concentrarse en las adivinanzas cuando Randal estaba sentado frente a Minerva, jugando potencialmente por su mano? Pero Greg tenía razón; debía aprovechar al máximo su estancia en la biblioteca antes de que Randal cambiara de opinión.

—Tengo las notas en la habitación.

—¿Quieres que vaya a buscarlas?

—Si no te importa. Creo que las deje en la mesa junto a la ventana.

—Le diré a Kent venga a hacerte compañía. —Greg se levantó.

—¿Es necesario?

Su hermano le puso una mano en el hombro.

—No sé qué os ha ocurrido a Minerva y a ti para que nuestro hermano os caiga tan mal, pero solo quiere lo mejor para vosotras dos.

—Puff... —Se encogió de hombros, soltó la mano de Greg y cruzó los brazos. Miró a su hermano—. Lo único que le importa a Kent es demostrarle a nuestro padre que es digno del título.

—Hermanita, estás siendo un poco dura. —Greg se alejó.

La verdad también era dura a menudo.

Suspiró. Se quedó inmóvil al ver a Randal sonriendo satisfecho y a Drake frunciendo el ceño ante la jugada que se dibujaba en el tablero de ajedrez. Diana estiró el cuello con la esperanza de

ver mejor.

—¿Será posible que Minerva esté jugando finalmente contra un oponente digno?

—Mmm... —Miró a Kent con intensidad—. Los dos sabemos que la única manera de que Minerva pierda es que ella lo desee.

Kent se inclinó y le pasó un brazo por debajo de las rodillas, rodeándole la espalda con el otro.

—Vamos a movernos para poder ver mejor, ¿de acuerdo?

Su hermano la levantó y Randal los miró con el ceño fruncido. Ella sonrió, pero él no movió las comisuras de los labios como la tenía acostumbrada. ¿Estaría enfadado con ella? Cuando se acercaron, Randal se levantó e hizo una señal al lacayo más cercano para que le ayudara a mover un sillón bastante grande que había junto al tablero de ajedrez.

—Dios mío, Drake, deja de mirar las malditas piezas y trae un reposapiés para Diana —soltó Kent.

Drake parecía aturdido, pero se movió para ayudarlos a colocar los muebles de modo que ella pudiera ver mejor. Randal había puesto la silla enfrente a él. ¿Cómo iba a continuar observándolo a escondidas si lo tenía delante? Le gustaba ver cómo intentaba controlar las facciones aunque no lograba ocultar sus pensamientos.

—¿A quién le toca? —preguntó Diana cuando ya estuvo acomodada.

—A Minerva —repuso Drake.

Kent se acercó más a Minerva situándose en el medio.

—Interesante. Interesante de verdad.

Diana estudió el tablero. Ni siquiera se había planteado la posibilidad de que quedaran en tablas, que ninguno de los dos fuera declarado vencedor. ¿Sería eso lo que la pareja había estado acordando antes? ¿Qué ocurriría si la partida terminaba con un empate? Minerva había puesto todos sus peones donde podían quedar bloqueados. Diana no era experta jugando al ajedrez, pero se había enfrentado las veces suficientes a su brillante hermana como para saber que Minerva no estaba empleando la estrategia que usaría normalmente para vencer en el menor número de movimientos posible.

Miró a Randal, que la observaba a ella; no al tablero ni a su oponente. Sintió una cálida oleada cuando percibió el brillo en los ojos de Randal y la sonrisa que le curvaba los labios. Era bastante apuesto cuando sonreía.

Drake apoyó la cadera en el lateral de la silla de Randal.

—¿A qué esperas, Minerva? Solo puedes hacer un movimiento racional.

Minerva levantó la barbilla y se enfrentó a las facciones contrariadas de Drake.

—Dime, ¿qué interés tienes en esta partida para que te importe el resultado? ¿Acaso has hecho otra estúpida apuesta?

—¿Qué sabes tú de apuestas y esas cosas? —intervino Kent.

Minerva no apartaba los ojos de Drake, que se frotaba las muñecas. Un gesto que había desarrollado de niño para indicar que estaba nervioso u ocultaba algo. A pesar de ser como de la familia, Drake no hablaba nunca de asuntos financieros delante de sus hermanas y de ella. Nunca haría algo tan descortés. Diana cambió la mirada hacia Minerva, que alzaba la barbilla en un gesto obstinado.

Su hermana se volvió finalmente hacia Kent.

—Nada, hermano, meras especulaciones por mi parte. —Se inclinó hacia delante y posó la mano en el alfil antes de coger el caballo. Diana percibió la rápida mirada de su hermana a Drake antes de coger la pieza que había puesto en peligro a propósito. En esencia, Minerva estaba

sacrificando su caballo, lo que la dejaba en la precaria posición de recibir una posible derrota. Minerva le había confesado a Diana que esperaba que Drake fuera su caballero de brillante armadura, quien la salvara de su desastrosa primera temporada. En vez de eso, Drake había elegido pasar la temporada visitando las salas de juego y, en última instancia, los tugurios de los bajos fondos; al menos lo hizo hasta que su hermano Kent lo rescató de las deudas. A Diana no se le escapó la metáfora de que Minerva estaba renunciando a su caballero y, por lo que parecía, a Drake tampoco.

Randal se movió y rompió el silencio.

—*Lady* Minerva, creo que hemos fallado en los términos si nos encontramos en un punto muerto.

—Tiene toda la razón, lord Chestwick, ¿qué propone?

—En caso de empate, se acaba la partida. No hay ganador. No hay perdedor. Punto —repuso Drake.

Kent se rio.

—¿Qué te pasa, Drake? ¿Por qué afirmas lo obvio? —Miró a Randal—. Siempre cabe la posibilidad de empatar. Sin embargo, nada de eso importa hasta que se haga el movimiento final, y eso no ocurrirá a menos que la partida se juegue de verdad. ¿Puedo sugerir que, en caso de empate, se programe la revancha en Malbury Hall?

Diana se tragó la risita que amenazaba con escapársele. Drake abrió mucho los ojos, asombrado, y luego frunció el ceño.

—¿Declaraste o no que un caballero solo podía intentar jugar por tu mano una vez? Es la única razón por la que Mansville no ha intentado retarte de nuevo.

La temperatura de la sala pareció subir, pero no por la ira que desprendían Drake y Minerva. Se debía a Randal y a sus constantes miradas hacia ella. Aunque había fingido mirar a los demás mientras hablaban, era muy consciente de la postura relajada de Randal. Alargó la mano hacia su abanico, su accesorio favorito para esconderse, pero no lo llevaba en la muñeca.

—¿De verdad crees que si lord Mansville tuviera una segunda oportunidad, me superaría en una partida de ajedrez? —preguntó Minerva.

Drake permaneció mudo, con los labios apretados.

Minerva se levantó y le dio a su hermano en el pecho.

—Es tu amigo. Por favor, escóltalo lejos de mí, para que lord Chestwick y yo podamos continuar sin las molestias que provoca.

Obedientemente, Kent se levantó.

—Diana, por favor, ocúpate de que me informen inmediatamente del resultado en cuanto termine la partida.

—Pueden pasar horas o puede que no concluya hasta la madrugada. ¿No podemos limitarnos a comentarlo mañana cuando regresemos a casa?

Randal se puso rígidamente en pie, su actitud relajada había desaparecido.

—Señoras, les ruego que me disculpen. Volveré después de acompañar a Kent y a Drake.

Si se iban, ¿cómo iba Randal a poner celoso a Drake? Su plan parecía estar fracasando de una forma estrepitosa, y todo porque Minerva había dispuesto que terminaran en tablas.

## CAPÍTULO 14

---

Randall sintió una sacudida de pánico en el pecho ante la idea de que Diana se marchara, lo que hizo que su corazón diera un salto como nunca había creído posible. Sacudió la cabeza mientras conducía a sus invitados a través de la casa hasta el vestíbulo. Minerva había conseguido idear la forma que le libraría de casarse. Debería estar regocijándose por tan inteligente jugada, pero no era así. De hecho, se sentía ligeramente decepcionado, lo que no era en absoluto lógico ni razonable.

—No se debe subestimar a un Malbury, y menos a Minerva. —Kent se puso el abrigo y los guantes y le dio a Drake una palmada en el hombro—. Vamos, hagámosle una visita rápida a Cunningham. He oído que ha vuelto a llenar su bodega.

Randal esperó a que la pareja se desvaneciera en la distancia antes de girar sobre sus talones para regresar a la biblioteca. Los años en el campo de batalla deberían haberle preparado para la invasión de los Malbury. Sin embargo, su capacidad para presagiar el siguiente movimiento de su oponente, una habilidad que le había mantenido con vida tantos años, se estaba viendo destrozada por las dichas hermanas Malbury. Odiaba sentirse tan perdido. Por eso se había alistado en el ejército; le gustaban la rutina, las reglas de gobierno y someterse a una jerarquía definida que se siguiera sin rechistar. Sin embargo, su corazón se había llenado de alegría esta mañana al llegar a la sala de desayunos y encontrarla llena de la charla y las risas de las Malbury.

Las risas asaltaron sus oídos cuando volvió a entrar en la biblioteca. Diana estaba sentada entre Gregory y Minerva mientras los tres revisaban papeles. Había un montón de libros sobre la mesa donde había estado el tablero de ajedrez. Recorrió la habitación en busca de las piezas descartadas. La partida que iba a determinar el futuro de Minerva, se había relegado a un lado de la mesa como si no importara.

Diana fue la primera en darse cuenta de su regreso. Le miró y sonrió. Los poetas literarios habían acertado: su sonrisa era como un rayo de sol.

—Randal, acérquese. La siguiente pista de su padre está resistiéndose.

Minerva le hizo sitio pero evitó sus ojos. A pesar del poco tiempo que llevaba conociéndola, sabía que era un comportamiento extraño.

—Será un placer proporcionarle ayuda; sin embargo, me gustaría hablar con *lady* Minerva un momento. En privado. —Le tendió la mano y esperó la respuesta de la mayor de los Malbury.

Minerva apoyó la mano suavemente en su brazo. A Randal no le importaba que se mostrara tímida con él. Puede que le llamaran bestia, pero nunca haría daño a una mujer. A continuación, la acompañó hasta el ventanal por el que entraba el sol de la tarde.

—Le debo una explicación. —Minerva miró por la ventana y respiró profundamente antes

de volver a centrar su atención en él—. Cuando me senté a jugar, me di cuenta de que tenía razón. No tengo derecho a dictar con quién debe casarse Diana, ni es justo por mi parte exigirle a usted semejante favor, alguien a quien solo conozco desde hace unos días. Sin embargo, en mi defensa, le diré que conozco demasiado bien los peligros que conlleva ocultar los sentimientos y no actuar. La química que se percibe cuando están los dos en la misma habitación es innegable. Solo deseo lo mejor para mi hermana, y lo siento en mis huesos: usted, milord, es perfecto para ella.

—No parece el tipo de mujer que actúe guiada por las emociones. Quizá sus sentimientos por lord Drake la hacen comportarse de formas que normalmente no haría.

—Tal vez. Aunque mi situación con Drake no tiene nada que ver con el hecho de que Diana esté más a gusto aquí con usted en Chestwick Hall que en Malbury Manor.

—O quizá se deba simplemente a que está enamorada de mi biblioteca.  
Minerva se echó a reír.

—Los libros son la pasión de Diana desde que aprendió a leer, pero son sus labios los que atraen su mirada con más frecuencia de lo que le gustaría admitir. Y viceversa. Si Kent se hubiera quedado más tiempo, también se habría fijado en las miradas indiscretas que intercambia con mi hermana, y nuestra estancia se habría acortado.

—Vaya, qué observadora es...

—Lo soy, y Kent más. —Minerva suspiró—. Pero también debo confesar que mi conciencia no me ha permitido continuar con la treta. Si Drake prefiere permanecer leal a Kent dejándose llevar por algún código de caballeros que no entiendo, que así sea. Mi esperanza es que se corra la voz de que hemos quedado en tablas y eso estimule a algún alma valiente, un caballero que no sea un cazador de fortunas, a reunir el valor suficiente para sentarse frente a mí en el tablero de ajedrez la próxima temporada, así no seguiré siendo una carga para mi familia.

«Carga». Oír a Minerva referirse a sí misma de tal forma resultaba desgarrador. Las mujeres eran diosas a las que había que valorar y adorar. Randal parpadeó y aplastó ese ideal romántico que una vez se permitió creer.

—Entonces, ¿es su deseo que declaremos que la partida ha acabado en tablas?

—Sí. Y espero que no se ofenda si no nos enfrentamos a la revancha en Malbury Manor, como sugirió Kent. —Minerva se quedó mirando las ventanas como había hecho antes. ¿Se estaba imaginando la imagen de Drake en los cristales?

—Si cree que es lo mejor, tendrá todo mi apoyo.

Mientras la miraba, notó las arrugas que habían aparecido en su frente.

—Le agradezco su comprensión. —Minerva buscó sus ojos y, luego, bruscamente le dio la espalda—. ¿Le importaría si me escapo a sus maravillosos jardines? Creo que me gustaría pasar un rato a solas.

Randal echó un vistazo a Diana y a Greg, que estaban estudiando los libros y apuntes que tenían delante.

—Por supuesto, pero seguro que su hermano la irá a buscar dentro de un rato.

—Muchas gracias. —Sin mirar atrás, Minerva se escabulló por las puertas de la terraza.

Randal esperó hasta que ella hubo entrado en el laberinto de setos antes de darse la vuelta para regresar junto a Diana y Greg.

Diana levantó la vista.

—¿Dónde está Minerva? —preguntó.

Él miró los papeles esparcidos.

—Ha salido a pasear por los jardines —respondió distraído.

—No debería estar sola. —Unas finas líneas de preocupación aparecieron en el bello rostro de Diana, unas muy similares a las que había percibido en la frente de Minerva unos momentos atrás. Diana apretó el brazo de su hermano—. Gregory, debes ir a buscarla.

Greg se levantó mientras miraba a Diana solo como un hermano podría hacer. Su mirada pasó de uno a otro antes de negar con la cabeza.

—Kent se enfadará si se entera de que te he dejado sola sin carabina.

—Entonces, deberías darte prisa. —Diana sonrió y volvió a centrar la atención en los papeles que tenía delante.

—Malditas hermanas —murmuró Greg. Impulsado por Diana, salió por las puertas de la terraza.

Randal, que nunca había tenido una, suponía que las hermanas requerían una paciencia extrema. Si se le ocurriera casarse con Diana, tendría dos hermanas y una esposa. La idea debería haberle provocado escalofríos, pero en lugar de eso, una calidez inundó su corazón. Cada segundo que pasaba en su presencia, le resultaba más evidente que Diana Malbury sería una excelente condesa de Chestwick.

—SIÉNTESE AHÍ —le invitó Diana, señalando el asiento que había dejado libre su hermano. Ni siquiera pudo esperar a que Randal se sentara para soltar la pregunta que la había atormentado desde que él había pedido hablar con Minerva en privado—. ¿Qué ha compartido Minerva con usted? El plan de poner celoso a Drake ha tenido cierto éxito. ¿Por qué ha considerado la idea de terminar la partida en tablas?

—Responderé a sus dos preguntas cuando usted haya respondido a una de las mías. —Randal arqueó una ceja—. ¿Usted se considera una carga para su familia?

—¿Acaso no lo son todas las hijas? —repuso Diana, cayendo en la vieja costumbre de responder a una pregunta con otra. Quizá porque ya consideraba a Randal como de la familia y no un caballero distante con el que no deseaba discutir ni conversar.

—Como no tengo hermanas, no estoy cualificado para hacer comentarios al respecto.

Sabia respuesta. Diana agarró el lápiz de grafito que llevaba en el pelo y tiró de él. Los largos mechones cayeron sobre sus hombros cuando golpeó el escritorio con la punta del lápiz al tiempo que formulaba una respuesta a la pregunta de Randal.

—El valor de una mujer suele venir dictado por el tamaño de su dote, y por eso existe la creencia común de que las hijas no son más que una carga. —Randal abrió los ojos de par en par al ver su cabello suelto, y ella se apresuró a recoger sus mechones en otro moño improvisado donde clavó el instrumento de escritura para mantenerlo en su sitio.

—Aunque comunes, no todos los hombres comparten ideas tan insensatas. —Randal ojeó los documentos que tenían delante y luego cogió el volumen que tenía a su derecha. Asintió mientras leía el lomo—. ¿Cuál de las pistas de mi padre intenta resolver?

Él no había respondido a sus preguntas como había prometido. Diana se sintió dividida entre exigir que le dijera lo que Minerva había compartido con él y continuar su investigación. Finalmente, alcanzó el pergamino desgastado.

—Número Tres: «Robado con una mirada. Sin valor para uno, inestimable para dos».

—¿Le gustaría que compartiera la respuesta o prefiere que me limite a proporcionarle ayuda?

—Minerva cree que la respuesta es el amor. Sin embargo, parece demasiado obvia.

—Estoy de acuerdo con Minerva en que el amor es la solución. Conociendo a mi padre, incluso después de que haya resuelto las ocho pistas, las respuestas pueden no ser exactamente como esperaba. Me atrevería a decir que él también habría previsto la necesidad que tiene de

apresurarse.

Su tono suave estaba lleno de buenos recuerdos cuando hablaba de su padre. Si ella tenía razón y Randal sentía un profundo cariño por su padre, ¿por qué había estado alejado tanto tiempo? Aquel hombre era un enigma.

—Muy bien. Tomaré nota para revisar esta pista después de que hayamos resuelto las otras.

—¿Hayamos?

—Como Minerva ha huido, solo me queda usted. —Levantó el gastado pergamino que tenía delante. Podría haber recitado la pista de memoria, pero utilizó el papel como escudo, esperando que el calor de sus mejillas disminuyera—. La pista número cuatro dice: «Giros. Giros. Tonos. Tres. Dos. Uno». —Bajó el papel y encontró a Randal sonriendo. Sabía la respuesta. Era como si su padre las hubiera redactado intencionadamente para él y no para ella—. Tanto Minerva como Greg creen que tenemos que buscar tomos de música o manuales de instrucciones de baile en la biblioteca. —La sonrisa masculina se hizo más grande—. ¿Está de acuerdo?

—No. —Se inclinó y la cogió en brazos.

Ella le pasó el brazo por detrás del cuello y se acurrucó contra su pecho. Le gustaba encajar perfectamente contra él.

—¿Adónde me lleva?

—La pista decía tres vueltas. —Sus pasos eran largos y decididos—. Hay tres vueltas desde la biblioteca hasta el salón de baile.

—¿Su padre le dejó algún acertijo?

—Ninguno parecido a los suyos. —Randal se rio entre dientes—. Sin embargo, hay un montón de correspondencia que aún no he logrado revisar. Mi padre no era el mejor administrador de fincas del mundo, y a nuestro viejo mayordomo deberíamos haberlo dejado jubilarse hace años. He encargado a Cartwright que se coordine con el nuevo mayordomo para clasificar y ordenar todos los papeles.

—Supongo que está deseando librarse de nosotros y dejar de cargar conmigo de un sitio para otro para poder atender asuntos más importantes.

—Cartwright me advirtió que aún pasarían un par días antes de que todo estuviera en orden. Y disfruto llevándola de un lado a otro. Es bastante más ligera que los soldados que estoy acostumbrado a cargar. —La sonrisa se desvaneció.

—No debe haber sido fácil dejar atrás a sus hombres, sabiendo que siguen luchando mientras nosotros estamos a salvo.

—Aquí también nos acechan los peligros, solo que no son hombres con bayonetas.

Entraron en el salón de baile, donde las sábanas extendidas cubrían las sillas y mesas apiladas. Diana nunca se había aventurado en esta parte de la casa. Cerró los ojos y dejó volar su imaginación. Velas brillantes. El calor del abrazo de Randal. Se imaginó bailando con él, balanceándose al ritmo de la música.

Randal se dirigió al centro de la sala y miró hacia arriba. Una lámpara de araña. Dos barras de hierro giraban sobre sí mismas, pero en direcciones opuestas. Randal la miró.

—Mi padre no tuvo en cuenta que podría estar lesionada.

A Diana le dio un vuelco el corazón.

—¿Cree que quería que bailáramos?

—Tal vez. —Él echó un vistazo a la habitación. La sostuvo con fuerza y se acercó a lo que parecía un piano—. ¿Sabe tocar?

—Soy una dama bien educada, ¿o qué se ha creído usted? —Diana intentó una mirada ofendida.

—Perdón, no quise ofenderla.

—Claro que sé tocar. —A Diana se le escapó una risita—. Solo que no toco bien. Isadora es la que tiene talento para la música en nuestra familia.

—¿Y *lady* Isadora es una virtuosa?

Diana se rio a carcajadas.

—Ni de lejos. —Se inclinó hacia delante para quitar el paño polvoriento que cubría el instrumento y estornudó. Si él no hubiera estado sujetándola, se habría caído al suelo. Finalmente, se encontró sentada en su regazo mientras él tomaba asiento frente al instrumento. La movió hacia delante y levantó la tapa para descubrir las teclas de marfil.

—¿Usted sabe tocar?

—Soy un caballero, ¿no? —Se burló.

Descubrir ese lado más refinado de Randal era a la vez agradable y perturbador.

Lo vio entrelazar sus largos dedos y estirarlos. Los mismos dedos que habían rodeado su cintura estaban ahora posados sobre las teclas.

—No tenemos partitura.

Él empezó a tocar con los ojos cerrados, ocultándole los iris de dos colores.

—¿Reconoce la melodía?

Ella bajó los párpados y trató de concentrarse en la melodía, no en la sensación que provocaba su brazo junto al suyo.

—No.

—Escuche con atención.

Lo hizo, y la vibración de las notas fluyó a través de su cuerpo. Luego abrió los ojos para mirar a Randal. En los retratos de familia le había parecido que era un hombre de aspecto clásico, pero en la vida real poseía unas facciones marcadas, lo que le confería una gran personalidad; ella quiso conocer todas sus aventuras y experiencias. La melodía le resultaba familiar, pero no recordaba su nombre.

Abrió los ojos.

—¿No la reconoce?

—Creo haberla oído cuando era más joven.

—Puede que sí.

—¿Es la pieza que supuestamente se dedicó a Orfeo y Eurídice?

—Sí. Fue escrita para transmitir el deseo de Orfeo de volver a ver a Eurídice, para resucitarla del inframundo.

—Puedo sentir el anhelo..., la necesidad..., la profunda atracción..., cuando toca la canción. —Lo miró extrañada—. ¿Es usted el compositor?

Randal se rio.

—Soy viejo, pero no tanto. Creo que ninguno de los dos había nacido cuando se estrenó. —Con los ojos cerrados, deslizó los dedos por las teclas blancas. El brazo de Randal la rozó, y fue como si la música fluyera a través de él directa a su corazón.

—¿Qué significa la canción para usted?

—Después de que muriera mi madre, mi padre la tocaba por la noche cuando creía que mi hermano y yo estábamos profundamente dormidos. —Dejó de tocar bruscamente—. Mi madre era su mundo y, cuando se fue, se llevó con ella lo mejor de él. —Diana notó que se ponía rígido, y un escalofrío le recorrió la espalda. Ella no creía en fantasmas, pero había un claro cambio en el aire que los rodeaba. Randal se acercó y se inclinó para levantarla una vez más.

Buscando su calor, le rodeó el cuello con el brazo y se acomodó entre sus brazos.

—No estoy segura de que hayamos encontrado la respuesta a esta pista.

—Estoy de acuerdo. —La llevó hasta la esquina opuesta y se detuvo—. La solución debe estar aquí.

Ella miró por encima de su hombro y, cuando se inclinó hacia atrás, su mejilla rozó la de él. Sin pensarlo, le rodeó el cuello con ambos brazos y acercó la cabeza a la suya. Entonces, lo miró a los ojos y apretó los labios contra los suyos. Él la abrazó con más fuerza y cambió de postura.

—¿Los besos siempre dejan sin aliento? —preguntó Diana inclinando la cabeza a un lado.

—No.

—Quizá lo he hecho mal. ¿Lo intentamos de nuevo?

—No.

—¿No ha disfrutado nuestro primer beso?

—Disfruté enormemente tanto el primero como el segundo. —Randal irradiaba calidez mientras la abrazaba con fuerza y su mirada desprendía una emoción que ella no podía ignorar, aunque tampoco quería hacerlo.

Él estaba contando el beso que le había dado en el campo, que había sido bastante impactante y excitante, pero ese... ese beso era el que ella siempre consideraría el primero. Ella esperaba más.

Diana sonrió.

—Deberíamos volver a la biblioteca.

—Como desee.

## CAPÍTULO 15

---

Randal quería seguir abrazando a Diana el mayor tiempo posible. El interludio en el salón de baile lo había dejado casi jadeando una vez más, y no había sido más que un beso. Sin embargo, la sensación había sido mucho más íntima, más que cualquiera de sus anteriores encuentros sexuales con mujeres. Sus pies los llevaron de vuelta a la biblioteca, pero su mente divagaba, ante él flotaban imágenes de Diana tendida sobre su cama, en sus aposentos. Se pasó la lengua por los labios al pensarlo, pero era una joven inocente. Se enderezó y movió los brazos para evitar rozarle el pecho con el antebrazo.

—¿No le resulto demasiado pesada?

—En absoluto.

Diana le puso una mano en la mejilla.

—¿Está seguro? Tengo el tobillo mucho mejor. Creo que podría caminar.

Randal hizo una pausa y se detuvo a unos metros de la puerta de la biblioteca.

—Me gusta tenerla cerca.

—Me gusta estar en sus brazos. —Le pasó la mano por el lateral del cuello y luego la apoyó contra su pecho, donde su corazón seguía latiendo erráticamente—. ¿Se quedará para ayudarme con las pistas restantes aunque Minerva y Greg hayan regresado de su paseo al aire libre?

—¿Quiere que me quede y la ayude?

—Sí.

Diana era peligrosa, pues alimentaba su anhelo de ser necesitado. Si pasaba más tiempo con ella, ¿la dejaría marchar? ¿Querría ella quedarse? Necesitaba respuestas.

—Si completásemos las cuatro pistas restantes esta tarde, se quedaría sin motivos para volver, ¿verdad? —señaló.

Diana se dio unos golpecitos con el índice en la mejilla sonrojada.

—Mmm... Se me ocurre una razón.

—¿Quiere compartirla conmigo?

—Usted. —Diana se movió, le dio un beso casto en la mandíbula y volvió a acomodarse entre sus brazos como si no hubiera nada más que decir.

Un vendaval de risas llegó por el pasillo, lo que incitó a Randal a moverse de nuevo.

—Deberíamos reunirnos con sus hermanos.

—Espere. —Se llevó la palma a la mejilla—. ¿Las sigo teniendo rojas?

Miró hacia abajo. Sus mejillas lucían un bonito color rosado, pero ya no era rojo.

—No. ¿Y yo?

Ella inclinó la cabeza a un lado. No agitó las pestañas, solo lo miró con intensidad. Soltó una

risita.

—Un poco.

«¿Cómo?». Sin duda, su piel bronceada ocultaría el rubor.

Ella volvió a rodearle la nuca con el brazo y le pasó un dedo por el cuello.

Randal se rio entre dientes.

—Qué provocadora..., todo es culpa suya.

—Me siento orgullosa de ser la causa.

Él negó con la cabeza y siguió avanzando hacia la biblioteca, confuso por la capacidad innata de Diana para hacerle sonreír y evocar en su interior una sensación de felicidad que hacía tiempo que había olvidado, aunque se alegraba de saber que aún era capaz de experimentarla.

Preocupado por el rumbo de sus pensamientos, esperó a que Diana abriera la puerta. Dio tres pasos para entrar en la habitación y se quedó inmóvil. No estaba preparado para ver a Minerva y Greg enzarzados en una batalla de cojines. Aunque él y su hermano solo se llevaban dos años de diferencia, nunca habían jugado juntos de niños, y de adultos rara vez habían compartido los mismos intereses, con la excepción de que ambos se habían alistado en el ejército de Su Majestad para luchar contra los franchutes. Lo único que los había unido, y que había llevado a su hermano a la muerte.

Diana apoyó la frente en su hombro.

—Pido disculpas por su comportamiento infantil.

—Es bastante refrescante ver a Minerva con la guardia baja.

—Es perfecta.

—Tal vez para Drake, pero no para mí.

—¿Qué le hace estar seguro?

—Son polos opuestos. Drake se retrata a sí mismo como relajado y despreocupado, aunque sospecho que realmente es un hombre serio, y Minerva parece controlada y sombría, salvo para aquellos que la conocen bien, los que saben que es juguetona y divertida.

Diana frunció el ceño:

—No creo que nuestra treta para poner celoso a Drake haya funcionado.

—Su hermana ha compartido conmigo sus razones para abandonar el plan, y tiene razón. Si Drake no puede reclamarla por sí mismo, no la merece.

—No me puedo creer que pueda ser tan tonto para no darse cuenta de lo que tiene delante.

—No todos los hombres son tan listos como yo.

—¿Ah, sí? —Sonrió—. Tendrá que demostrarme lo listo que es..., ayudándome con las condenadas pistas de su padre.

Él se acercó sigilosamente al escritorio, intentando pasar desapercibido, pero fracasó.

—Oh, habéis vuelto —gritó Minerva. Corrió al lado de Diana y se inclinó hacia ella—. Siento que no se me ocurriera que podrías necesitar visitar el retrete —susurró.

Diana gimió.

—Estábamos tratando resolver la siguiente pista.

—Ah... —Minerva se retorció para devolver el cojín al sofá—. ¿Qué habéis encontrado?

—La pista nos llevó al salón de baile.

—¡Al salón de baile! —Minerva recogió el pergamino con las pistas que permanecía sobre el escritorio—. Por Dios, nunca lo habríamos descifrado sin la ayuda de Chestwick.

La mente de Randal daba vueltas a los numerosos descubrimientos que había hecho en el salón de baile, pero ninguno tenía que ver con el acertijo de su padre.

Diana extrajo el grafito de madera de su pelo

—Salón de baile. Baile. Partitura. Pianoforte. Melodía —dijo mientras escribía. Acompañó las palabras con una serie de signos de interrogación.

—Añade canciones a la lista —sugirió Minerva.

Diana miró a su hermana, negó con la cabeza e hizo lo que le había ordenado: añadir la palabra «canciones». Ver a los hermanos Malbury trabajando en armonía era instructivo e invocaba una extraña necesidad en Randal, pero ¿quería formar parte de aquel grupo de revoltosos? Soportaría que sus días no estuvieran llenos de planes. No tener objetivos definidos. Esa era la vida de un caballero ocioso, y su mente le pedía a gritos que se ocupara de sus asuntos y regresara con sus hombres, aunque su corazón se estremecía ante la idea de dejar a Diana.

—Pista número cinco: «Tengo ochenta y cinco llaves. Ninguna abre puerta alguna —leyó en voz alta Minerva con los ojos entrecerrados—, pero son fundamentales para mí».

Greg extendió sus largos brazos y colocó las manos detrás de la cabeza.

—Me asombra que pases los veranos enredándote en acertijos así.

Diana se puso rígida ante la afirmación de su hermano.

—¿Ah, sí? Supongo que crees tener la respuesta.

—No. —Greg sonrió—. Tal vez mi mente funciona mejor tratando con hechos y no con referencias oscuras.

Diana levantó la vista y movió los labios, contando en silencio. Randal estaba tan preocupado fantaseando con aquellos labios que tardó en reaccionar cuando un cojín pasó volando a su lado hasta golpear a Gregory en la cabeza.

—Mi querido hermano —dijo Minerva—, si no vas a ser de ayuda, te sugiero que te vayas a otra parte.

—Y perderme toda la diversión... No, gracias. —Greg abrazó el cojín contra su pecho y cerró los ojos.

Minerva volvió a prestar atención al papel.

—Ochenta y cinco.

—¿Sabes la respuesta? —dijo Diana, mirándola.

Randal quiso decir que sí, pero con la mente en los cojines, estaba recreándose en la idea de llevarla a sus aposentos, no en las adivinanzas de su padre. Se aclaró la garganta.

—Lady Minerva, ¿podría repetir la pista una vez más? —pidió.

Minerva le entregó el papel y comenzó a andar, estaba concentrada en resolver el acertijo, que era en lo que él también debería centrarse.

—Creo que esta pista debía resolverse junto con la anterior —sugirió después de leerla dos veces.

—¿Cómo? —La pregunta era de Diana.

La dulce cadencia de su voz captó toda su atención.

—La pista número cuatro nos llevó al salón de baile. Pero, una vez en el salón de baile, ¿a dónde nos llevó?

Los ojos de Diana se abrieron de par en par.

—¡Qué inteligente por su parte, milord, al piano!

El cumplido llenó su corazón. Sin embargo, las alarmas resonaron con fuerza en su cabeza. Necesitaba tiempo antes de actuar precipitadamente. A pesar de eso, su trasero permaneció posado en la silla junto a la mujer de la que se estaba enamorando perdidamente.

## CAPÍTULO 16

---

Diana se quedó en silencio ante la gélida mirada que nubló los ojos de Randal, y se dedicó a reorganizar los papeles. A lo largo de la temporada, la habían decepcionado un caballero tras otro. La mayoría había tachado de simple ridiculez su afición a las sopas de letras; otros le habían dado la espalda directamente antes de dejarla en paz para no volver a acercarse a ella. A pesar de sus objeciones iniciales, Randal la había ayudado en cada pista. Estaba claro que era un hombre listo, pero la inteligencia por sí sola no le habría permitido resolver los acertijos, pues cualquier amante de la prosa sabía que no había que tomarse las palabras al pie de la letra.

Se le detuvo el corazón al clavar la mirada en las facciones relajadas de Randal. Randal Wilson, conde de Chestwick, el brillante estratega de guerra, la Bestia de Chestwick, era el hombre que ella había estado esperando.

Las patas de la silla de Randal rozaron el suelo, interrumpiendo sus pensamientos. Con un gesto seco de la cabeza, Randal se alejó de ella para cruzar la sala y sentarse en la silla situada enfrente a la de Greg. Diana se inclinó ligeramente hacia delante, la atracción intangible que la hacía desear estar cerca de aquel hombre era cada vez más intensa. Su hermano, que rara vez encontraba mucho que decir a los extraños, conversaba de forma relajada con Randal como si fuera uno más de la familia. Sus hermanos aceptaban abiertamente a Randal, a diferencia de los pocos y valientes caballeros que se habían aventurado a acercarse con flores a la casa de los Malbury en Londres durante la última temporada.

Al no haber nadie más cerca de ella, Diana aprovechó el momento para admirar el perfil de Randal. No era de extrañar que hubiera sido un exitoso capitán en el ejército. Su fuerza provenía tanto de su rapidez mental como de su musculatura. Se frotó las palmas de las manos, recordando el momento en el que entraron en contacto con su ancho y duro pecho. Randal era diferente a todos los eruditos que había conocido.

Minerva se movió y se puso delante, impidiéndole verlo.

—Deja de mirarlo como si fuera una golosina que quisieras devorar.

—No estaba haciendo tal cosa.

—Ay, sí, estabas. —Minerva puso las manos en las caderas—. Me has dicho que querías encontrar la preciada pieza literaria del viejo lord Chestwick antes de que partiéramos por la mañana..., ¿ya no es así?

Randal tenía razón. Si resolvían el misterio esa tarde, ¿qué razón plausible tendría para volver? Ninguna que Minerva pudiera creerse. La única excusa que le quedaría sería querer pasar tiempo con Randal. Ergo, no quería resolver el enigma.

—Diana... —Minerva clavó la mirada en ella—. Todavía nos quedan dos o tres pistas más

que resolver. Si nos concentramos, estoy segura de que tendremos éxito en resolverlas hoy mismo. El objetivo sigue siendo conseguir el tesoro y dejar en paz a Chestwick, ¿no es cierto? No hace falta que respondas, está claro que ya no es nuestra meta principal —dijo Minerva con un leve movimiento de cabeza. Miró a su alrededor—. Tal vez, debería sugerir que Chestwick y yo terminemos el juego que empezamos —sugirió—. Si me tomo un momento o dos para reflexionar sobre mis movimientos, podría alargar la partida hasta la hora de la cena, y entonces podríamos declarar oficialmente que hemos acabado en tablas.

Diana deseaba concentrar la atención de Randal en sí misma, no en verlo sentado frente a Minerva.

—Prometo no prolongar el juego más de lo necesario —añadió Minerva como si pudiera leerle la mente—, y, dejando el enigma sin resolver, tendrás una razón para volver más adelante, con carabina, por supuesto.

Diana sonrió. Deseaba poder haber hecho realidad de algún modo los deseos de Minerva como su hermana había hecho los de ella.

—¿Me ayudas a ponerme de pie? Me gustaría ver la partida.

—¿Estás segura de que tu tobillo está lo suficientemente curado como para soportar tu peso?

—Sí, antes he ido al retrete sin ayuda. Sin embargo, ahora me duele un poco.

—¡Diana Malbury! Creía que todavía estabas dolorida, ya que has dejado que Chestwick te llevara en brazos como a un bebé, cuando en realidad solo has estado disfrutando de su bestial atención.

—No es una bestia.

—Tampoco es lo que se dice encantador. Rara vez sonríe. Sus labios solo se curvan un poco si es en tu dirección. Apenas habla, salvo para ladrar órdenes...

Minerva se acercó, y Diana apoyó una mano en el brazo de su hermana.

—Eso es porque los demás casi nunca se detienen a respirar.

—Cierto. —Minerva sonrió—. ¿Apostamos cuántos pasos das antes de que Chestwick te coja en brazos? —susurró—. ¿Digamos medio mes de paga?

Diana había perdido todas las apuestas que había hecho durante la temporada con Minerva. Los motivos por los que su hermana deseaba amasar una gran suma le eran desconocidos. Minerva no era de las que huían de la familia. Los amaba y los cuidaba demasiado como para causar tal angustia y preocupación.

—Muy bien, cinco.

—Ja. Apuesto a que no más de tres.

Minerva se movió, lo que le permitió dar un paso adelante, apoyando el peso en su pierna buena.

Para deleite de Diana, estaba en brazos de Chestwick antes de que el talón del pie herido tocara el suelo.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué cree que está haciendo?

Ella le pasó el brazo por detrás del cuello.

—Me acercaba al tablero de ajedrez.

—¿Para qué?

—Kent estará esperando una conclusión, y Minerva cree que no tardará mucho en completar el juego. —Le acarició la nuca. Se deleitó con la sensación de los fuertes músculos que se flexionaban bajo sus dedos.

—Lo daba por hecho y, por tanto, no hay necesidad de seguir jugando.

—Los Malbury nunca dejan nada a medias.

Randal soltó una risita.

—Tomo nota. —Se inclinó para acomodarla en la silla junto al tablero de ajedrez.

La tentación de rozar sus labios con los de él cuando se alejó lentamente fue muy grande, pero bajo la mirada de Minerva y Greg, no se atrevió a declarar sus sentimientos por el momento. Confiaba en que Minerva no diría ni una palabra, pero el honor de Greg le llevaría a exigir a Randal que pidiera su mano. Mientras su corazón gritaba que sí, su mente esperaba con cautela a encontrar antes el tesoro.

Poco a poco retiró el brazo y le miró.

—A Minerva le gustan los retos.

Randal le guiñó un ojo.

—A mí también.

Se dispuso a tomar asiento frente a Minerva, que esperaba pacientemente con las manos en el regazo mientras miraba las piezas como si intentara moverlas con la mente.

—Creo que es su turno, *lady* Minerva —dijo Randal.

—Así es, lord Chestwick. Solo deseo refrescar en mi mente los posibles movimientos y sus consecuencias.

—Por favor, tómese tu tiempo. —Él sentó y miró a Diana.

Los ojos masculinos no se apartaban de sus labios, y él se movió ligeramente en la silla, desconcentrando de nuevo a su hermana.

—Lord Chestwick, ¿le pasa algo?

Él se ruborizó, lo que hizo resaltar la cicatriz que pareció aun más blanca contra sus mejillas sonrojadas.

—No. ¿Me toca?

Minerva lo estudió con los ojos entrecerrados y luego la miró a ella.

—Deja de distraer al conde. No querrás que pierda, ¿verdad?

—¿Existe tal posibilidad?

—Claro que sí. Jugar a empatar es complicado.

Diana inclinó la cabeza a un lado.

—Perdón. No dificultaré las cosas más de lo necesario.

—No debería haberte reñido. —Minerva le puso una mano en el brazo—. Y usted, lord Chestwick, debe prestar atención al juego —añadió.

—Mis disculpas. —Randal pronunció las palabras, pero no parecía arrepentido.

Diana movió un poco la cabeza cuando los dedos del conde se cernieron sobre la torre y sonrió cuando levantó el caballo.

Minerva se volvió hacia ella.

—No necesita tu ayuda.

—¿Exactamente cuántas maneras hay de empatar una partida de ajedrez?

Minerva se concentró en las piezas.

—Sé de tres —repuso de forma distraída.

Diana suspiró aliviada y se sentó a esperar a que terminara el juego. Si Minerva tenía tres formas de llegar a un punto muerto, ella no tenía mucho de qué preocuparse.

## CAPÍTULO 17

---

Randal estudió el tablero, pero controló los movimientos de Diana con la visión periférica. Minerva afirmaba que había tres formas posibles de empatar la partida. Tres. Él solo conocía dos. La primera era cuando cada jugador se limitaba a repetir las mismas maniobras una y otra vez sin poner en jaque al otro, algo que, por desgracia, se había topado a menudo en el campo de batalla durante más de una escaramuza. En la segunda no quedaban movimientos legales disponibles, una situación que también había encontrado en la guerra.

Randal se reclinó en la silla y miró a su oponente.

—En aras del tiempo, quizá pueda aclararme las tres situaciones en las que puede declararse un empate.

—La primera es que no quede ningún movimiento legal. La segunda se produce cuando no hay piezas suficientes. La tercera es por mutuo acuerdo debido a la repetición de jugadas.

—Por favor, explíqueme la segunda —preguntó, a pesar de que los Malbury podían pensar que era un lerdo.

—Se llegará a un punto muerto si no tiene las piezas necesarias tanto para poner en jaque al rey como para, al mismo tiempo, asegurarse de que no tiene forma de protegerse.

—Ah, entonces no es tanto una cuestión de cuántas piezas, sino de qué piezas quedan.

Randal se tomó un momento para contemplar los labios de Diana, curvados en una sonrisa, y fingió que reflexionaba sobre las posibilidades. De mala gana, volvió a centrar la atención en su oponente, cuya mirada bailaba entre él y Diana.

—¿Entiendo que si conservo un rey y una torre, aún es posible que gane, pero si me quedo solo con un rey y un caballo o tal vez un alfil, el resultado final será un empate? —preguntó.

—Exactamente —respondieron tanto Diana como Minerva al unísono.

Bajó la vista al tablero y volvió a evaluar sus piezas y sus posiciones. Diana respiró de forma entrecortada. Nadie más parecía haberse dado cuenta de su reacción, salvo él, lo cual no era de extrañar, ya que estaba muy pendiente de todos sus movimientos. Aún podía ganar la partida.

Minerva hizo un movimiento, y Diana relajó los hombros. ¿Tan poca fe tenía aquella mujer en él? La mente de Randal se desvió del juego. ¿Qué estaba haciendo? Nunca anteponía los deseos de una persona al bien de todos los implicados. Cuidar y amar a otra persona era extremadamente peligroso, y, durante años, él había evitado de forma deliberada establecer vínculos con otra persona, una tarea que le había resultado más fácil al permanecer en el Continente inmerso en una guerra. ¿Por qué iba a cambiar de postura ahora? De nuevo, su mirada se dirigió a Diana.

Volviendo a centrarse en la partida que tenía ante sí, Randal se dio cuenta de que podía poner

fácilmente su torre en peligro, pero eso no sería jugar para ganar, y sospechaba que tanto Diana como Minerva nunca le respetarían si jugaba a propósito para empatar. Recurriendo a las experiencias aprendidas en el campo de batalla, Randal sabía que la mejor estrategia era tomarse tiempo para construir una defensa sólida antes de lanzar un ataque agresivo. Si ganaba, tendría que casarse con Minerva. Se le hizo un nudo en el estómago.

—Lord Chestwick, le toca —dijo Minerva.

Miró a Diana, que seguía evitando su mirada. No necesitaba su ayuda, pero por un momento era agradable creer que estaba asociado con otra persona, que no estaba solo en la batalla.

Separó las piernas y apoyó los antebrazos sobre las rodillas. Quedó más cerca y más abajo con respecto al tablero, lo que le proporcionaba un ángulo y una perspectiva diferentes. Sin embargo, por el rabillo del ojo, también tenía a la vista el escote de Diana, algo que le distraía.

«¡Qué irritante...!».

Consideró cuidadosamente sus posibles jugadas, tratando de imaginar cada escenario con dos movimientos de antelación. Miró a Minerva con el ceño fruncido. No conocía a esa mujer tan bien como las tácticas militares francesas que se utilizaban en el campo de batalla. Pero si podía posicionar a cientos de hombres, seguro que también podía mover en formación las piezas de ajedrez.

Diana se movió y el borde de su vestido se bajó un poco más. Si quería quedarse a solas con ella una vez más antes de que partiera, necesitaba terminar rápidamente la partida. Se enderezó y puso su peón en posición defensiva.

Diana sonrió.

—Bien jugado.

Una ráfaga de orgullo recorrió sus venas. Ser la razón de la dulce sonrisa de Diana lo motivaba para centrarse de nuevo en el tablero.

Minerva se irguió y se cruzó de brazos

Greg se rio entre dientes.

—Parece que Chestwick ha sorprendido a mis dos queridas hermanas —dijo, acercando una silla, con la intención de observar el desarrollo de la partida—. La mayoría de los oponentes con los que ha jugado Minerva han sido atacantes. Una jugada defensiva ha resultado tan inesperada como genial. Estoy deseando ver cuál será el próximo movimiento de Minerva.

—No es necesario comentar cada jugada. —Minerva frunció el ceño en dirección a su hermano—. Solo me toca reconsiderar mi estrategia.

Un alboroto de voces masculinas recorrió las paredes. Randal no esperaba que Kent y Drake regresaran. Se levantó para despedirlos una vez más.

La puerta se abrió.

—Lord Mansville y lord Tierney —anunció el mayordomo.

Randal notó que le crujían los nudillos cuando cerró el puño al acercarse a los desconocidos. Lord Mansville era el caballero del que había hablado Kent y que había causado tanta angustia a Minerva. Era una presencia no deseada y no invitada.

—Lord Chestwick, es un honor conocerle. —Lord Mansville miró y saludó con la cabeza a Gregory, que se había posicionado junto a Randal—. Señor Malbury. —Golpeó entonces el pecho de su acompañante con el dorso de la mano—. Mira, Tierney, si las encantadoras hermanas Malbury están aquí.

Lord Tierney parecía abochornado por el grosero comportamiento de lord Mansville.

—Lord Chestwick, le pido disculpas por irrumpir así.

Gregory se movió un poco para impedir que el canalla viera a sus hermanas.

—Mansville..., ¿qué demonios está haciendo aquí?

—Estábamos cabalgando de regreso a Londres y mi caballo empezó a cojear.

Lord Mansville dio un paso adelante y Randal se movió hacia la izquierda para impedir que aquel grosero invitado se acercara más a las damas.

—Eso tiene fácil remedio. Tengo un establo lleno de caballos. Vayamos a las cuadras.

Mansville rodeó a Greg y Randal para acercarse a las Malbury.

—Ay, si *lady* Minerva está jugando una partida de ajedrez. —Lord Mansville se cernió sobre Minerva—. ¿Quién es su oponente, *lady* Minerva?

Minerva se puso de pie y miró aquel hombre. La joven se enfrentó valientemente a su adversario con los hombros hacia atrás, como si estuviera dispuesta a discutir con él. Sin embargo, Randal notó que respiraba entrecortadamente.

Mansville se acercó más, acorralando a Minerva. El caballero estaba demostrando ser tan vil como Drake lo había pintado. Randal miró a las dos damas una vez más. El miedo que leyó tanto en los ojos de Diana como en los de Minerva encendió su ira. Se acercó a Diana, que había bajado la pierna herida.

—Soy yo —ladró.

## CAPÍTULO 18

---

La voz de Randal retumbó en las paredes, y Diana notó que la sentía en los huesos. Le empezaron a sudar las palmas de las manos. Era agradable que Randal saliera en defensa de Minerva, pero ahora no había ninguna posibilidad de que lord Mansville se marchara antes de que concluyera la partida, y tanto él como lord Tierney se asegurarían sin duda de que el resultado de ese encuentro se difundiera rápidamente por toda la sociedad. Las apuestas sobre las partidas se habían triplicado, y Diana no supo decidir qué resultado sería mejor para su hermana.

Minerva haría cualquier cosa por ella. ¿Estaba Diana dispuesta a renunciar a lo que creía que era un amor floreciente por su vecino? Randal era, ante todo, un soldado. Luchaba por causas en las que creía. Era un defensor. La terrorífica mirada que Randal dirigía a lord Mansville habría hecho que la mayoría de los caballeros se excusaran y salieran corriendo, pero no funcionó con lord Mansville, el más inútil de todos, obsesionado con estudiar el tablero de ajedrez y a Minerva.

Lord Mansville se acomodó en el asiento que antes había ocupado Greg, cruzó las piernas y luego los brazos, irradiando un aire de tranquilidad que Diana sabía que era falso. Aquel vil hombre apartó la mirada de Minerva para dirigirse a Randal.

—Lord Chestwick, qué momento tan fortuito. Disfruto presenciando todas las partidas de ajedrez de *lady* Minerva.

A Diana se erizó el vello de la nuca cuando el lascivo lord Tierney se acercó a ella.

—Tendrán que disculpar el atroz comportamiento de Mansville, pierde cualquier atisbo de sentido en presencia de *lady* Minerva. Está obsesionado con ella. Cuando no están en la misma habitación en realidad es bastante racional. —La falta de etiqueta mostrada por ambos hombres hizo que Diana se llevara las manos a los costados. Lord Tierney mentía, Mansville nunca era racional.

Diana rezó en silencio para que Randal no creyera las falsedades que lord Tierney estaba vertiendo. Se arrimó al borde de la silla y dio un respingo cuando Randal le puso una mano en el hombro y se inclinó hacia ella.

—No dejaré que os pase nada ni a ti ni a Minerva. Confía en mí —le dijo al oído.

Ella relajó los hombros y se reclinó hacia atrás para poder mirarle.

—Confío en ti —dijo sonriente.

Randal rodeó el sofá y se colocó junto al tablero de ajedrez.

—Lord Tierney, creo que sentarse junto a lord Mansville le proporcionará la mejor vista de la partida. —Su voz era dura y contenida, como lo había sido al encontrarla subida a una escalera el primer día.

Randal le hizo una señal a un lacayo y Paul, con cara de pocos amigos, se acercó con una silla que puso a la izquierda de Mansville, pero a un metro de distancia de Randal.

A Diana se le revolvió el estómago cuando Randal tomó asiento frente a Minerva. Luego miró a su hermana, que estaba pálida. Mansville había aterrorizado a Minerva en todos los actos a los que asistían. Se empeñaba en pedirle a su hermana el primer baile de cada fiesta y así la obligaba a permanecer alejada de la pista una vez que ella declinaba su petición. El hombre incluso se las había arreglado para colocarse él mismo —o a uno de sus compinches— junto a Minerva en cada oportunidad en que su hermano Kent o Greg se ausentaban y hacía comentarios lascivos que pretendían provocar a Minerva.

Al principio, su hermana ignoraba a tan viles hombres, pero al final de la temporada, las defensas de Minerva estaban hechas jirones. Diana e Isadora nunca se separaban de ella, lo que hacía aumentar la ira de su madre, ya que ninguna de ellas bailaba, paseaba o conversaba con los caballeros que les presentaban.

Diana buscó a Greg por la habitación, pero no estaba a la vista. ¿Cuánto tiempo hacía que se había ido? Necesitaban a Kent. Mansville era un hábil jugador de ajedrez; si Minerva o Randal perdían la partida, él lo denunciaría inmediatamente. Si acusaba a Minerva de perder a propósito, sería necesario que Kent estuviera presente.

Apretó las manos en el regazo y miró a su hermana.

«Tranquila. Todo irá bien», le dijo con los ojos.

Minerva asintió con la cabeza.

—Mis disculpas, por favor recuérdeme, ¿a quién le toca?

—Chestwick, no te dejes engañar por el tono dulce y el aspecto inocente de *lady* Minerva —se mofó Mansville—. Estoy seguro de que sabe exactamente quién debe reanudar el juego y dónde ha quedado cada pieza; ha planeado una estratagema para hacerte caer en su trampa.

Lord Mansville, por una vez, decía la verdad, Minerva sabría exactamente qué hacer y cuántos movimientos eran necesarios para ganar, pero en ese momento no jugaba para ganar. O quizá sí. Diana miró a Mansville y a Tierney. Podían ser miembros de la nobleza y denominarse caballeros, pero sus almas eran oscuras y malvadas.

Luego clavó los ojos en Randal. Era un hombre bueno y honorable que podía proporcionarle una buena vida a Minerva. Se cruzó de brazos y se apretó el estómago, que tenía tan revuelto que le dolía. Estaba siendo una hermana terrible; era egoísta por su parte querer a Randal para ella. Ansiar al hombre que podía salvar a su hermana del tormento y del dolor. Cada centímetro de su cuerpo ansiaba volver a la seguridad de los brazos de Randal. Incluyó la cabeza hacia delante y parpadeó para contener las lágrimas que se le estaban formando. Randal sería un marido maravilloso para Minerva. Su hermana podría ser feliz allí, en Chestwick Hall, y no tendría que soportar otra temporada horrible.

Minerva no había conseguido provocar a Drake para que entrara en acción en toda la temporada y ni siquiera la ayuda de Randal había logrado estimular al hombre que había capturado y luego desencantado su corazón. Drake era tonto: no había hecho nada para impedir que se produjera la partida entre Randal y Minerva.

Con los ojos empañados por las lágrimas, Diana volvió a mirar a los dos invitados indeseados. Lord Mansville estaba sumido en sus pensamientos, estudiando el tablero, mientras que lord Tierney concentraba sus ojos descaradamente el escote de Minerva. ¿Dónde estaba la lealtad de Diana? ¿Con su hermana o con un hombre que acababa de conocer?

## CAPÍTULO 19

---

Las piezas de madera eran un borrón ante los ojos de Randal. Su cerebro le gritaba que ganara la partida y protegiera a Minerva de los espantosos hombres sentados a su derecha, mas su corazón anhelaba a la hermana de esa mujer y le dolían los restos de fe que le quedaban. Fe en que todo se resolvería a favor del amor. La intangible atracción que lo había mantenido cerca de Diana seguía existiendo, pero el leve giro de su cuerpo hizo que viera su espalda en lugar de su seductor rostro. Incapaz de descifrar sus propios pensamientos contradictorios, esperaba que Diana le diera una señal de lo que pensaba.

—Parece que ha encontrado un digno oponente, *lady* Minerva. —La declaración de lord Mansville atrajo de nuevo la atención de Randal hacia aquel despreciable hombre.

En los años pasados en el campo de batalla, había estado rodeado de hombres de todas clases. Allí había descubierto que los que tenían el temperamento de Mansville solían ser emocionalmente inmaduros, por lo que buscaban a los débiles para acosarlos y solo obtenían placer con el sufrimiento ajeno. Detestaba a esa clase de hombres.

Las mejillas de Minerva ganaron un poco más de color.

—Sí, lord Chestwick hace honor a su reputación de valiente y brillante estratega de guerra.

Esperaba que ella extendiera la mano para hacer su siguiente movimiento, pero parecía indecisa. Le entraron ganas de pegarle un puñetazo a Mansville en la nariz por causarle tanta ansiedad e incomodidad. Sin embargo, los caballeros no recurrían a las peleas a puñetazos para arreglar los asuntos como hacían en el ejército, y menos en presencia de mujeres.

Randal se quedó sin aire en los pulmones al pensar en sus hombres y en la guerra. Los había abandonado para que se valieran por sí mismos y se enfrentaran al derramamiento de sangre sin él. Se prometió que volvería a luchar a su lado en menos de un año. Un año debería llegar para asumir el título de conde, recuperar la hacienda que había languidecido tras generaciones de gestión erudita, casarse y engendrar un heredero. Sin embargo, no había previsto una complicación como era encontrarse enredado por Diana Malbury. Parecía como si todo su mundo hubiera cambiado en el momento en que la mujer examinó su cuerpo en el campo.

Volvió a mirar a Diana, pero era como si el tiempo se hubiera detenido mientras rumiaba sobre el pasado y el presente. Nadie se había movido. Diana permanecía de espaldas a él, mientras Minerva, sentada en el borde de su asiento, parecía estar preparándose para armarse de valor y salir corriendo de la habitación o para hacer un movimiento audaz en la partida. Diana se puso rígida cuando la pequeña mano de Minerva se cernió sobre su rey.

Randal deseó con desesperación obligar a Diana a mirarle. Quería acercarse a ella para consolarla. ¿En qué estaría pensando? Miró a Mansville y a Tierney, que revoloteaban sobre el

tablero como buitres dispuestos a arrancar la carne de los huesos de su presa. Involucrarse con la familia Malbury sería apuntarse a una guerra de otra naturaleza. Una batalla librada en salones, bailes y veladas. Sus estratagemas, que habían tenido éxito contra los franceses, no parecían apropiadas contra enemigos como Mansville y Tierney. Los Malbury eran un grupo inteligente. No necesitaban su ayuda.

Minerva levantó la mano para recoger a su caballo y completó su turno. ¿Estaría enviándole un mensaje al elegir al caballo en lugar del rey?

Mansville se puso en pie.

—¡*Lady* Minerva! Me decepciona, no está jugando para ganar.

Randal se puso en pie para enfrentarse al hombre que a pesar de ser un par, en su opinión, no era mejor que un francés. Quiso agarrar a Mansville y a su compinche por el pescuezo y decirles que se largaran de su propiedad y que no se atrevieran a volver a pisar sus tierras. Sin embargo, se lo impedían las normas sociales que no había tenido que acatar durante años, pero que le habían metido en la cabeza de joven.

Antes de que Randal pudiera hacer nada más, la puerta de madera de la biblioteca se abrió de golpe y chocó contra la pared cuando Kent, seguido de Greg, irrumpió en la habitación y avanzó hasta situarse junto a Minerva.

—Mansville, ¿estás acusando a mi hermana de hacer trampas? —La profunda voz de Kent resonó en las paredes.

Mansville giró para mirar a Kent.

—L-lord Kent. ¿Estaba al tanto de esta partida?

El ceño fruncido de Kent resultaba bastante impresionante. Lucía una expresión que Randal no había creído que vería en él. Mientras Kent libraba aquella silenciosa batalla, se acercó un paso más a Diana con la intención de levantarla en brazos y trasladarla a un lugar más seguro de la sala en caso de que estallara una reyerta.

Diana detuvo sus movimientos inclinándose hacia él.

—Ni se te ocurra llevarme en brazos delante de esos chacales —susurró furiosa. Luego la vio cubrir la mano de Minerva, que se había unido a ellos.

—Yo la cuidaré mientras usted apoya a nuestro hermano —propuso Minerva.

Diana se levantó y enlazó el brazo con el de su hermana. Randal sintió que una punzada de dolor o de celos le golpeaba de lleno en el pecho ante el hecho de que Diana decidiera buscar la ayuda de su hermana y no la suya.

Enterrando aquella emoción no deseada, Randal se dio media vuelta para atender de sus no deseados invitados.

—Caballeros, pasemos a mi estudio privado para hablar sobre el asunto. —Hizo un gesto con la mano hacia la puerta y, para su sorpresa, tanto Mansville como Tierney se dispusieron a obedecer sin objetar. Kent y Greg siguieron su ejemplo. Mientras Randal los seguía, miró por encima del hombro y vio que Diana consolaba a Minerva, que hundía la cabeza entre las manos. No estaba seguro de lo que iba a ocurrir en la continuación, pero sabía que determinaría su futuro.

## CAPÍTULO 20

---

Diana trazó grandes círculos sobre la espalda de su hermana mayor. Era reconfortante aquel cambio de papeles y poder ser ella quien consolara a Minerva. Su hermana, que nunca vacilaba, que se había convertido en el pilar de la familia, que siempre era la primera en consolarla, estaba en ese momento hecha un manojo de nervios. Hacía tres años, Diana y sus hermanas habían creído que lanzar aquel maldito desafío para ganar la mano de Minerva en una partida de ajedrez había sido un golpe brillante, pero empezaba a convertirse en la peor estratagema en la que se habían metido.

Minerva movió la cabeza de un lado a otro.

—Kent se dejará llevar por la ira y sin duda retará a Mansville a un duelo. Morirá, y será culpa mía. Todo porque yo quería evitar el matrimonio. ¿Por qué se me ocurrió semejante idiotez?

Diana trató de emitir las palabras que ayudarían a aliviar los temores de Minerva. ¿No era ella la hermana conocida por su facilidad para las palabras y los libros? Debería ser capaz de encontrar las frases adecuadas. Pero se le había quedado la mente en blanco y tenía el estómago revuelto.

Minerva se asomó entre los dedos.

—Lord Mansville me pone nerviosa.

—Es un canalla y un matón. —Diana apartó la mano de Minerva de su cara—. No puede volver a desafiarte. Estás a salvo.

Su hermana negó con la cabeza.

—No estaré a salvo a menos que...

—¡A menos que te cases! —la interrumpió Diana—. Deberías perder y casarte con Randal. Es inteligente, honorable y sería un buen marido para ti.

Minerva se enderezó y tomó la mano de Diana entre las suyas.

—No. Lord Chestwick solo me toleraría como nuestro padre soporta a nuestra madre. No hay escapatoria si el matrimonio es con el hombre equivocado. Sin embargo, creo que lord Chestwick sería un buen marido para ti.

—¿Por qué dices algo tan absurdo?

—Tal vez se deba a que ese hombre comparte tu amor por la literatura... —Minerva hizo una pausa y pasó el pulgar por la frente de Diana—. Y como tú, tiene propensión a buscar aventuras. No lo conozco lo suficiente como para entender cómo pasó todos esos años en el campo de batalla, pero tengo claro que es perfecto para ti.

Diana soltó la mano de su hermana.

—¿Te has vuelto loca? Tiene fama de bestia... —Pero no pudo ocultar una sonrisita.

—Y es precisamente por eso por lo que te sientes atraída por él. Lord Chestwick tiene la constitución de un guerrero, algo que no le ocurre a ningún otro caballero que conozcamos. No me sorprende que lo encuentres atractivo. Apostaría todo el dinero de mi paga a que te hace sentir deseada, segura, protegida, todas las cosas que a mamá se le han negado.

Diana parpadeó.

—La aparición de Mansville te hace sentir confusa. Te equivocas.

Minerva rara vez hacía apuestas. Que su hermana pusiera en riesgo todos sus ahorros significaba que no podía cambiar de opinión.

—Sospecho que lord Chestwick tiene profundas cicatrices internas que le fueron infligidas mucho antes de pisar el Continente. Heridas que necesitan ser curadas. Mi hipótesis es que el padre de lord Chestwick esperaba que os uniera el amor que ambos compartís por los acertijos.

—¿Estás sugiriendo que el padre de Randal me embaucó?

La mirada de Minerva se desvió hacia la puerta por la que habían salido los hombres.

—¿Te embaucó o fue simplemente el intento de un anciano para emparejar a su hijo? Estoy segura de que lo llevó a cabo sin malicia.

—¡Qué ciega he estado! —Diana cerró los puños.

—No lo entiendo. —Minerva frunció el ceño—. Creía que estabas empezando a sentir apego por Chestwick.

Su hermana, como siempre, tenía razón. Había dejado que su fascinación por la imagen de Randal influyera en sus relaciones con el ser de carne y hueso. Encapricharse de un hombre al que había conocido hacía solo unos días era una locura, y creer que estaba enamorada, absurdo. Era ella la que había perdido el juicio, no Minerva. Diana miró a su hermana con intensidad. Quería ser como Minerva, audaz y atrevida, dueña de su propio destino. Se le ocurrió que el viejo conde había escrito a Randal para revelarles todas sus preferencias, por eso su heredero había sido capaz de hacerla bajar las defensas. ¿O quizá el padre de Randal lo había tramado todo en secreto?

Apartando de su mente esos confusos pensamientos, Diana miró a su hermana directamente a los ojos.

—Mansville seguirá siendo una molestia hasta que te cases.

—Estoy de acuerdo. —Minerva se miró las puntas de los dedos de los pies que asomaban por debajo de la falda—. Necesito un poco más de tiempo.

—¿Tienes un plan para conseguir que Drake actúe?

—Deseo un marido que quiera casarse conmigo —murmuró Minerva—, y no entrar en el matrimonio gracias a un engaño.

Diana contempló a su hermana.

—Lo mismo que quiero yo. —Relajó los hombros.

Unas estruendosas voces masculinas llegaron a la sala. Además de los profundos timbres barítonos de Chestwick y sus hermanos, Diana reconoció las voces de Drake y Cunningham. No le sorprendió que también hubieran llegado ellos. Los criados tenían fama de cotillear entre las cuatro casas.

Uno a uno, todos caballeros pasaron junto al mayordomo, que les sostenía la puerta abierta con el ceño fruncido. Ninguno de ellos miró siquiera a Minerva o Diana. Cada uno atravesó la habitación con determinación hacia el tablero de ajedrez.

Randal fue el primero en emitir un sonido. *Randal*. El nombre resonó en su cabeza. En realidad debía referirse a él como lord Chestwick o, como mínimo, por su título y no por su

nombre, aunque él le hubiera dado permiso. Resultaba demasiado íntimo, y si Minera perdía la partida, Randal sería su cuñado. Así que resolvió referirse al hombre como Chestwick incluso en su mente.

Chestwick señaló el tablero de ajedrez con la barbilla.

—Estudie de nuevo las piezas, Mansville. Como ya le he explicado, no solo es posible sino muy probable que la estratagema de *lady* Minerva sea hacerme creer que voy ganando cuando en realidad está colocando sus piezas para vencerme en el menor número de movimientos posible.

La mirada severa y seria de Chestwick no se apartaba del tablero. Era evidente que no estaba nada contento con el cariz que estaban tomando los acontecimientos. Probablemente la estaba maldiciendo por haberle metido en el enrevesado lío que su familia había creado.

Mansville se sentó en la silla que había ocupado Minerva y luego se levantó para sentarse en la silla de Randal. «¡Maldición, Chestwick, no Randal!». ¿Cómo iba a distanciar su corazón si ni siquiera era capaz de alejarlo de su mente? Después de un largo momento, Mansville miró a Minerva y luego de nuevo a Randal.

—Lord Chestwick, por una vez, el molino de chismes está en lo cierto. Es usted un estratega brillante. —Se puso de pie y se acercó a su hermano—. Lord Kent, le ofrezco mis disculpas por interrumpir groseramente la partida. En el futuro, aceptaré seguir siendo un testigo imparcial.

—Su disculpa está mal dirigida. —La respuesta de Kent fue lanzada en un tono cortante que rara vez utilizaba. En lugar de disculparse de nuevo ante Minerva, Mansville volvió a sentarse en la silla que había dejado libre y cruzó las piernas.

¿Por qué no le echaba de allí alguno de los hombres?

Diana observó a Randal, esperando que se encargara de aquel demonio, pero, por el contrario, se acercó a ellas y le ofreció el brazo hacia Minerva.

Chestwick acompañó a su hermana el corto trayecto hasta el lugar donde estaba dispuesto del tablero. La expresión pétrea de su rostro y la firmeza de sus hombros hicieron creer a Diana que, fuera cual fuese la discusión que había tenido lugar en el estudio, Chestwick estaba dispuesto a librarse de ella y de su familia.

## CAPÍTULO 21

---

**T**ras dos horas sentado en la misma silla, Randal se frotó la cabeza con frustración. No estaba acostumbrado a permanecer inactivo durante períodos tan largos. Deseando que terminara la partida de ajedrez, Randal miró a la cabizbaja mujer que seguía sentada frente a él. Esperó a que *lady* Minerva evaluara las pocas piezas que quedaban en el tablero y determinara su destino. Los comentarios malintencionados de Mansville y las miradas lascivas de Tierney hacían que Minerva mirara constantemente presa del nerviosismo a su hermano Kent, cuya atenta expresión no contribuía en nada a reforzar la confianza de su hermana.

Minerva ya no era la dama segura de sí misma y enérgica que había llegado a conocer. No llegaría a comprender nunca por qué los hombres sentían la necesidad de menospreciar o socavar la fuerza de las mujeres. No era la compasión lo que provocaba que un horrible sentimiento cáustico se instalara en la parte baja de su estómago, sino la empatía. Había ido a la batalla, esperando que la propensión a sentir lo que otros sentían se disipara ante la muerte y la destrucción masivas, pero se había equivocado. La guerra no había hecho más que acentuar aquella predisposición natural, lo que había reforzado su necesidad de permanecer y ayudar a ganar la guerra para que sus hombres pudieran volver a casa con sus familias. El sabor amargo de dejar una tarea incompleta permanecía en el fondo de su garganta.

Por enésima vez, Drake se tiró de la corbata, llamando la atención tanto de Randal como de Minerva. Ella lo miró con el ceño fruncido, mientras él aprovechaba para contemplar a la mujer que no podía apartar de sus pensamientos. Debería estar concentrado por completo en la partida que tenía ante sí dado lo que estaba en juego, pero una atracción magnética lo hacía mirar a Diana cada vez que podía, solo para resultar decepcionado al encontrarla estudiando el tablero y no a él. Era increíble desear tanto a una mujer después de pasar apenas unos días en su compañía.

Minerva alcanzó la reina y Drake tosió, llamando esta vez la atención de todos.

—Espero que no se esté enfermando, lord Drake —dijo Minerva mientras recogía la pieza y la hacía girar entre sus dedos—. Los resfriados de verano son los peores—. El escalofrío que le provocó la voz de Minerva casi hizo que Randal se frotara los brazos.

—Ay, y la Reina de Hielo finalmente resurge... —La ocurrencia de Mansville recibió miradas de todos, en especial la de Drake.

—Vuelva a referirse a mi hermana como la Reina de Hielo y nos veremos al amanecer —ladró Kent, levantándose del asiento.

Minerva se volvió hacia su hermano.

—Benedict, no. Por favor, no. —Rápidamente puso la reina junto al peón de Randal.

Randal miró dos veces el tablero y las piezas. ¿Qué estaba haciendo Minerva? Bajo la atenta

mirada de Mansville, había planeado cuidadosamente cada movimiento, permitiendo a Minerva al menos dos opciones viables para ganar o dejar la partida en empate. Sin embargo, no era fácil disimular cada movimiento para asegurarse de que Mansville no tuviera motivos para cuestionar su estrategia o su forma de jugar. Y en varias fases de la partida, parecía que Minerva podría efectivamente ganar, pero ella también le dejaba una variedad de opciones para reposicionarse en una posición neutral. Echó un vistazo al tablero y volvió a mirar la partida con incredulidad. Minerva estaba a punto de perder.

Cuando subió la vista hacia su oponente, la atención de Minerva estaba concentrada en Drake. La mirada del hombre se desvió hacia el tablero y tensó la mandíbula. A continuación fulminó a Minerva con la mirada durante unos segundos antes de agachar la cabeza hacia Diana.

Tanto Diana como Drake se centraron en el tablero de ajedrez. Diana se volvió hacia Drake, «Hombre de poca fe», leyó en sus labios.

Una ráfaga de esperanza recorrió sus venas. ¿Acaso Diana quería que ganara Minerva? Randal se inclinó hacia delante para estudiar el tablero una vez más. ¿Qué jugada había planeado Minerva? ¿Conocía Diana las condiciones que había puesto su hermana?

Randal se situó en todos los ángulos moviendo mentalmente todas las piezas, pero con cada movimiento, el resultado era el mismo: él ganaba, lo que significaría que estaría obligado a pedir la mano de Minerva. Entrecerró los ojos ante las piezas de madera, no para desplazarlas en su mente, sino para dedicar un momento a contemplar su futuro. El matrimonio era uno de los puntos de la lista de tareas por cumplir. El amor no había sido un requisito.

¿Quién amaría a un hombre que ha visto morir a cientos de hombres? Se habían referido a él como la fría Bestia de Chestwick innumerables veces. Tantas veces, de hecho, que había comenzado a referirse a sí mismo de esa manera. Dirigía y organizaba ejércitos, dirigía legiones de hombres en la batalla, todo con un único propósito: matar al enemigo. ¿Cómo podría una mujer amar a un hombre responsable de tal derramamiento de sangre? Su alma estaba ennegrecida por sus actos. No era digno. No condenaría a ninguna de las damas Malbury a una vida sin amor. Como todos los problemas que había tenido en el pasado, encontraría una solución, una forma de liberarlas a ambas.

LA MENTE de Diana daba vueltas mientras esperaba a que Randal hiciera su siguiente movimiento. Entrecerró los ojos mirando las piezas blancas y negras. Por lo que podía intuir, Randal estaba a dos jugadas de ganar. Debería sentir euforia o, como mínimo, alivio por su hermana, pero el dolor en el estómago se le había extendido al pecho. Minerva sería la condesa de Chestwick.

—La fe no tiene nada que ver con esta situación —le susurró Drake moviéndose en el asiento—. Ha perdido la partida ante Chestwick.

—¿No es este el resultado que todos habíamos deseado? ¿Que Minerva encontrara un caballero digno de su mano? —Diana se estremeció al oír el tono mordaz de su propia voz. No había dicho más que la verdad. Sin embargo, no había podido disimular el enfado ante la flagrante incapacidad de Drake para declarar sus verdaderos sentimientos por su hermana.

Drake se cruzó de brazos resoplando y se reclinó en su silla.

—Tres malditas temporadas, y ahora decide ceder ante un hombre que ninguno de nosotros conoce bien.

—Al menos, Minerva se quedará cerca de casa. —Diana miró disimuladamente a Randal. Su tensa figura irradiaba fuerza y determinación. Su corazón vaciló un instante.

—Tal vez yo debería ocupar el lugar de Chestwick en el campo de batalla.

Diana se giró para enfrentarse a Drake.

—¡Harás que te maten!

Drake se encogió de hombros y devolvió la mirada al tablero de ajedrez, pero sus ojos permanecían inexpresivos. Diana quiso sacudir a Drake por los hombros. Ese hombre era tonto si creía que nadie se daba cuenta de lo mucho que le importaba Minerva. Diana miró a su hermano Kent. ¿Por qué los hombres eran tan tontos?

En lugar de mover la reina, Randal cogió el caballo.

Mansville señaló el tablero mientras se inclinaba hacia delante en el borde de la silla.

—¿Opta de nuevo por el juego defensivo, Chestwick?

Randal ignoró la pregunta de Mansville y colocó su caballo en la casilla prevista, poniendo en jaque a Minerva. Si se hubiera limitado a mover su dama, habría obtenido el mismo resultado. ¿Qué pretendía aquel hombre?

Mansville frunció el ceño, lo que hizo desaparecer su sonrisa de suficiencia. Antes de que pudiera hacer ningún comentario, Minerva comió el caballo de Randal con el peón. ¿Qué estaban tramando? En rápida sucesión, Randal y Minerva cambiaron por completo el ritmo de la partida, moviendo las piezas de forma tan veloz que resultaba difícil seguir exactamente lo que estaba ocurriendo.

Antes había sentido con frecuencia su mirada fija en ella, pero ahora la atención del conde se centraba únicamente en el juego que tenía ante sí. La facilidad con la que Randal era capaz de aislarse del mundo, de ignorarla, le caló más hondo de lo que ella había previsto. Sus hermanas y ella compartían un temor fundamental: acabar sufriendo una unión que se pareciera a la de sus padres. El horror a verse casadas con un hombre que no las amara ni las respetara, condenadas en esencia a una vida con un mujeriego y un marido ausente como su padre, significaba que todas estaban dispuestas a hacer todo lo posible para evitar el matrimonio. La partida de ajedrez que se estaba jugando delante de ella era la prueba fehaciente de ello.

—¡Tablas! —gritó Drake.

—¡IMPOSIBLE! —replicó Mansville, poniéndose en pie de un salto. Luego giró la cabeza hacia Minerva y hacia Randal, volvió a clavar la vista en el tablero de ajedrez y regresó de nuevo a la sonriente Minerva—. Su suerte se acabará algún día.

Kent se detuvo junto a Minerva y miró con odio a Mansville. Al ver que el hombre no añadía nada más, Kent cogió a su hermana por el codo.

—Minerva, Diana, Greg, ha llegado el momento de que volvamos a Malbury Manor.

Randal siguió ignorándola y permaneció quieto junto a Mansville, sin apartar los ojos de aquellos dos invitados no deseados. Incapaz de mantenerse en pie sin ayuda, Diana dio un codazo a Drake, que hizo un gesto al silencioso, pero observador, Cunningham. Apoyándose en el brazo de Drake, Diana se incorporó y salió cojeando de la biblioteca. La partida había terminado en tablas. El malestar que sentía en el estómago debería haberse calmado, pero a cada paso que daba hacia la puerta principal más revuelto lo sentía. Consciente del silencioso rechazo de Randal hacia ella y su familia, Diana estaba segura de que ninguno de ellos volvería a ser invitado a Chestwick Hall. Diana logró disimular el dolor que sentía en el tobillo, pero el malestar en su pecho era mucho más difícil de ignorar.

## CAPÍTULO 22

---

Randal esperaba a que los primeros rayos de la mañana aparecieran en el horizonte sentado junto a la ventana. Hacía un par de semanas que no veía a Diana ni tenía noticias de ella, y cada día que pasaba le resultaba más difícil concentrarse. Libre ya del alboroto y el jaleo, los dolores de cabeza habían vuelto como si su mente necesitara del ruido constante. El parloteo incesante de los Malbury era mejor que el zumbido de la artillería. El entumecimiento que había experimentado tras la muerte de su madre amenazaba con consumirle de nuevo.

Cartwright entró en su despacho.

—Milord, ¿quiere que le afeite esta mañana?

«¿Para qué molestar?».

Nadie iría a visitarlo.

Nadie se colaría en sus tierras.

Nadie a quien necesitaba desesperadamente.

Se pasó la mano por la barba de tres días. Randal prefería que la barba le cubriera una parte de su estropeado rostro.

—Hoy no.

Su ayuda de cámara correteó por la habitación preparando la ropa.

—Ha recibido otra invitación de lord Drake, esta vez para acompañar a los hombres en una cacería, ¿debo declinarla?

—No. Un vigoroso paseo podría ser exactamente lo que necesito.

—Pero usted desprecia perseguir criaturas inocentes. —Cartwright recogió alguna ropa y negó con la cabeza—. Tendría que estar persiguiendo a *lady* Diana, no a un pobre animal —rezongó.

Comparar la caza de una esposa con la de un zorro no parecía una analogía adecuada, aunque algunos podrían estar de acuerdo en que, en ambos casos, un caballero pretendía atrapar a un ser inocente.

Descartó aquellos pensamientos caprichosos.

—He oído tus observaciones, Cartwright —indicó—. Soy muy consciente de mi necesidad de buscar una esposa; sin embargo, no veo ninguna razón para elegir simplemente a la primera mujer con la que me cruce por casualidad.

Cartwright puso los ojos en blanco mientras preparaba la chaqueta de caza, con sus brillantes botones de latón. Si el hombrecillo no le hubiera salvado la vida en un par de ocasiones, Randal podría haber considerado la posibilidad de despedir al ayuda de cámara por un comportamiento tan insolente. Pero Cartwright era muy leal, y él nunca se desharía del hombre que había

cabalgado a su lado durante tantos años.

Randal había recorrido las lindes de su propiedad todos los días, deseando que Diana apareciera por el campo como había hecho quince días atrás. Aquel encuentro fortuito había hecho polvo todos sus planes racionales. Incluso se había encontrado tumbado en la hierba, adivinando formas en las nubes, y todo con la esperanza de que Diana volviera a encontrarlo, pero había resultado ser una absoluta pérdida de tiempo. Tiempo que podría haber dedicado a revisar los libros de cuentas de la finca.

No estaba hecho para la vida de un caballero ocioso. Metió el brazo en la manga de la chaqueta añorando la sencillez de la vida militar. Al menos en el campo de batalla, sus días eran rutinarios: levantarse, luchar e intentar que no le mataran. Previsibles.

Se quedó quieto mientras Cartwright le abotonaba la prenda.

—Le conozco desde hace demasiado tiempo, milord —dijo Cartwright con un profundo suspiro—. Necesita un caos organizado.

Randal captó y meditó las palabras de su ayuda de cámara: un caos organizado. Tal vez el viejo Cartwright tuviera razón. Pero aunque la tuviera, estaba claro que Diana ya no parecía interesada en resolver el enigma de su padre, y mucho menos en él. Su ausencia era toda la evidencia que necesitaba.

Randal parpadeó cuando el hombre trazó un círculo con una mano y luego lo señaló de pies a cabeza.

—No estoy seguro de conocerlo.

Randal tiró de los puños.

—Soy el conde de Chestwick y voy a unirme a la cacería. —Giró sobre sus talones y marchó hacia la puerta.

—Al menos lo aparenta —murmuró Cartwright a sus espaldas.

Randal ignoró la pulla y alargó el paso, abriéndose camino rápidamente a través de Chestwick Hall. Al llegar al aire libre, Randal se detuvo e inhaló hondo; no podía seguir negando la verdad: la mansión que había venido a restaurar resultaba ahora demasiado grande y estaba demasiado vacía sin Diana y su familia.

Le bajó un frío escalofrío por la columna vertebral, acompañado de imágenes de la última vez que había visto a los Malbury. Había creído que Diana entendía por qué había contraatacado y se había posicionado para vencer potencialmente y aceptar así casarse con Minerva. Podría haber decidido hacerse con la partida con facilidad, pero al final, había optado por terminar en tablas, como Minerva había establecido en un principio. Cada vez que había estado a punto de ganar, había sentido que Diana se enfriaba.

Se obligó a moverse en dirección a los establos, tratando de recordar lo que dictaban las reglas de etiqueta para una cacería. Maldición, al diablo con la etiqueta, se presentaría sin anunciarse, como se habían presentado ellos en su puerta. Al menos a él le habían invitado.

DIANA NO TUVO que mirar por encima del hombro para saber quién se acercaba por detrás.

—Vaya, qué imagen tan impactante —se admiró Isadora con los ojos muy abiertos. Parpadeó antes de continuar hablando—. ¡Es lord Chestwick! No es de extrañar que sus enemigos se dieran la vuelta y huyeran al verle en el campo de batalla.

Diana resistió el impulso de mirar. Había empleado todas sus energías en intentar desterrar la imagen del conde de su mente durante las últimas dos semanas y había fracasado estrepitosamente. Aquel hombre rondaba sus pensamientos día y noche. Inhaló con los ojos cerrados, haciendo acopio de valor para encontrarse cara a cara con el hombre que Kent había

asegurado que no estaría presente en la cacería.

El ruido de cascos se hizo más lento, e Isadora cerró la boca para sonreír.

—Con la llegada de lord Chestwick, la cacería será mucho más entretenida.

—¿Qué te da esa impresión?

Isadora la ignoró e instó a su montura a avanzar para reunirse con sus hermanos y el resto de la partida de caza, formada por Drake, Cunningham y un puñado de lacayos.

Debería haberse quedado en casa con Minerva. La recorrió un escalofrío ante la idea de pasar otro día siendo interrogada por su madre, que sentía curiosidad y ansiedad ante la idea de conocer a la Bestia, sobre todo desde que tanto Minerva como ella habían negado las afirmaciones de la sociedad de que Randal era espantoso y horrible.

—¿Tienes frío? —La suave voz de barítono de Randal estaba impregnada de preocupación. Preocupación por ella. Al ser la cuarta y no la pequeña de la familia, no muchos se preocupaban por su bienestar, cosa que ella prefería.

Evitó encontrarse con la mirada de Randal y miró hacia delante.

—En absoluto. —No comprendía cómo había conseguido mantener la voz neutra y no dejarse llevar por el deseo de arrojarle a sus brazos una vez más. No podría evitarlo todo el día. Cuando giró la cintura, Diana se sorprendió al ver el ceño fruncido de Randal—. ¿Nos reunimos con los demás? —preguntó recuperando la voz y el valor.

—Tal vez debería declinar la invitación y regresar a Chestwick Hall.

Drake se acercó despreocupado sobre su corcel.

—¡Lord Chestwick! Me alegro de que haya venido. —Drake lo miró con curiosidad—. Se unirá a nosotros, ¿verdad?

Diana rara vez se debatía entre dos deseos. Se maldecía por desear la atención de un hombre que la había ignorado tantos días. Cada mañana había albergado la esperanza de recibir una invitación para volver a Chestwick Hall, aunque solo fuera para utilizar la biblioteca. Cada noche se iba a la cama decepcionada. Se negaba a imitar el comportamiento de su madre, que se quedaba despierta todas las noches esperando a que su marido le hiciera caso.

Sus labios la traicionaron y sonrieron a Randal.

Él relajó el ceño y le devolvió la sonrisa.

—Creo que me uniré a la cacería después de todo.

—Estupendo. —Drake dirigió su montura con habilidad—. Diana, ¿dónde está tu hermana hoy?

—Está justo delante de ti.

Drake le lanzó una mirada seria.

—Sabes que me refiero a Minerva.

—Ah..., así que sabes pronunciar su nombre sin absoluto desdén. Es bueno saberlo. —Diana impulsó la yegua hacia adelante, dejando a los dos hombres a su espalda—. Isadora, ¿cabalgamos juntas?

Isadora observó a los hombres.

—Intenta seguirme el ritmo —le gritó volviéndose hacia ella con un atisbo de picardía en los ojos.

Todos los hermanos eran hábiles sobre una silla de montar, pero Isadora era la más competitiva de todos y cabalgaba sin piedad. Diana animó a la yegua hacia delante envuelta en el sonido de los cuernos y los ladridos de los perros.

La cacería había comenzado.

## CAPÍTULO 23

---

Ver cómo Diana defendía de forma tan audaz a Minerva dejó a Randal sonriendo y con el corazón henchido de orgullo. Era una mujer extraordinaria, feroz, inteligente y leal, todas ellas cualidades que él admiraba sobremanera. Hizo acopio de ingenio e instó a su montura a unirse al grupo. Se detuvo junto a Drake.

—¿Ha hablado con *lady* Minerva desde la partida de ajedrez?

Drake se enderezó en la silla de montar.

—No. ¿Y usted?

—No he salido de Chestwick Hall hasta hoy. —Randal detuvo su montura—. ¿Por qué me pregunta si he hablado con *lady* Minerva?

Drake dio media vuelta para mirarlo. El hombre no sostuvo su mirada cuando respondió.

—Porque usted está cortejando a Minerva.

—¡Cortejando! —Randal apretó la mano, haciendo que su montura pegara un brinco hacia un lado—. ¿Qué le ha dado esa impresión?

Aún evitando el contacto visual, Drake acarició el cuello de su caballo.

—Durante la partida..., hubo momentos..., oportunidades en las que estaba en posición de ganar..., así que he deducido que se decidió a dejar la partida en tablas para cortejarla de forma adecuada.

—¡Ja! ¿De verdad cree que fui yo quien logró idear la manera de acabar la partida de forma digna bajo el escrutinio de Mansville? —Randal negó con la cabeza e instó a su caballo a avanzar—. No tiene ni idea.

Repasó mentalmente las diez últimas jugadas de la partida. Había sacrificado su caballo, pero fue Minerva quien inició la serie de jugadas rápidas para disimular los movimientos. Randal se limitó a seguir el ejemplo de Minerva. Si nadie más había detectado aquellos gestos de prestidigitación, era posible que Diana hubiera malinterpretado sus acciones.

Drake le alcanzó y cabalgaron uno junto al otro en silencio durante unos metros.

—No es que le importe o que tenga un interés personal, pero quiero que sepa que no tengo intención de cortejar o casarme con *lady* Minerva Malbury —anunció Randal al notar las líneas de preocupación en el ceño de Drake—. Esa mujer merece un hombre que sepa amar. Que la ame no solo por su belleza, sino por esa mente extraordinaria que tiene.

—Desearía que ese fuera el caso de todas las hermanas de Kent.

El uso de la palabra «hermanas» por parte de Drake reforzaba la teoría de que ese hombre veía a las damas Malbury como tales. ¿Acaso todos los hombres enamorados se volvían tontos?

Su anfitrión soltó una risita, y Randal siguió la dirección de la mirada de Drake. Algo a la

derecha, un poco más adelante, las señoritas Malbury saltaban con destreza un tronco caído y maniobraban entre los árboles. Las dos eran muy hábiles, pero su interés seguía centrado en Diana. Incapaz de resistirse al encanto de la joven, Randal azuzó a su corcel hacia delante para alcanzarlas.

—Lo llevarán en la dirección equivocada —le gritó Drake.

—¿No lo hacen todas las mujeres?

Drake se rio.

—¡Le deseo suerte!

Randal dejó atrás a su anfitrión y aceleró su montura hasta ponerla al galope. Un extraño cosquilleo en la nuca hizo que Randal mirara hacia atrás por encima del hombro. Al no haber nadie cerca, Drake se había despojado de sus maneras más educadas, y cabalgaba con determinación en dirección a Malbury Manor. Drake podía actuar con indiferencia, pero ese hombre estaba sin duda enamorado de Minerva Malbury.

Volvió a concentrarse en alcanzar a las jóvenes, apretó los talones y su montura aumentó obedientemente la velocidad hasta que volaron campo a través, bordeando la línea de árboles. Alcanzó a ver el pelo de Diana y se concentró en lo contento que se sentía al estar lo bastante cerca como para verla. La tensión que había crecido entre sus omóplatos pareció aliviarse a medida que acortaba la distancia que los separaba.

Isadora se separó de su hermana, tomando la dirección que había elegido Drake. Diana permaneció parada en medio de un prado, mirando al cielo.

—¿Por qué me sigue? —preguntó Diana, que se volvió al notar su presencia.

«Porque te has infiltrado en cada uno de mis pensamientos», lo tenía en la punta de la lengua, pero no admitió la verdad.

—Solo quería asegurarme de que no sufrieran daño alguno.

—Se supone que debería estar con los demás disfrutando de la cacería. —Diana soltó las riendas y se cruzó de brazos.

Él apartó la mirada de su adorable rostro y echó un vistazo al campo vacío.

—¿La acompaño a reunirse con los demás?

—Me ha costado una suma considerable librarme de mi hermana. —Diana se colocó un mechón de pelo por detrás de la oreja—. Si no le importa, deseo estar sola.

Él inclinó la cabeza a un lado para que la luz del sol no incidiera en sus ojos.

—¿Pasa algo?

—No.

No le había respondido con otra pregunta, lo que indicaba que Diana estaba enfadada con él. Lo intentó de nuevo.

—¿La he ofendido de alguna manera?

—Si me ha ofendido..., pregunta —resopló Diana—. ¡Primero me besa a mí y luego casi se compromete con mi hermana! —Agarró las riendas y se aferró al pomo hasta que se le pusieron blancos los nudillos—. No estoy ofendida, solo confundida.

Randal sintió alivio. Agradecía su sinceridad. A su vez, decidió que lo mejor era compartir las preocupaciones que le habían atormentado durante esos días y que le habían impedido ir a visitarla.

—¿Es cierto que no contemplará la idea del matrimonio hasta que sus dos hermanas mayores estén felizmente casadas?

—¿Quién le ha dicho eso?

—No importa quién me haya informado. ¿Ha cambiado de postura respecto al matrimonio?

—¿Y eso por qué sería de su incumbencia?

—Es un hecho conocido que he regresado de la guerra para cumplir con mis deberes como conde...

—Y uno de ellos es casarse. —Diana asintió—. Así que desea encontrar una mujer que ocupe ese puesto lo más rápidamente posible. ¿Soy su elección para cumplir con ese deber?

Él no supo qué contestar. ¿Diana no era consciente del afecto que él le profesaba y consideraba una mera obligación pedir su mano?

Diana giró la cara, pero Randal alcanzó a ver la lágrima que rodaba por su mejilla.

## CAPÍTULO 24

---

Diana se pasó por la mejilla el dorso del guante de montar. ¡Qué tonta había sido! Había creído que si se enfrentaba a Randal y lo presionaba para que le dijera la verdad, se aliviaría el sufrimiento de su pecho. Sin embargo, después de hacerlo el dolor era punzante. No quería ser el deber de un hombre, quería ser su amor y su pasión. Tras días debatiendo el tema con Minerva, había admitido que había ansiado conocer al hombre de los retratos que adornaban las paredes de Chestwick Hall, pero ahora sentía la necesidad de desenmascarar al conde de Chestwick. ¿O es que los años en el campo de batalla lo habían moldeado hasta convertirlo en la Bestia a la que todos se referían?

Diana silbó para reclamar la atención de Isadora, pero eso también llamó la de sus hermanos, que fruncían el ceño tras girar las monturas en su dirección.

Disminuyó al trote tras recuperar la lucidez, levantó la barbilla y esperó a que sus hermanos se le echaran encima.

—Las preguntas de una en una, por favor.

Greg fue el primero en alcanzarla, pero miró detrás de ella en vez de fulminarla con los ojos.

—¿Dónde has estado, y dónde está ese demonio de Chestwick?

—¿Por qué estás tan molesto?

—Puede que haya expresado mis pensamientos en voz alta... —respondió Isadora.

—¿Qué has dicho?

—Mmm..., que esperaba que Chestwick te diera un par de besos.

—¡Isadora Malbury! —gimió Diana—. ¿Estás intentando acabar con Kent?

—No, ¿por qué está en peligro la vida de Kent?

—Se dice que Chestwick es uno de los mejores tiradores de Su Majestad.

Isadora acercó el caballo.

—¿Te ha besado Chestwick? ¿Hay alguna razón para que Kent exija...? ¡Ay! Has estado llorando. Yo misma dispararé a Chestwick por haberte disgustado.

Antes de que Diana pudiera hacer callar a su hermana, Kent la abordó por el otro lado.

—Hermana querida, permíteme que te acompañe a casa. —Su tono severo significaba que no había lugar para la discusión y que no iba a cambiar de opinión.

No se vería obligada a unirse a un hombre que no quisiera casarse con ella, y desde luego no quería que un hombre la desposara por un simple malentendido o la imaginación descabellada de otras personas.

Saltó la valla que daba acceso a la finca de Malbury y cabalgó directamente hacia los establos sin mirar atrás para ver a qué distancia podrían estar los demás. ¿Por qué no había tenido

la prudencia de quedarse en casa con Minerva? Vio a su madre y a Minerva en la terraza, sentadas detrás de unos caballetes. Diana se echó a reír; no sabía muy bien qué era peor: pintar acuarelas o montar un escándalo.

Los mozos de cuadra salieron corriendo ante el ruido de los cascos de los caballos. Diana se deslizó hasta el suelo sin ayuda y les entregó las riendas.

Diana había recorrido la mitad del camino hasta la terraza antes de que la orden de Kent llegara a sus oídos.

—Diana Malbury, detente.

Se volvió para mirar a su iracundo hermano.

—No ha ocurrido nada malo. No hace falta que me mires así.

—¿No es necesario? Primero desapareces de la partida de caza. Te quedas a solas con un caballero soltero. Ya conoces las consecuencias.

—Todo el grupo de caza estaba compuesto por amigos y familiares. Dudo mucho que Cunningham o Drake difundan falsos rumores.

—De acuerdo. Pero responde a esta pregunta antes de que llegue mamá. —Puso los brazos en jarras—. ¿Has compartido algún beso con Chestwick?

La mirada de Diana se desvió hacia la izquierda. Sus hermanos y su madre estaban a punto escucharles. Se inclinó hacia delante para contestar.

—Lord Chestwick y yo no nos hemos besado hoy.

—Déjame reformular la pregunta. ¿Alguna vez has compartido un beso con Chestwick?

Se miró los dedos de los pies y asintió.

—Asumo que nadie más presencié tal evento.

—Tienes razón. No me obligarán a casarme... —La ira la inundó—. A menos que aceptes casarte con la última dama que besaste en privado. Creo que *lady*...

—No es lo mismo. Al saber que Chestwick se ha tomado libertades contigo, debo exigirle que haga lo honorable.

Minerva, que ya no estaba sola, rodeó a Diana con un brazo.

—¿Y lord Harrow debería exigirte lo mismo?

—¿Cómo sabes esas cosas?

—Ser la hermana de un canalla tiene ciertas ventajas. Las damas rara vez se muerden la lengua y están más que encantadas de ser tus amigas si eso significa la posibilidad de compartir su compañía.

—Bah. No me digas tonterías, Minerva.

Su hermana no cedió.

—¿Amas a Chestwick, Diana?

—Por supuesto que sí.

—Entonces, te sugiero que consideres cuidadosamente tus acciones.

Kent se volvió hacia Diana.

—¿Por qué has permitido que Chestwick te bese si no deseas casarte con él?

Diana meditó cuidadosamente su respuesta.

—Eso fue antes de saber que era más parecido a nuestro padre que al suyo.

—¿Qué significa eso?

Diana miró a sus hermanas. Tal vez podría ser de utilidad para todas que expresara su deseo.

—Significa que quiero un marido que me adore y me quiera, que no me dé por sentada.

Kent frunció el ceño. Diana, flanqueada por sus hermanas, se encaminó a la casa, dejando a Kent y Gregory reflexionando sobre su última declaración.

Isadora apoyó una mano en el codo de Diana.

—Sé que Minerva y tú habéis pasado más tiempo con lord Chestwick que yo. Y deseo que seas feliz. Pero soy excelente juzgando el carácter de las personas, y no creo que lord Chestwick comparta ninguno de los rasgos que deseamos evitar.

Diana inclinó la cabeza a un lado.

—¿Cómo puedes saberlo dado el poco tiempo que has pasado en su presencia?

—Cada uno tiene sus habilidades, y leer a la gente es la mía. Lo sé. —Isadora se apresuró a avanzar.

Diana se volvió hacia Minerva.

—No me digas que estás de acuerdo.

Minerva sonrió.

—Me haría muy feliz que te casaras con lord Chestwick.

—Pero casarme antes que tú no me parece bien.

—Eso no importa si te casas con el caballero al que estás destinada.

—Has pasado demasiado tiempo con mamá.

Minerva se tocó la frente con el dorso de la mano.

—Tal vez. Sabes que Isadora nunca se equivoca en estas cosas, pero a pesar de todo tienes que elegir por ti misma.

—¿Elegir?

—Sí, independientemente de cómo parezcan las cosas, tienes el poder de elegir tu futuro por ti misma. —Minerva le apretó la mano—. Elige la felicidad, Diana.

¿Tenía realmente el poder de elegir? ¿Sería feliz si eligiera a Chestwick?

## CAPÍTULO 25

---

A los oídos de Randal llegó el profundo rumor de voces masculinas salpicado por el golpeteo de los pasos que recorrían el pasillo. Solo los Malbury eran capaces de causar semejante conmoción en su normalmente tranquila existencia. Un Kent con la cara roja irrumpió en el estudio, acompañado de un Greg muy serio y de aspecto adusto.

Randal se puso en pie y se abrochó el chaleco que Cartwright había insistido en que los caballeros llevaban incluso en los ratos de ocio en casa.

—Kent. Greg. ¿Qué os trae a Chestwick Hall?

Ambos hermanos ocuparon las sillas situadas en el lado opuesto del escritorio de Randal, cruzaron los brazos y lo miraron con intensidad hasta que él también se sentó. Randal apoyó los antebrazos en la superficie de madera, juntó las manos y observó el aspecto de sus invitados. Desde sus ropas desarregladas hasta las ojeras, parecía que ninguno de los dos había dormido antes de llegar.

Greg dejó escapar un largo suspiro.

—Hemos venido a discutir el futuro de nuestra hermana.

Tratar con los Malbury requería de una paciencia que Randal ya no tenía.

—¿A qué hermana te refieres, a *lady* Minerva? ¿A *lady* Isadora o a *lady* Diana?

—A Diana, por supuesto. —Kent se pasó los dedos y el pulgar por la mandíbula hasta que se juntaron en la barbilla—. A menos que también hayas comprometido a nuestras otras hermanas, en cuyo caso podrás elegir con cuál quieres casarte.

—Ignora a mi hermano, no ha dormido. Todos llevamos días sin dormir. —Greg estiró los brazos y se inclinó hacia delante con los codos apoyados en las rodillas—. Estamos aquí para zanjar el asunto y que dejes de aprovecharte de nuestra hermana.

Randal tampoco había dormido mucho. Pasó la mirada de Greg a Kent.

—¡Fuera!

Ninguno de los Malbury se inmutó ni movió un músculo para obedecer su orden.

Por fin, Kent se levantó y se colocó detrás de la silla, poniendo aún más distancia entre él y Randal.

—Diana nos confesó que habéis compartido un beso... No quiso confirmar ni desmentir si te habías tomado otras libertades. —Kent apretó con fuerza la madera hasta que las puntas de sus dedos se pusieron blancas—. Mis hermanas afirman que es injusto por mi parte exigirte que hagas lo honorable y pidas la mano de Diana si yo no soy capaz de hacer lo mismo.

El énfasis que ponía Kent en «hermanas», en plural y no en singular, significaba que los hermanos Malbury no guardaban secretos entre ellos. Una extraña sensación de añoranza

mezclada con ira se instaló en el corazón de Randal. ¿Cómo podía Diana haber compartido sus momentos privados con sus hermanos? Al mismo tiempo, habría sido agradable tener a alguien en quien confiar o a quien ayudar a superar una semana de emociones y pensamientos confusos. Randal se levantó y se acercó al aparador. Necesitaba una copa. Todos la necesitaban.

El *brandy* francés que había traído de contrabando serviría. Sirvió el líquido ámbar en tres vasos. Luego cogió los vasos y se los ofreció a sus invitados.

Kent miró a Randal a los ojos y, con un movimiento de cabeza, aceptó la bebida que le ofrecía.

—Me encuentro en un dilema. No tengo intención de renunciar a mi soltería, pero no puedo limitarme a ignorar los hechos.

Resultaba interesante que Kent no se hubiera limitado a desestimar los argumentos de sus hermanas. A Randal le zumbaron los oídos al imaginarse a los hermanos Malbury instalados en una habitación debatiendo la cuestión. Se llevó el vaso a la boca. No se arrepentía de los besos que había robado. E incluso después del rechazo de Diana, seguía anhelando sentir sus labios contra los suyos. Bajó la copa.

—¿Qué desea Diana? —preguntó.

Greg se quedó mirando el vaso. Le dio vueltas y vueltas al líquido.

—Nuestra hermana no ha compartido sus preferencias con nosotros. —Movié el vaso en su dirección—. ¿Tienes intención de pedir la mano de Diana?

—Admito que, durante su estancia, hubo momentos en los que podría haber respondido afirmativamente. Sin embargo, poco importan mis intenciones. Diana dejó bien claro que no tiene intención de casarse antes que ninguna de sus hermanas y que no siente interés en convertirse en la próxima condesa de Chestwick.

—Siento no estar de acuerdo. Diana no ha sido ella misma desde que dejó Chestwick Hall. —Greg frunció el ceño mirando su vaso vacío—. Es como si Malbury Manor ya no fuera su hogar.

¿Se había sentido Diana tan desgraciada como él durante el tiempo que habían pasado separados?

Randal observó que el vaso de Kent permanecía intacto mientras su invitado se paseaba.

—Aunque Diana permanece acampada en el salón con nuestra madre y Minerva en lugar de alejarse.

Greg intercambió el vaso con su hermano.

—Cierto. Hizo caso omiso de todas las oportunidades de aventurarse por aquí, lo cual es muy poco habitual. —Greg dio un sorbo en lugar de engullir el contenido de una vez—. Dejar un acertijo sin resolver no es propio de Diana. La paciencia no es su fuerte.

—Puede que simplemente ya no le interese —insistió Randal.

—Al diablo con las mujeres y su lógica —murmuró Kent. El mayor de los Malbury se pasó la mano por el pelo antes de plantar las manos sobre el escritorio—. Te exijo que hagas lo honorable en estos casos y le propongas matrimonio.

Los Malbury eran bastante protectores los unos con los otros. Si él estuviera en la posición de Kent, habría hecho lo mismo.

—¿Y si Diana se niega?

—Entonces, es tu deber convencerla —intervino Greg.

—¿Crees que podría lograr tal hazaña si ya ha tomado una decisión?

—Diana puede ser razonable —respondió Kent—. Volveremos con la familia y nos reuniremos contigo para cenar esta noche. Nuestros padres se sentirán encantados de que por fin

les hayas hecho una invitación adecuada.

—Bienvenido a la familia —dijo Greg, dejando la copa sobre el escritorio después de vaciarla.

Después de que se fueran, Randal se reclinó hacia atrás y contempló los acontecimientos del día. Se había despertado echando de menos a Diana, luego se había sentido destrozado por ella y ahora no veía la hora de pedirle matrimonio. Si se casaban, ¿serían sus días igual de tumultuosos o esa inquietud se debía a estar separados? Randal no obligaría a Diana a casarse con él, aunque la necesitaba.

Cogió la pluma y acercó un pergamino en blanco. Tras mojar la punta en tinta, pasó la pluma por el centro. Empezó a enumerar las ventajas y desventajas del matrimonio, centrándose en elaborar la lista desde la perspectiva de Diana.

Una hora más tarde, echó un vistazo a la larga lista de desventajas. ¿Por qué se casaban las mujeres?

Hizo una bola con el pergamino, lo lanzó al aire, lo atrapó y repitió el movimiento una y otra vez.

La biblioteca. Se acercó a la habitación favorita de Diana, con la esperanza de obtener inspiración y las palabras necesarias para convencerla de que se casara con él.

## CAPÍTULO 26

---

Diana estudió con nerviosismo a su hermano mayor, que evitaba constantemente su mirada observando el paisaje por la ventanilla del carruaje. Si quería que el plan tuviera éxito, tenía que fingir que la obligaban a asistir a la cena en lugar de esperar con ansiedad la oportunidad para declararle a Randal sus verdaderos sentimientos. Había decidido dejarse guiar por su corazón. Al girar la cabeza a la izquierda, se encontró con una radiante Isadora.

—¿Por qué sonríes?

—Porque me has elegido a mí y no a Minerva para acompañarte.

Adoraba a Minerva, y nunca había temido ni se había sentido amenazada por ella; sin embargo, estando Randal implicado, se sentía inferior. Temía que si le daban a elegir, Randal eligiera a Minerva. Pero confesar algo tan descabellado era impensable.

—No fue una elección. Dada que existía la posibilidad de que Drake estuviera presente, Minerva me sobornó con su paga de un mes para que te llevara a ti en vez de a ella.

La sonrisa de Isadora desapareció.

—Hace tiempo que quiero preguntarte algo —dijo con el ceño fruncido—, ¿qué crees que va a hacer con el dinero que nos ha ganado los últimos tres años?

Diana deseaba tener el valor de preguntárselo a Minerva directamente, pero creía saber la respuesta.

—Lo más probable es que sea lo que tú y yo sospechamos: huir y no volver jamás.

—Si ese es su plan, ¿por qué no lo ha hecho ya?

—Porque seguimos solteras. Minerva no quería provocar un escándalo y poner en peligro nuestras posibilidades matrimoniales. —Diana apretó las manos con más fuerza en su regazo. Si tenía éxito y llevaba a cabo su plan esa noche, Minerva estaría un paso más cerca de abandonarlas.

—Ahh..., bueno, aunque te comprometas hoy, Minerva tendrá que esperar mucho para que yo me case.

—No si sigues haciendo esas visitas clandestinas al club de señoritas de la ciudad —susurró Diana inclinándose hacia ella.

—¿Cómo te has enterado?

—Puede que tenga la nariz metida en un libro la mayor parte del tiempo mientras estamos en la ciudad, pero mi oído es excepcional. —Diana habría sido una hipócrita si hubiera criticado a Isadora por sus escapadas. Había excusado a su hermana durante la temporada, igual que Isadora había hecho con ella durante los veranos.

Isadora se recolocó las faldas y se arrellanó en el asiento.

—Entonces, sabes que es perfectamente seguro.

—¿Seguro? Eres socia de un club de juego. Se rumorea que os referís a vosotras mismas como las Damas de la Suerte. —Diana le dio un codazo a su hermana—. *Lady* Matemáticas cree en la suerte. Me pareció inverosímil cuando me enteré de que eras una de ellas.

Kent giró la cabeza.

—¿Qué estáis susurrando?

—Nada —respondieron al unísono.

Por fortuna, el carruaje se detuvo antes de que Kent pudiera interrogarlas.

Isadora retuvo a Diana poniéndole la mano en el brazo.

—¿Se te ha ocurrido que una vida con la Bestia de Chestwick parece al tipo de historia que te gustaría leer?

Diana se recogió las faldas, dispuesta a bajar.

—Leer y vivir son dos cosas muy distintas. —Esperó a que Kent, Greg e Isadora salieran antes de bajar.

Su madre y su padre iban delante en el carruaje, y su madre estaba asombrada por el tamaño de la mansión que tenía delante.

—¡Qué hermosa casa tendrás, Diana!

Ella esbozó una sonrisa al tiempo que reprimía un gemido para sus adentros y se agarró al brazo que Kent le ofrecía.

—He sido tonta toda mi vida creyendo que realmente te importaba mi bienestar.

—Y me importa, por eso estamos aquí esta noche.

—Siento no estar de acuerdo. Está mal que me case antes que Minerva e Isadora.

—Entonces no deberías haber permitido que Chestwick te besara.

—Le estaba dando aire.

*Ja*. Consiguió confundir a su hermano mayor y fue bastante satisfactorio. Kent aminoró el paso.

—¿Aire? Explicate.

—Encontré a Randal tendido boca abajo en el camino. Recordé las instrucciones de Greg de colocar mi oído junto a la boca de la persona para determinar si respiraba, y lo siguiente que recuerdo es que mis labios estaban sobre los de ese hombre.

—Hermanita, por el tono rosado que tiñe tus mejillas, sé que no me estás contando toda la historia.

Abrió la boca, pero no vio ni rastro de humor en la mirada de Kent.

—Independientemente de lo que sientas por el conde, perteneces aquí, a Chestwick Hall —añadió Kent, avanzando.

—Me encanta su biblioteca.

—Entonces, serás muy feliz.

Kent era un científico como su padre; solo se centraba en los hechos y los datos.

Diana subió el último escalón que conducía a la puerta principal detrás de sus padres.

—Al menos estaré a poca distancia a caballo —murmuró.

El mayordomo abrió la puerta, y ella se alegró de ser recibida con sonrisas por parte del personal. Y cuando Randal, vestido de gala, bajó las escaleras, ella casi se olvidó de respirar.

—Buenas noches, lord Wallace, *lady* Wallace. —Randal se giró y les saludó—. Kent, *lady* Diana, Greg, *lady* Isadora. Estoy hambriento. Vamos al comedor —dijo Randal después de saludarlos a todos.

No hubo miradas burlonas ni cálidas sonrisas. Solo era un trámite. Vencida, Diana apenas

consiguió mover las piernas.

En la mesa, sentada entre su padre y Kent, Diana se concentró en el cubierto que tenía delante. Había dejado que su imaginación le hiciera albergar falsas esperanzas con respecto a que Randal haría algún gran gesto para asegurarle que la cena de aquella noche no era un acontecimiento forzado.

La voz excitada de su madre llenaba la habitación, y Diana miró a Randal. Sonreía y asentía en respuesta al parloteo de su madre.

RANDAL SE PREGUNTÓ si las constantes y bien elaboradas preguntas que *lady* Wallace le hacía serían tan eficaces como las extorsiones de los franceses para extraer información. Se encontró a sí mismo divulgando datos que no había creído posible que nadie pudiera sonsacarle a un completo desconocido. Mientras tanto, lord Wallace permanecía distante, como si la velada no tuviera importancia para él.

Randal resistió el impulso de aflojarse la corbata, pues juraría que Cartwright la había apretado con más fuerza esa noche.

La condesa estaba a punto de hacer otra pregunta indiscreta cuando su marido dejó la servilleta junto al plato y se levantó. Durante la comida, el hombre no había hecho caso a su esposa ni una sola vez.

—Chestwick, es la hora —anunció lord Wallace apartándose de la mesa.

A Randal se le atragantó el bocado de carne estofada en la garganta. Se golpeó el pecho, tragó saliva y se levantó.

—Con permiso, señoras.

Miró a Diana desde la cabecera de la mesa. La joven tenía la piel pálida y los labios apretados. Se dio cuenta del error cometido; debería haber intentado hablar con ella en un aparte antes de conversar con su padre. ¿Cómo podía ser tan buen estratega en el campo de batalla y tan idiota cuando se trataba de Diana?

Guio a los hombres Malbury a la sala de billar. La señora Humbleworth había mencionado antes que lord Wallace era aficionado a dicho juego. Al entrar en la sala en la que menos tiempo pasaba, Randal indicó a sus invitados que tomaran asiento frente al fuego.

El conde negó con la cabeza.

—Mi hijo me ha informado de los acontecimientos que han conducido a esta improvisada invitación a cenar. No estoy dispuesto a arriesgarme a que nadie descubra las desagradables mañas de mi hija, o no podré casar a las otras dos. Doblaré la dote de Diana si acepta casarse con ella en cuanto se lean las amonestaciones.

El hombre hablaba como si estuvieran cerrando un acuerdo comercial, no decidiendo el futuro de su propia hija. No era la conversación que Randal había previsto.

Lo había pillado desprevenido, y empezó con el primer pensamiento que tenía su mente en vilo.

—¿Acaba de doblar el importe de la dote?

Una sonrisa apareció en las facciones del hombre adusto.

—Había oído hablar de sus despiadadas estratagemas. —La mirada del conde se dirigió a Kent y luego de nuevo a Randal—. Sin embargo, nadie me advirtió de que también era hábil en las negociaciones.

—No pretendo insultarle, lord Wallace, pero el valor de la dote de Diana no me preocupa.

Kent se puso al lado de Randal.

—Padre, Chestwick no es un indigente, ni un cazafortunas.

A Randal no le importaba que Kent hubiera hablado en su nombre. Ahora se sentía en deuda con él, y no le gustaba.

El conde pasó la mano por el fieltro verde.

—Ahora que está decidido, ¿jugamos una partida?

Randal miró al hombre que iba a convertirse en su suegro. El conde no mostraba ninguna de las cualidades que, según el padre de Randal, eran esenciales para ser un buen marido y un buen padre: atención, compasión y compromiso. Clavó los ojos en Greg, que se limitó a encogerse de hombros. Fue Kent quien se acercó a él.

—Quiero que me des tu palabra de que honrarás y cuidarás de Diana hasta tu último aliento —pidió.

La puerta se abrió antes de que pudiera responder, y entraron las damas.

—Por Dios, mujer, ¿por qué siempre tienes que seguirme? —gimió lord Wallace.

Los pasos de *lady* Wallace vacilaron ante aquel insensible comentario. Sin embargo, continuó accediendo a la habitación con la columna vertebral rígida y la barbilla en alto. Diana e Isadora la seguían de cerca.

Su futura suegra se plantó ante él.

—Lord Chestwick, asumiré que mi marido ya le ha dado sus bendiciones. Deseo transmitirle las mías.

—Muy agradecido, *lady* Wallace. —Se hizo a un lado frente a Diana—. Ven un momento, por favor.

Diana asintió y le siguió hasta el rincón de la habitación que les ofrecía más intimidad.

—Diana, yo... —Se le secó la boca y, por un momento, lo único que pudo hacer fue mirar fijamente la coronilla de la mujer con la que iba a casarse.

—¿Cuáles han sido las exigencias de mi padre?

—Nos casaremos dentro de tres semanas, una vez leídas las amonestaciones. —Se inclinó para observar sus rasgos, aunque eran difíciles de ver ya que tenía la barbilla pegada al pecho. ¿Por qué no lo miraba?—. ¿No deseas casarte conmigo?

Por fin se encaró con él. Él la estudió y notó el color de sus mejillas. Sería un hombre afortunado si tuviera la suerte de despertarse a su lado el resto de su vida. Diana movía los labios, pero él no había captado ni una palabra de lo que decía, demasiado ocupado imaginando su noche de bodas.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Diana puso las manos en las caderas e inclinó la cabeza a un lado.

—Me has preguntado si deseaba casarme contigo, y yo a ti si lo hacías por mera formalidad. —Le pegó el dorso de la mano a la frente—. ¿Estás bien?

—Me siento un poco caliente, y mi corazón late demasiado rápido. —Y su contacto solo había incrementado su condición.

Ella le pasó la mano por el costado del brazo y hasta entrelazar sus dedos.

—Quisiera una respuesta. ¿Es necesario que acepte casarme contigo o es una mera formalidad?

Estaba convencido de que Diana sería más feliz casada con él que volviendo con su familia.

—No es necesario —contestó.

—Bueno, al menos estás siendo sincero. —Diana retiró la mano de la de él y la llevó detrás de la espalda—. Francamente, me sorprende que mi padre no te exigiera que obtuvieras una licencia especial y acabar con el asunto de inmediato.

—¿Es ese tu deseo? ¿Casarte dentro de una semana?

Diana levantó el rostro y Randal captó un destello de anhelo en sus ojos. Luego ella sonrió.

—Dado que mi futuro ya ha sido decidido, creo que mis preferencias son irrelevantes —respondió.

Era una prueba, una prueba para su paciencia o de cómo iban a seguir en el futuro. Adoptó la misma postura que ella, juntando las manos detrás de la espalda, y se inclinó para que ambos estuvieran más cercanos en altura y eso la obligara a mirarle.

—Tus deseos nunca serán irrelevantes para mí.

El color inundó las mejillas de Diana.

—Y si me atreviera a revelártelos...

—Será un honor para mí hacer realidad todos y cada uno de ellos. —El calor colmaba su cuerpo mientras sus pensamientos se veían inundados por sus propios deseos.

—Mi madre insistirá en regresar a Londres para ocuparse de mi ajuar y de que me hagan un vestido.

—¿Eso es importante para ti?

—No especialmente, pero podría ser ventajoso para ti. —Diana arqueó las cejas.

Aquella joven era maravillosa. Así que había llegado su turno para sorprenderla.

—O podríamos hacer que el evento fuera toda una aventura y viajar hasta Gretna Green...

—Ay, eso me ha dado más pistas de las que esperaba. —Diana se lanzó sobre él, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con entusiasmo, sellando su futuro. No había vuelta atrás después de semejante exhibición pública. Tantas horas preocupada por si a él no le gustaba su destino sin razón alguna.

Diana se apartó.

—Tengo el equipaje listo —dijo ella—, y Cartwright me ha asegurado que también tendría preparadas tus pertenencias.

—¿Dirigiendo ya al personal? Estoy impresionado.

Su padre cruzó la habitación a grandes zancadas.

—¿Qué demonios está pasando? Suelta a ese hombre, Diana, ahora mismo.

Ella se giró pero no le soltó la mano.

—Nos vamos a Gretna Green, padre.

—Bien hecho, mi niña, bien hecho. —La condesa rio entre dientes y enlazó su brazo con el de su marido—. Regresaremos a casa. Kent y Gregory los acompañarán al otro lado de la frontera y velarán por la seguridad de Diana.

El conde se limitó a negar con la cabeza, pero permitió que su esposa le acompañara.

Isadora rodeó a Diana con los brazos.

—Me preguntaba si tenías un plan. Estabas demasiado tranquila al respecto, pero estoy de acuerdo con mamá, la ejecución ha sido perfecta.

Randal se quedó mirando a Diana con asombro mientras la mitad del clan Malbury se marchaba.

La gran mano de Kent se posó en medio de la espalda de Randal, sacándole de sus pensamientos.

—¿Partimos al amanecer?

—Había planeado que fuera después de desayunar —respondió Diana.

—Es una gran idea, hermana. —Greg la abrazó—. Felicidades. Serás una buena condesa de Chestwick. —Pasó un brazo por los hombros de su hermano—. Vamos, Kent, descansemos un poco. Nos espera una larga cabalgada.

Kent se zafó del brazo de su hermano.

—¿Acaso crees que iremos a caballo? Uno de nosotros debería ir en el carruaje con esos dos tortolitos.

—Por Dios, Kent, naciste diez meses después de que nuestros padres se casaran. Chestwick y Diana necesitan tiempo para conocerse mejor.

—No lo creo —sentenció Kent mientras negaba con la cabeza.

—Vámonos. —Greg dio un empujón al mayor de los Malbury—. Este es exactamente el comportamiento obstinado del que se quejan nuestras hermanas. Venga, busquemos nuestras habitaciones.

Cuando la puerta se cerró, Randal cogió en brazos a Diana y la llevó al sofá.

—Había preparado y ensayado un largo discurso con la esperanza de convencerte de que te casaras conmigo. Pero después de ese beso, solo puedo pensar en volver a tener tus labios sobre los míos.

## CAPÍTULO 27

---

Acomodada en el sofá y acurrucada en el regazo de Randal, Diana se concentró en la sencilla tarea de respirar. No era fácil, dado que su corazón latía desbocado. Los dedos de Randal empezaron a recorrer su muslo. Ella puso su mano enguantada sobre la de él.

—¿Le importaría compartir sus pensamientos, milord?

—Lo haría si no estuvieran desorganizados. Sin embargo, tienes una habilidad única para pillarme totalmente desprevenido. —Randal dio la vuelta a su mano y entrelazó los dedos con los de ella. Ella maldijo para sus adentros el fino material que le impedía sentir su piel junto a la suya.

Diana miró con intensidad sus manos unidas.

—Para ser un hombre que es famoso por su capacidad para presagiar las acciones de los demás, entiendo que mi inesperado comportamiento de esta noche te haya dejado bastante descolocado.

Él le apretó los dedos.

Diana se había prometido a sí misma perseguir lo que quería, así que retiró la mano y se quitó los guantes.

—Espero que aunque mis acciones hayan sido sorprendentes, el resultado sea satisfactorio —deseó mientras volvía a unir su mano con la de él.

Randal arqueó una ceja.

Lo había vuelto a sorprender.

Sin decir palabra, él se inclinó para apretar los labios contra los de ella, que le soltó la mano para pasarle los dedos por la nuca. A Diana le encantó la sensación de la fuerte y cálida columna en las yemas de sus dedos. Los besos de Randal eran lentos y lánguidos. Con un padre mujeriego y un hermano un tanto tarambana, Diana sabía que había algo más que besos. Se apartó y deslizó las manos en el espacio entre ellos para deslizarlas debajo de su abrigo.

—Una vez oí decir a *lady* Barlington que si se hubiera acostado con su marido antes de casarse con él, habría sabido lo aburrido que es detrás de las puertas del dormitorio.

Randal dejó de acariciarle el cuello y la miró a los ojos.

—Escuchar a escondidas es un hábito terrible.

Intentaba mostrarse serio, pero no apartó la vista de los labios de ella cuando se los humedeció con la punta de la lengua.

—¿Crees que son los ronquidos de lord Barlington lo que su mujer encuentra aburrido?

*Lady* Barlington también había compartido que los hombres responden de igual manera cuando su pareja es una participante ansiosa.

—No lo creo. —Randal le cubrió la boca con la de él. Era evidente que no deseaba continuar esa conversación.

Diana le devolvió los besos con entusiasmo. Incluyó la cabeza a un lado para permitirle mejor acceso mientras él deslizaba la lengua por el borde de su oreja. Su cálido aliento le calentaba la sangre, pero el comentario de *lady* Barlington seguía repitiéndose en su mente.

—¿Puedes dormir conmigo esta noche?

Randal apoyó la frente en su hombro.

—¿Por qué?

—Para asegurarme de que no eres un muermo detrás de las puertas del dormitorio. —Diana no era tan ingenua como para creer que *lady* Barlington se refería a algo relacionado con el sueño—. Necesito saberlo antes de casarnos.

El sonido gutural que salió de la garganta de Randal despertó su interés, y le agarró por la levita.

—Por favor.

—Amor mío, no sabes ni lo que me pides.

Se inclinó hacia atrás, obligándolo a mirarla.

—¿Me quieres?

—Te amo, Diana Malbury.

—Y yo te amo a ti, Randal Wilson, conde de Chestwick. —Diana le acarició la cara—. Y aunque soy inocente, tengo una idea de lo que *lady* Barlington quería decir... —Notó las mejillas calientes.

«Esto es lo que ocurre cuando exiges lo que quieres: una conversación incómoda y arriesgarte al rechazo».

Randal la estrechó con fuerza y se puso de pie con un rápido movimiento.

—¿Estás segura de que deseas averiguar cómo será acostarte conmigo cada noche durante el resto de tu vida?

—Sí. —Diana asintió—. ¿Tú no tienes también un poco de curiosidad?

Su futuro marido se rio.

—Tal vez un poco.

AQUELLA MUJER acabaría mandándolo al manicomio. Una vez en su dormitorio, Randal acostó a Diana en la cama y se acercó a la puerta para girar la llave en la cerradura. Cuando se volvió, Diana tenía las faldas subidas hasta la mitad de las pantorrillas y estaba a punto de dejar caer las zapatillas al suelo. Se detuvo en seco cuando Diana se bajó el liguero y las medias por el muslo, deslizándolos por sus piernas torneadas para quitarse la tela transparente por el pie. La vio sostener las delicadas prendas encima del borde de la cama antes de que también flotaran hasta el suelo y se unieran a sus zapatos.

Diana repitió el movimiento en la otra pierna. Él estaba hipnotizado, no podía moverse.

Luego, ella se puso de rodillas y estiró la mano hacia atrás. Al verla forcejear, se puso por fin en movimiento.

Cruzó la habitación y estuvo a su lado en unos segundos.

—Permíteme.

Diana sonrió y se giró para darle acceso a los botones de la parte trasera de su vestido. Él desabrochó los primeros con facilidad. Al llegar al tercero, los dedos le temblaban de expectación. Las mangas cayeron desde los hombros y él apretó los labios contra la delicada piel. Le recorrió con los labios desde un hombro a otro. Ella levantó los brazos y él le subió el vestido

por encima de la cabeza. Ella se quedó ante él con solo una fina camisola de muselina cubriéndole los pechos turgentes, Randal se despojó de su propia ropa.

Ella lo examinó con curiosidad, deteniéndose brevemente en sus piernas cubiertas de vello y luego en las quemaduras de su pecho. Ninguna de las mujeres con las que se había acostado lo había visto desnudo. Las bayonetas siempre estaban afiladas y rara vez había un cirujano cerca para suturarle. Quemar la zona era la forma más rápida y común de evitar los desangramientos, pero dejaba la piel fruncida y llena de cicatrices.

Diana cruzó los brazos y se subió la camisola hasta la barbilla. Se arrodilló en la cama ante él y esperó. Cuando llegó hasta ella, Diana se echó hacia atrás y negó con la cabeza. No debía ver su cuerpo deforme. Randal suspiró al ver su expresión decidida y mantuvo la mirada clavada en ella mientras le llevaba la mano a la nuca y le retiraba la prenda por el cuello. En lugar de retroceder, ella se acercó, le rodeó la cintura con los brazos antes de apoyar la mejilla en el pecho, donde su corazón latía de forma errática.

Diana le miró.

—He querido sentir tu piel junto a la mía desde la primera vez que mis dedos recorrieron tu cuerpo.

Randal le pasó el dedo por el nacimiento del pelo de la nuca. Una a una, fue retirando las horquillas de su peinado hasta que liberó su larga cabellera y le cayó por la espalda.

—Y yo he querido hundir los dedos en tu pelo.

Ella se echó hacia atrás para sentarse sobre los talones.

—¿Me permites que...?

La mente de Randal daba vueltas ante la multitud de formas posibles en que podía terminar la frase. La única lección que había aprendido con Diana era que no era capaz de leer la mente y que lo mejor era no asumir nunca que sabía lo que ella quería.

—Dime qué es lo que quieres.

—Quiero..., quiero tocarte mientras estás tumbado como la primera vez que nos vimos.

Randal tomó aire profundamente.

Quedarse quieto y concederle su deseo sería toda una prueba de su voluntad. No podría ocultar su erección bajo la ropa, ya que no llevaba nada encima. Querría tocarla, pero tenía la clara impresión de que ella deseaba explorarlo antes y sin inhibiciones. Se deslizó junto a ella y rodó para tumbarse boca abajo en el centro del colchón. Al menos en esa posición, no estaría tan expuesto.

—Intentaré no hacerte daño —le susurró ella al oído.

Se rio contra la almohada. No eran esas las palabras que se suponía que tenía que decirle.

Randal se tensó al sentir el contacto suave y frío de las manos de Diana sobre su piel. No esperaba que apoyara su peso en las palmas ni sentir su redondo trasero en la parte baja de la espalda.

—¿Por qué te sientas sobre mí? —preguntó girando la cabeza a un lado.

—¿Peso demasiado?

Notó la suave piel del interior de sus muslos en los costados.

—En absoluto. Solo tengo curiosidad.

Ella le bajó las manos por la espalda y luego se las pasó por los costados, los hombros y los brazos.

—¿Te duelen las cicatrices? —Repitió aquel patrón relajante.

—No. —Movié las caderas de un lado a otro para ganar un poco de espacio ahora que estaba totalmente erecto.

—Por favor, date la vuelta. Quiero verte el pecho.

Randal gimió para sus adentros.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque estás sentada sobre mí. —Arqueó el trasero.

Diana puso las manos en sus nalgas.

Le dolía la polla apretada contra el colchón.

—Me toca —dijo él.

Ella no discutió ni le presionó para verle el pecho, y él se sintió un poco idiota por negarse. La presión de su peso desapareció y, un momento después, ella estaba tumbada boca abajo a su lado. Él se puso de lado y le pasó la mano por la espalda imitando los movimientos de ella, después, deslizó el dorso de la mano por su costado. Diana seguía respirando con tranquilidad mientras él le pasaba el dedo índice por el brazo.

—¿Quieres que me dé la vuelta? —preguntó ella mirándolo.

—Todavía no. —Él apoyó el codo y le dio un beso en el hombro.

—Mmm..., eso ha estado bien.

Era todo el estímulo que necesitaba. Se bajó de la cama y fue a los pies del colchón. Diana lo miró por encima del hombro.

—¿Confías en mí? —preguntó Randal.

Ella asintió.

Randal le rodeó uno de los tobillos con una mano y le separó las piernas lo suficiente para acomodarse entre ellas. Le soltó el tobillo y le besó la parte posterior de la pierna de arriba abajo. Diana había enterrado la cabeza en la almohada cuando él llegó a la curva de su trasero. Luego repitió los besos en la parte posterior de la otra pierna, pero esta vez no se detuvo al llegar al trasero, y ella se tensó.

—Relájate, amor mío. —Le pasó la lengua por su sexo, el sabor salado hizo que sus papilas gustativas cobraran vida.

Diana gimió e intentó darse la vuelta. Cuando él la agarró por las caderas, ella volvió a mirarle.

—Te lo advierto. Aprendo rápido, y lo que me hagas, pienso hacértelo a ti.

La conocía lo suficiente como para saber que cumpliría su palabra. Se puso más duro cuando la mirada de ella se clavó en su miembro. Ya no podía ocultar su erección. Se arrastró hasta tumbarse a su lado y se quedó boca arriba, permitiéndole ver su pecho. Ansiosa, ella le pasó las palmas por el torso. Cuando se le erizaron los pezones, ella soltó una risita.

—Mi cuerpo es tan sensible a tus caricias como el tuyo a las mías —confesó él.

Diana le recorrió toda la figura con los ojos, deteniéndose más tiempo en su polla.

Aspiró cuando ella empezó a besarle el pecho.

—Espera.

—¿Quieres parar? —preguntó ella sorprendida.

—Por supuesto que no. —Pero ¿cómo podía enseñar a una inocente sus preferencias?

—Dime lo que te gusta —dijo Diana, leyéndole la mente—. Confío en ti.

—Pon las rodillas de este lado. —Se tocó la parte superior de los hombros.

Sin dudarle, Diana cambió de dirección para hacer lo que él le pedía. Sus ojos se buscaron de inmediato. A continuación, ella se inclinó hacia delante y apoyó las manos en la cama, junto a la cintura de él —Diana era mucho más baja que él—. Fue entonces cuando él arqueó las caderas, acercando la punta de su virilidad a su boca.

—Llévame dentro de tu boca —pidió, acariciándole el pelo.

Diana separó los labios y él levantó las caderas. Sentir sus labios a lo largo de su eje era algo exquisito. Le presionó un poco más la nuca, instándola a que profundizara. Su miembro era grueso y le llenó la boca. Luego bajó las caderas y se retiró. Diana imitó sus movimientos y bajó las caderas. Él la situó sobre su cara y deslizó la lengua por su sexo. Moviéndola la punta para deslizarla entre sus pliegues. Entonces, lamió y chupó la tierna carne de su sexo hasta que rozó el sensible punto que haría gozar a Diana.

Randal rodeó su entrada con un dedo mientras movía la lengua de un lado a otro sobre su clítoris.

Diana volvió a besar, lamer y succionar su miembro. Se volvía más atrevida cuanto más fuertes eran los gemidos de él.

Randal notó cómo temblaban los muslos femeninos y supo que ella estaba a punto de experimentar su primer orgasmo. Entonces, le introdujo el dedo más profundamente. Diana estaba tensa, pero él añadió otro, dilatándola un poco. Moviéndola la lengua más deprisa y ella bajó hasta que llevó la punta de la erección al fondo de su garganta. Él supo que no podría contenerse mucho más. Sintió que la presión crecía rápidamente en sus testículos. Tenía que recuperar el control, pero antes, ella debía alcanzar el éxtasis.

Retiró uno de los dedos y lo utilizó para acariciarle el clítoris.

Diana se movió hacia delante y, antes de que él se diera cuenta, se había colocado sobre su virilidad. Él le pasó las palmas de las manos por los costados y luego por los pechos desde atrás. Ella se puso a frotarse contra la punta de su miembro, presionando de vez en cuando contra su sensible nudo de placer.

Necesitaba penetrarla.

Dejó de acariciarle los pechos y cogió su virilidad con una mano para situarla en la entrada de ella, luego movió las caderas hacia delante. Ella se inclinó algo hacia atrás, y lo albergó en su interior. Randal le clavó los dedos en las caderas mientras ella se contoneaba. Aquellos intentos de acomodarse más a él solo hicieron crecer su excitación.

—Amor, esto puede dolerte un poco. —Randal guio las caderas de Diana para trazar un movimiento circular, al tiempo que arqueaba aún más las suyas. La respiración de Diana se hizo más rápida y se tapó la boca con una mano mientras dejaba escapar un grito que era más un gemido.

Randal se detuvo.

—¿Te duele algo?

Ella negó con la cabeza.

—No. —Comenzó a subir y bajar. Al encontrar su ritmo, los movimientos de Diana se volvieron menos bruscos y más firmes.

Él volvió a acariciarle los pechos y le pellizcó los pezones justo cuando se permitió alcanzar la liberación. Diana soltó un grito que le hizo sonreír con profunda satisfacción.

Saciado, Randal se incorporó y la estrechó contra su pecho. Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—El ejercicio en la cama es agotador —murmuró Randal mientras la abrazaba con fuerza para ponerse con ella de costado en la cama.

Diana bostezó.

—Esto no se parece en nada a lo que describía *lady* Barlington o cualquiera de las criadas de Malbury.

—¿Lo repetimos mañana? —Los ojos de Randal brillaban con picardía.

Ella le recompensó con una enorme sonrisa, aunque parecía algo somnolienta. Luego se acurrucó más contra él y por fin cerró los ojos.

—Mmm... Creo que es una gran idea.

Randal también cerró los ojos. Sus sueños estaban llenos de posibilidades; quería asegurarse de que Diana nunca tuviera motivos para referirse a su estancia detrás la puerta del dormitorio principal de Chestwick como aburrida.

## EPÍLOGO

---

Enredada en las sábanas, Diana se revolvió para mirar el dosel de terciopelo. Estaba físicamente agotada. Las atenciones de su marido no habían disminuido, ni siquiera después de tres meses de matrimonio. En lugar de cansarse de su compañía, parecía exigirle más atención dentro y fuera de la cama. Pasaban todas las noches en el dormitorio de la condesa. Y después Randal se quedaba. Diana sonrió. Él nunca decía nada sin intención, y la noche anterior se había referido a ese dormitorio como «nuestros aposentos», mientras esbozaba una rara sonrisa de medio lado.

El mero hecho de recordarlo le daba vértigo. Cada día, Diana descubría un poco más del pasado de Randal y de los acontecimientos que habían dado forma a su carácter. Se había dado cuenta de que le llevaría toda la vida conocer por completo al hombre con el que se había casado. Era su rompecabezas personal.

Randal se movió, se apoyó sobre el codo y acercó la nariz a su oreja.

—He fracasado.

—¿A qué te refieres? —Se giró para mirar al hombre que la había mantenido despierta intermitentemente durante la noche.

—No he logrado desterrar todos los pensamientos de tu mente para que te duermas. —Le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Qué te pasa?

Randal no necesitaba saber que era él quien preocupaba sus pensamientos.

—En... en que ésta será la primera vez que no estaré a un día a caballo de mis hermanas.

Él le pasó un dedo por la mandíbula y luego levantó la cara hacia la suya.

—¿Deseas acompañarlas a la fiesta de lord Avondale?

—¿Acaso es una opción? ¿Nos han invitado? —Sus preguntas acercaron los labios de su marido a los suyos.

—No. Pero si te hace feliz, haré los arreglos.

—¿Por qué supones que mi familia ha recibido una invitación? —preguntó ella, apartándose antes de que él pudiera distraerla—. Drake y Cunningham no mencionaron haber recibido ninguna, y Drake conoce a todo el mundo. —Al vocalizar la pregunta, se le erizó el vello de la nuca—. Mmm..., ¿cómo es posible que Su Excelencia conozca a alguno de mis hermanos? —La sábana le cayó a la cintura cuando se incorporó como un rayo—. Isadora. —Se levantó de la cama y se puso la bata. Aunque Minerva la regañaba siempre por no evaluar las situaciones con lógica y llegar a conclusiones precipitadas, Diana giró sobre sus talones y miró a la cama.

Su marido estaba apoyado en el cabecero.

—¿Te he dicho que Drake, de hecho, intentó conseguir una invitación tan pronto como supo

de los planes de tus hermanas para asistir a esa fiesta?

El pecho desnudo de Randal la tentaba a meterse de nuevo en la cama, así que parpadeó un par de veces para volver a centrarse en el tema.

—¿Intentó? ¿Significa eso que no la consiguió?

—En efecto.

—¡Maldición! Entonces no habrá nadie cerca para proteger a mis hermanas.

—¿De verdad crees que necesitan protección? He hecho averiguaciones. El grupo más cercano al duque Avondale son en su mayoría caballeros con título...

Diana no pudo resistirse más. Volvió a la cama y se sentó a horcajadas sobre su marido, apoyando las palmas de las manos en su pecho.

—Amor mío, has pasado demasiado tiempo en el Continente. Puede que esos hombres ostenten títulos importantes y que en ocasiones se refieran a ellos como caballeros, pero también son todos unos notorios vividores y jugadores, y el duque de Avondale es su líder.

—Entonces, ¿por qué tu padre y Kent han permitido que tus hermanas asistan?

—Bah, la verdadera pregunta es ¿por qué quieren asistir Minerva e Isadora? Todo el mundo sabe que una fiesta en una casa solo hace aumentar las probabilidades de acabar prometida a alguien.

Las manos de Randal le recorrieron los muslos hasta posarse en sus caderas.

—Quizá les hayamos demostrado que no hay que evitar el matrimonio a toda costa.

Diana notaba que la erección de Randal se agitaba entre sus muslos, así que se desató el nudo del cinturón y se deslizó la bata por los hombros.

—Ese es el primer teorema, ¿quieres proponer alguno más?

Randal tiró de ella para acercarla.

—No en este momento. —Él capturó uno de sus pechos con la boca, y todos los pensamientos sobre sus hermanas se desvanecieron de su mente. Eran mujeres capaces e inteligentes y podían cuidar de sí mismas.

A MINERVA le castañeteaban los dientes mientras seguían aventurándose hacia el norte, en dirección a la finca del duque de Avondale. No quería pensar cómo había conseguido Isadora una invitación para esa fiesta, lo único que le importaba era que estaría lejos de Drake, y que el miedo que sentía aquel hombre a las alturas le impediría aventurarse en las Highlands escocesas.

Isadora se frotó los brazos.

—¿Crees que debería haber conseguido una invitación también para Chestwick y Diana? —preguntó.

—Por supuesto que no. Necesitan pasar tiempo a solas.

—¿Para qué?

La mente de Minerva buscó enseguida una respuesta apropiada.

—Estarán ocupados intentando resolver el acertijo del padre de Chestwick.

Su hermana se echó la capucha hacia atrás.

—¿Crees que necesitan nuestra ayuda? —preguntó con toda su inocencia—. El Parlamento volverá a reunirse dentro de un mes y todos tendremos que regresar a Londres.

—Dudo que necesiten nuestra ayuda. Ahora que Diana es la condesa de Chestwick, no tiene prisa por resolver el enigma.

—¿Por qué te contradices? Si tienen tiempo de sobra, ¿por qué no nos acompañan a la fiesta en casa de Avondale? Estás ocultando algo.

—No seas tonta: ¿qué podría ocultar? —Minerva evitó la mirada de Isadora.

—Muy bien entonces, dime... —Isadora se adelantó y tiró de Minerva para que se sentara a su lado en el asiento enfrente del carruaje—. Dime por qué has elegido asistir justo a la fiesta en casa de Avondale.

—Si comparto contigo mi razonamiento, tendrás que explicarme exactamente por qué hemos recibido una invitación.

Los labios de Isadora se convirtieron en una línea recta.

Minerva aprovechó la oportunidad para poner fin a la conversación.

—Deduzco que no estás dispuesta a compartir esa información... y yo tampoco.

—Muy bien, no insistiré en tu razonamiento. —Su hermana le apretó las manos—. ¿Me aseguras al menos que no huirás a las colinas escocesas?

—¿Es Diana quien te ha metido esa fantasiosa idea en la cabeza?

Isadora negó con la cabeza.

—No. He calculado las probabilidades de que volvamos de Escocia teniendo en cuenta la buena suma que has acumulado, y supuse que era la explicación más lógica para que eligieras asistir a la fiesta en casa de Avondale en lugar de las otras a las que nos han invitado, incluyendo la de *lady* Raybourne o la de lord y *lady* Moorestone.

Minerva soltó las manos de su hermana y sonrió.

—No te librarás de mí pronto.

—Diana dice que no huirás hasta que me veas también casada, pero no lo haré antes que tú.

—Isadora se volvió a cubrir la cabeza con la capucha y se protegió los brazos bajo la capa.

Isadora era la más testaruda de todos sus hermanos, pero como le habían demostrado las elecciones de Diana, el amor podía conseguir que uno hiciera cosas que nunca había creído posibles.



Gracias por leer *El reto de la debutante*.

El siguiente libro de [\*Las damas atrevidas\*](#) será [\*El duque de Ases\*](#).

El destino de una dama nunca debería estar determinado por el giro de una carta, en especial cuando juega contra uno de los mejores espías de Inglaterra.

*Lady* Isadora y el duque de Avondale descubrirán que apostar por el amor es arriesgado.

## SOBRE LA AUTORA

Rachel Ann Smith escribe novelas románticas históricas, que siempre tienen un giro y un final feliz.

Cuando no está escribiendo, a Rachel le encanta leer y pasar tiempo con su familia. A menudo se la puede encontrar con su *eReader* junto a la piscina en verano, en las gradas del campo de fútbol en primavera y otoño, o acurrucada en el sofá durante los meses de invierno. Actualmente vive en Texas con su marido, que la apoya incondicionalmente, y sus dos hijos.